

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



El reconocimiento de Estados de facto:
Un estudio comparativo entre Kosovo y Artsaj

Tesis para obtener el título profesional de Licenciado en Relaciones
Internacionales presentado por:

Gómez Farje, Sebastián Daniel

Asesor:

Adins, Sebastien Marcel Albert

Lima, 2025

Informe de Similitud

Yo, Adins , Sebastien Marcel Albert, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis/trabajo de investigación titulado El reconocimiento de Estados de facto: Un estudio comparativo entre Kosovo y Artsaj, del/de la autor(a) Gómez Farje, Sebastián Daniel, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 6%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software Turnitin el 30/10/2025.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima 30 de octubre del 2025

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: Adins , Sébastien Marcel Albert
EXT: 000405232
ORCID: 0000-0002-7029-3369

Dedicatoria

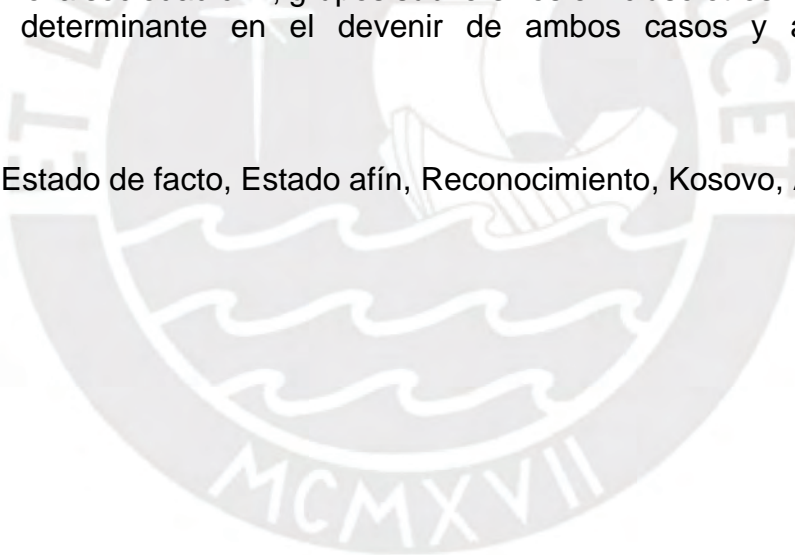
A Kosovo, Artsaj y todos los pueblos que buscan la libertad, para que no sean olvidados y puedan continuar en su búsqueda de la autodeterminación, un derecho que nos pertenece a todos.



Resumen

El estudio de los Estados de facto y su reconocimiento ha sido relegado principalmente a enfoques jurídicos, pese a que su existencia en el Sistema Internacional y su impacto en las dinámicas de poder resultan innegables. La presente investigación compara los casos de Kosovo y Artsaj para identificar los factores que explican sus diferentes resultados en la búsqueda de reconocimiento. Para ello, se propone que la diferencia de los casos responde al alineamiento entre la posición de las potencias, sus intereses regionales y las capacidades materiales necesarias disponibles en un momento específico, además del tipo de involucramiento de los Estados afines. En ese sentido, el análisis sigue la teoría del realismo clásico sobre Estados de facto de Lucas Knotter, y utiliza una metodología comparativa de casos semejantes. Los hallazgos muestran que el alineamiento favorable de la posición de las potencias respecto al Estado de facto, el interés regional y un periodo en que se contaba con capacidades materiales específicas coincidieron con la obtención de reconocimiento de Kosovo. Por otro lado, este alineamiento fue desfavorable para el reconocimiento de Artsaj, que también se vio perjudicado de manera involuntaria por el mayor involucramiento por parte de su Estado afín, Armenia. Adicionalmente, los hallazgos también hallan la influencia significativa de otros actores como la sociedad civil, grupos subversivos e incluso otros Estados, quienes jugaron un rol determinante en el devenir de ambos casos y ameritan mayor investigación.

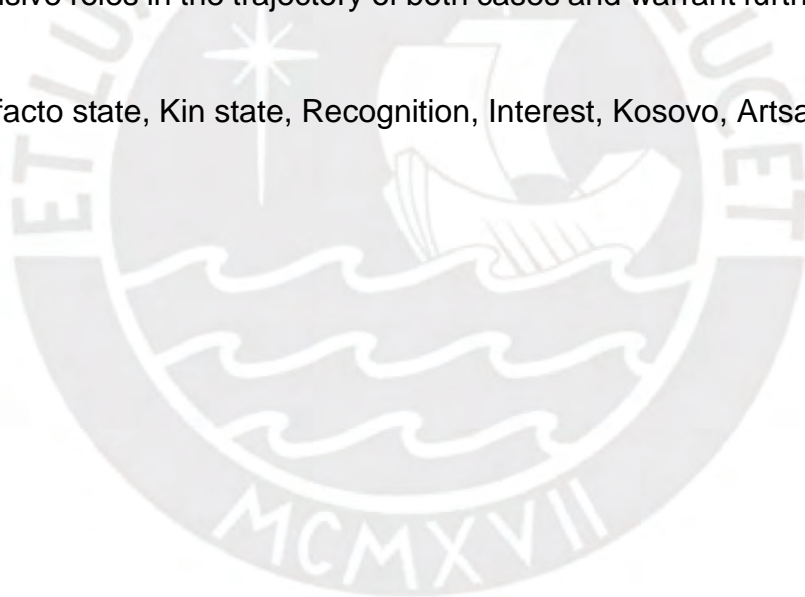
Palabras clave: Estado de facto, Estado afín, Reconocimiento, Kosovo, Artsaj



Abstract

The study of de facto states and their recognition has been primarily relegated to legal approaches, despite their undeniable existence in the International System and their impact on power dynamics. This research compares the cases of Kosovo and Artsakh to identify the factors that explain their different outcomes in the quest for recognition. It argues that the divergence between the two cases stems from the alignment between the positions of major powers, their regional interests, and the availability of necessary material capabilities at a specific moment, as well as from the type of involvement of kin states. In this regard, the analysis drawn on Lucas Klotter's classical realism on the de facto states and employs a comparative methodology of similar cases. The findings suggest that a favourable alignment of the main great power's position toward the de facto state, its regional interests, and a period in which it had specific material capabilities coincided with Kosovo's recognitions. On the contrary, this alignment was not favourable for Artsakh's recognition, which was also inadvertently hindered by the significant involvement of its kin state, Armenia. Additionally, the findings highlight the significant influence of other actors such as civil society, subversive groups, and even other states, who played decisive roles in the trajectory of both cases and warrant further investigation.

Key words: De facto state, Kin state, Recognition, Interest, Kosovo, Artsakh



Índice

Introducción	1
Capítulo 1. Diseño de la investigación	5
1.1. Estado del Arte y Revisión de Literatura	5
1.2. Hipótesis	11
1.3. Metodología	12
Capítulo 2. Marco Teórico	17
Capítulo 3. Contextualización de los hechos	28
3.1. Kosovo	28
3.2. Artsaj	33
Capítulo 4. Análisis	39
4.1. Las Potencias: Estados Unidos y Rusia	39
4.1.1. Estados Unidos en los Balcanes	39
4.1.2. Estados Unidos y Kosovo	43
4.1.3. Rusia en los Balcanes	52
4.1.4. Rusia y Kosovo	57
4.1.5. Estados Unidos en el Cáucaso	66
4.1.6. Estados Unidos y Artsaj	69
4.1.7. Rusia en el Cáucaso	76
4.1.8. Rusia y Artsaj	85
4.2. Los Estados afines: Albania y Armenia	94
4.2.1. Albania y Kosovo	94
4.2.2. Armenia y Artsaj	107
Conclusiones	124
Referencias Bibliográficas	135

Índice de Tablas

Tabla 1 Tabla comparativa de características entre los casos analizados.....	14
Tabla 2 Operacionalización de las variables de investigación.....	16
Tabla 3 Definición de los conceptos de Estado padre, Estado patrocinador y Estado afín	22



Introducción

La República de Kosovo es un Estado de facto que se encuentra en la región de los Balcanes, dentro del territorio mayoritariamente reconocido como serbio. Habiendo gozado de autonomía desde la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1999, Kosovo declaró su independencia unilateral de Serbia el 17 de febrero de 2008, la cual fue bien recibida por varios países de Occidente. Este evento fue resultado de años de negociaciones fallidas y una relación accidentada con el Estado padre de quien buscaba desprenderse, Serbia. Desde entonces, Kosovo ha desarrollado sus relaciones con otros Estados de la región y busca ser aceptado cada vez más como un Estado de iure.

Por otro lado, La República de Artsaj era un Estado de facto en la región del Cáucaso, dentro del territorio mayoritariamente reconocido como azerí. Artsaj declaró su independencia unilateral de Azerbaiyán el 2 de setiembre de 1991, en el marco de la desintegración de la Unión Soviética. Su declaración de independencia pasó desapercibida en la comunidad internacional, ya que se enmarcó dentro del conflicto armenio-azerí que se libraba desde antes de la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S). A pesar de las constantes fricciones con el gobierno de Azerbaiyán, Artsaj pudo gozar de una independencia de facto a partir de ese momento y priorizó la búsqueda de reconocimiento internacional como parte de sus pilares principales de política exterior.

La búsqueda de reconocimiento ha sido de vital importancia y una prioridad en la política exterior de ambas entidades desde sus respectivas independencias (Ministry of Foreign Affairs of the Republic of Artsakh, 2023; Newman & Visoka, 2018). No obstante, mientras que Kosovo sí logró obtener el reconocimiento oficial de varios Estados miembros de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Artsaj nunca llegó a cumplir este cometido. Teniendo en cuenta las semejanzas en los desarrollos históricos de ambos Estados de facto, surge la siguiente problemática: a pesar de las similitudes en el surgimiento de ambas entidades políticas, Kosovo sí ha logrado obtener cierto grado de reconocimiento internacional, mientras que Artsaj nunca lo obtuvo.

A pesar de que resulte complejo definir cómo un Estado de facto puede ser más o menos reconocido que otro, en su calidad de Estado con reconocimiento limitado, la diferencia entre los casos de Kosovo y Artsaj es abismal. En el presente, Kosovo es formalmente reconocido por 90 Estados miembros de la ONU, que no llega a ser la mayor parte, pero sigue representando un número considerable (Status of Kosovo, 2024). Por otro lado, desde su independencia, Artsaj tan solo fue reconocido por otros Estados de facto y por resoluciones oficiales de algunas entidades subnacionales, pero nunca recibió reconocimiento oficial de ningún Estado miembro de la ONU (Reyes, 2022; Ministry of Foreign Affairs of the Republic of Artsakh, 2023). De este modo, existe un claro contraste en la experiencia de Kosovo y la búsqueda de reconocimiento internacional de Artsaj, la cual ha llegado a un abrupto final. El 27 de setiembre de 2023, el presidente de la autoproclamada República de Artsaj firmó un decreto para la disolución de todas las instituciones gubernamentales del Estado el 1 de enero de 2024. El acto se realizó tras meses del bloqueo terrestre impuesto por Azerbaiyán y numerosas ofensivas que culminaron con un control efectivo azerí de la región (Armstrong, 2023). Nominalmente, Artsaj ha dejado su búsqueda de reconocimiento internacional.

Existen numerosas similitudes entre los casos de Artsaj y Kosovo. Ambas entidades fueron regiones que buscaron independencia en el marco de la disolución de Estados comunistas durante el fin de la Guerra Fría (la U.R.S.S. y Yugoslavia). La declaración de independencia inicial fue ineficaz para ambos Estados al no ser parte de los ex Estados federativos que estaban ganando su independencia y, en contraste, ser entidades sub federales dentro de estos (Azerbaiyán y Serbia). Asimismo, ambos territorios albergan una población culturalmente diferenciada de la de los Estados de quienes buscan separarse y que es mayoritaria en un Estado adyacente (armenios y albaneses). También, tanto Artsaj como Kosovo sufrieron la represión de su autonomía dentro de sus Estados padre en 1991 y 1989 respectivamente, y las tensiones eventualmente escalaron en conflictos armados importantes. En el caso de Artsaj, la Primera Guerra de Nagorno Karabaj transcurrió de 1988 a 1994 y culminó con un control de facto artsají del territorio en cuestión y, en el caso de Kosovo, la Guerra de Kosovo transcurrió de 1998 a 1999 y culminó con un control de facto kosovar del territorio (Rogel, 2003; Souleimanov, 2004). Finalmente, existe amplia evidencia de violaciones de los Derechos Humanos contra la

población armenia en Artsaj por parte de Azerbaiyán, así como contra la población albanesa de Kosovo por parte de Serbia (HRW, 2023; HRW, s/f; U.S. Department of State, 1999).

El estudio de los Estados de facto y el reconocimiento internacional es relevante para las Relaciones Internacionales por una variedad de motivos. Primero, la mayoría de estudios sobre el reconocimiento de Estados de facto se centra en cuándo los Estados reconocen a otros y cuándo esto es considerado legal según las perspectivas del Derecho Internacional. Sin embargo, es importante concebir el reconocimiento como un factor que influye en la política exterior de los Estados de facto, la política exterior hacia los Estados de facto e, incluso, en la identidad de estos actores. Asimismo, hay un vacío en la literatura acerca de estas entidades, ya que las teorías contemporáneas de Relaciones Internacionales priorizan el estudio de otros actores como Estados de iure u organizaciones internacionales. Por este motivo, es preciso realizar más estudios sobre estos actores y contribuir a la creciente literatura de Estados de facto. También, la existencia de los Estados de facto es un hecho innegable en el Sistema Internacional actual y muy probablemente lo continúe siendo en las siguientes décadas. Es por ello que se debe entender y estudiar a estas entidades que, a pesar de que no sean los actores más influyentes en el Sistema Internacional, igualmente tienen un impacto en las dinámicas de poder globales.

Entender el porqué de la diferencia de resultados tan abismal entre Kosovo y Artsaj podría esclarecer qué criterios son los que dictaminan la obtención de reconocimiento por parte de terceros, en lugar de solo aceptar los preceptos del Derecho Internacional, los cuales no permiten comprender la problemática de manera profunda. Comparar los diferentes devenires a pesar de la resaltante similitud en las trayectorias históricas de ambos casos es ideal para identificar diferencias que pueden haber sido determinantes para la obtención de reconocimiento. A su vez, identificar factores clave que faciliten o impidan la obtención de reconocimiento por parte de terceros sería importante para futuros estudios sobre estos actores. De igual manera, examinar los procesos de búsqueda de reconocimiento del actual Estado de facto más reconocido del mundo y el

más reciente Estado de facto en abandonar su búsqueda oficial de reconocimiento resalta la relevancia y actualidad del tema.



Capítulo 1. Diseño de la investigación

1.1. Estado del Arte y Revisión de Literatura

Existen numerosas investigaciones enfocadas en casos concretos de Estados de facto y sus experiencias en la búsqueda de reconocimiento. Además de Kosovo y Artsaj, el reconocimiento de Estados de facto ha sido estudiado en otros casos conocidos, como Somalilandia, Transnistria, Abjasia u Osetia del Sur. El estudio de Sisay (2019) acerca de Somalilandia explora los efectos que el no reconocimiento ha causado en este y relaciona el estatus de dicha entidad a las bases del sistema internacional. Borsi (2007) se centra en explicar el proceso de independencia de Transnistria y ahonda en las dificultades que la existencia del Estado de facto dentro de Moldavia representa en su entorno regional, dificultando así su reconocimiento. En el caso de Abjasia y Osetia del Sur, estos usualmente son estudiados a la vez por lo similares que son los casos. El estudio de Prelz (2013), por ejemplo, se centra en cómo han de reconocerse las fronteras que estos Estados de facto generan al momento de hacer políticas de movilización en el Cáucaso.

En otros casos, se ha realizado estudios conjuntos de diferentes Estados de facto. En un estudio comparativo de Kosovo, Osetia del Sur y Abjasia, Corten (2008) explica las diferencias de los procesos históricos de los tres Estados de facto. A pesar de sus grandes similitudes, el autor señala que el caso de Kosovo es diferenciado pues vio la intervención de la OTAN y el intento de varios países por hacer de este caso sui generis, a pesar de que su reconocimiento sea igualmente incompatible con el Derecho Internacional. Asimismo, señala el fenómeno de reconocimiento prematuro y sus repercusiones a nivel internacional (Corten, 2008). En el caso del estudio comparativo de Corten, se seleccionan aquellos Estados por la cercanía temporal de sus respectivas declaraciones de independencia. A su vez, se han realizado estudios acerca de las experiencias de independencia de diferentes Estados de facto en función al apoyo y reconocimiento que recibieron de un mismo Estado. Por ejemplo, Sprague (2016) analiza el comportamiento de una potencia en particular, Rusia, sobre Estados de facto caucásicos con los que interactuó, los efectos del apoyo ruso hacia estos y sus respectivas respuestas.

Por otro lado, la literatura de los casos más estudiados -Taiwán y Palestina- es aún más extensa que la del resto y, generalmente, suele abogar por el reconocimiento o aceptación de la estatalidad de ambas entidades. Estudios como el de Sheng-Pao Fan (2007) exploran el inherente problema de reconocimiento de Taiwán por su relación histórica y política con China. Dentro del artículo, el autor no solo busca enfatizar la importancia del reconocimiento estatal, sino que directamente argumenta por qué Taiwán debería ser reconocido (Sheng-Pao Fan, 2007). Similarmente, Erslev y Jaradat (2020) argumentan que, teniendo en consideración la disputa Israel – Palestina, el reconocimiento de la estatalidad de Palestina es la manera más sostenible en el tiempo de lidiar con el conflicto, ergo la mejor.

Finalmente, hay autores que se centran en los procesos sociopolíticos ocurriendo dentro de estos Estados de facto. O'Loughlin, Kolossov y Toal (2015) exploran el apoyo local de las poblaciones de cuatro Estados de facto postsoviéticos -Abjasia, Osetia del Sur, Artsaj y Transnistria- hacia las instituciones de sus gobiernos de facto, la opinión acerca de compromisos de paz en sus respectivos conflictos y la percepción sobre Rusia, potencia regional con quien comparten vínculos históricos. Los resultados de la investigación muestran que, en los cuatro casos, la población demuestra apoyo favorable al rol de Rusia como proveedor de seguridad, hay creciente confianza en las instituciones de los gobiernos y se ha creado exitosamente un sentido de legitimidad del Estado. No obstante, demarcan que la cuestión de la identidad nacional sigue siendo una parte importante de las políticas internas en los casos con una mayor diversidad étnica (O'Loughlin et al., 2015). Otro estudio que explora las dinámicas internas de estos Estados es el de Smith (2008), quien analiza los movimientos sociales dentro de Abjasia y Osetia del Sur. Particularmente, se resalta que Abjasia ha utilizado como estrategia para su legitimidad y reconocimiento el relacionarse con otros actores de la comunidad internacional, aún si no está garantizado obtener el ansiado reconocimiento. En contraste, Osetia del Sur no ha impulsado dichos movimientos sociales dentro de sus interacciones con otros actores de la comunidad internacional. Según la autora, esto reflejaría su disposición a, más que buscar ser un Estado realmente independiente, permanecer bajo influencia y tutelaje ruso (Smith, 2008).

La declaración de independencia de Kosovo de 2008 y su inusual reconocimiento es un tema que ha sido abordado desde diferentes perspectivas. Parte de la literatura se ha centrado en las estrategias específicas que la política exterior kosovar ha seguido para obtener reconocimiento. Diversos autores sostienen que, en un primer momento, el gran número de reconocimientos que Kosovo recibió se debió a que el proceso de construcción del Estado kosovar fue un esfuerzo conjunto. De este modo, los actores directamente involucrados en el proceso, como lo fueron Estados Unidos (EE.UU.) y países europeos como Reino Unido o Alemania, se convirtieron en fuertes voceros para el reconocimiento de Kosovo. Posteriormente, la política exterior kosovar se ha mantenido enfocada en buscar reconocimiento de Estados individuales, quienes pueden hacer lobby en favor del reconocimiento de Kosovo y, paulatinamente, influenciar a otros Estados para que también otorguen el reconocimiento. Según estos autores, el seguimiento de esta política de búsqueda de reconocimiento de Estados individuales se debe al contexto desfavorable de que Kosovo pueda ser reconocido por parte de organizaciones más amplias, ya que no existía un consenso dentro de la ONU, dentro de la Unión Europea o dentro de la OTAN para otorgarle el reconocimiento al Estado de facto. Entonces, los autores concluyen que seguir una estrategia de “micropolítica”, es decir el seguimiento de política exterior dirigida a Estados particulares y no la comunidad internacional en general, fue la opción más inteligente porque sirvió para sostenerse del apoyo de actores individuales clave (Demjaha, 2019; Newman & Visoka, 2018). No obstante, cabe resaltar que en esta literatura igualmente se reconoce la enorme influencia de los intereses e injerencia de las potencias involucradas en el proceso de reconocimiento de Kosovo, así como se resalta la importancia de la resistencia armada kosovar para obtener atención internacional en primer lugar (Newman & Visoka, 2018).

Por otro lado, hay quienes prestan mayor énfasis a la declaración de independencia en sí. Un estudio realizado por Caspersen en 2015 buscó analizar si el comportamiento para la búsqueda de reconocimiento de diversos Estados de facto del mundo cambió o no ante el gran éxito de Kosovo. Los resultados de aquel estudio en particular fueron mixtos, ya que en algunos casos la política exterior de los Estados de facto sí cambió sus enfoques, principalmente hacia estrategias de mayor involucramiento en el ámbito internacional, pero en otros casos la independencia de Kosovo no parece haber tenido

un impacto directo. De igual manera, en ninguno de los casos, hayan cambiado sus estrategias o no, hubo un cambio en el éxito de estos Estados de facto para obtener reconocimientos (Caspersen, 2015).

Desde la perspectiva del Derecho Internacional, existen divisiones en la literatura acerca de si la independencia de Kosovo es legalmente válida y si se le debiera dar reconocimiento. Para justificar el reconocimiento, varios políticos han declarado que el caso de Kosovo es “sui generis” y no impone ningún precedente en el marco del Derecho Internacional para el reconocimiento de Estados de facto (Sterio, 2010). Tan pronto como en 2008, varios miembros del Parlamento Europeo ya estaban debatiendo que el caso de Kosovo era “verdaderamente único” ya que había sido sujeto a intervención desde 1999 y Serbia no había ejercido autoridad desde entonces. Asimismo, también se hacía alusión a las violaciones de Derechos Humanos cometidas durante la guerra, por lo que se argumentaba que el caso particular de Kosovo no suponía mayores cuestionamientos a los principios generales de soberanía estatal (Parlamento Europeo, 2008). Siguiendo esta línea de opinión, algunos académicos del Derecho Internacional y el reconocimiento de Estados de facto han aceptado la particularidad del caso de Kosovo como hecho e incluso se ha utilizado para argumentar cómo, según el Derecho Internacional, el reconocimiento de Somalilandia, Abjasia y Osetia del Sur no siguen el Derecho Internacional como sí lo haría el reconocimiento de Kosovo (Kreuter, 2010; Corten, 2008).

En respuesta, parte de la literatura actual sobre Kosovo se centra en el cuestionamiento de la validez legal de su reconocimiento. Ker-Lindsay (2013) se centra en las diversas justificaciones que se han ofrecido para defender el argumento de “caso único” que supuestamente le corresponde a Kosovo. El autor concluyó que este argumento simplemente había fallado en obtener aceptación internacional, lo cual se ejemplifica en el no reconocimiento de Kosovo por varios Estados y potencias no occidentales. Asimismo, encontró que las justificaciones brindadas para el argumento eran erróneas por la larga tradición de prohibición a la secesión, aún sostenida bajo el Derecho Internacional, y porque esas mismas justificaciones aplicarían a otros casos alrededor del mundo, lo cual hace que el caso de Kosovo no sea único per se (Ker-Lindsay, 2013). Similarmente, Milena Sterio (2010) explica que existen dos principales

factores que se suelen considerar para la validez de una declaración de independencia: la secesión y la categoría de Estado. Para el caso de Kosovo, la autora encontró que la secesión no seguía los criterios del Derecho Internacional tradicional, ya que no se puede comprobar si el nuevo gobierno de Serbia al momento de la declaración de independencia incumplía el derecho del pueblo kosovar de la autodeterminación, esto debido a que el territorio estaba de facto controlado por la intervención de la ONU. Más aún, a pesar de que Kosovo cumple con los cuatro criterios de Estado -territorio, población permanente, gobierno y capacidad de establecer relaciones internacionales-, se cuestiona cuán capaz era Kosovo de mantener estos criterios si no fuera por la intervención de la OTAN (Sterio, 2010).

Por otro lado, cabe resaltar que la opinión consultativa del 22 de julio de 2010 emitida por la Corte Internacional de Justicia concluyó que la declaración de independencia de Kosovo de 2008 no constituía una violación del Derecho Internacional (ICJ, 2010). Este es probablemente uno de los argumentos más fuertes a favor de la legalidad del reconocimiento de Kosovo como caso *sui generis*. Sin embargo, otros autores como Corten (2008) sugieren que el hecho de que el caso de Kosovo haya sido tratado de manera diferente y que haya habido reconocimientos previos a cualquier declaración oficial por parte de la ONU para sancionar el reconocimiento o incluso para sancionar la intervención de la OTAN demuestra que se está perdiendo la “neutralidad jurídica” para las secesiones y que, en el futuro, cada caso será visto de manera individual. Ante tales particularidades, a pesar de que algunos políticos hayan declarado el reconocimiento de Kosovo como “*sui generis*”, es incierto en la literatura sobre Kosovo si el Derecho Internacional puede considerar el caso como precedente o si puede ser considerado válido en absoluto.

A diferencia de Kosovo, poco se ha estudiado acerca de la política exterior armenia, y la literatura se centra en el conflicto armenio-azerí y la influencia extranjera. Desde esta perspectiva, hay autores que resaltan dos factores: el involucramiento de grandes potencias y potencias regionales en el conflicto, y la necesidad de cooperación para cualquier acuerdo de paz. Se resalta la importancia de potencias involucradas como Rusia, quien busca mantener su influencia en la región a través del establecimiento de

tropas para el mantenimiento de paz, acometido que logró en 2020 tras la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj. También, se resalta el interés de Turquía por apoyar a Azerbaiyán que, aunque no hizo nada al respecto en los 90s, se ha ido involucrado cada vez más en apoyo de su vecino túrquico. Asimismo, esta perspectiva propone que la desconfianza del gobierno artsají y sus bloqueos de posibles resoluciones de paz -como la propuesta en 1998- se deben a que no existe un régimen de seguridad efectivo en el Cáucaso que pueda garantizar su seguridad a futuro. Es por ello que, si la mantención del estatus quo va a depender de las tropas de mantenimiento de paz rusas, es preciso que perdure la cooperación entre todas las potencias involucradas en la región, como lo son Rusia, Estados Unidos, Turquía y Francia (Carley, 1998; International Crisis Group, 2020).

Por otro lado, hay autores que ofrecen otro tipo de explicación y sostienen que el conflicto armenio-azerí se mueve inherentemente hacia la paz y mantención del estatus quo. Según esta perspectiva, que apareció tras la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj en 2020, Artsaj hubiera sido capaz de mantener su estatus quo frente a Azerbaiyán porque la disuasión militar armenia-artsají y un lobby activo a favor del reconocimiento serían suficiente para prevenir que Azerbaiyán escalase más el conflicto. Similarmente, Armenia y Artsaj no tendrían incentivo para recuperar territorios perdidos en la guerra por la disuasión militar azerí y el deseo de promover el reconocimiento en un contexto más pacífico (Grigoryan & Khachatryan, 2020). Evidentemente, este enfoque no ha resultado ser tan impactante en el estudio actual de la región.

Finalmente, también se ha estudiado el caso de Artsaj desde una perspectiva de Estados patrocinadores. Estos vendrían a ser Estados que proveen a un Estado de facto de apoyo político, militar, económico y diplomático. Para el caso de Artsaj, el Estado patrocinador sería Armenia, con quien comparte cultura, economía e instituciones de seguridad. Cabe resaltar que Armenia es la única salida de Artsaj hacia la comunidad internacional y da préstamos anualmente que cubren casi el 80% de las necesidades del Estado de facto. Meydan (2018) sostiene que los Estados de facto, al no ser reconocidos internacionalmente y, consecuentemente, no poder completar su proceso de construcción de Estado, quedan sujetos a una dependencia radical en el Estado

patrocinador. De este modo, se resalta la gran dependencia que Artsaj tiene sobre Armenia, volviéndolo un Estado que, esencialmente, no funcionaría sin su patrocinador.

A partir de lo explorado en la literatura, se encuentra que existen vacíos que no han sido explorados a profundidad o en absoluto. En primer lugar, la literatura de Artsaj es considerablemente más reducida que la de Kosovo, Abjasia, Osetia del Sur o Somalilandia. Esto se debe a que la situación de Artsaj suele ser circunscrita al conflicto armenio–azerí y no se suele ahondar en su existencia como Estado de facto. Por este motivo, no hay muchos estudios que comparen a estos dos casos de Estados de facto. A su vez, aunque el rol del Estado aún ha sido bien documentado en el caso de Artsaj, el rol del Estado aún de Kosovo, Albania, no ha sido muy explorado. Finalmente, es relevante resaltar que, a pesar de la diversidad de enfoques que autores han prestado a los Estados de facto, así como a Kosovo y, en menor medida, Artsaj, no existe consenso acerca de las causas más determinantes del reconocimiento de Estados de facto. Por este motivo, hace falta investigar más a fondo todos los factores que podrían ser los determinantes en el reconocimiento de Estados de facto.

1.2. Hipótesis

En mérito de la información presentada, la pregunta de investigación del presente documento será la siguiente: ¿Qué factores permitieron el reconocimiento de Kosovo por un gran número de Estados, pero impidieron el reconocimiento de Artsaj? Asimismo, la hipótesis tentativa como respuesta a esta pregunta inicial será la siguiente: La obtención de reconocimiento internacional respondió, por un lado, a un alineamiento estratégico entre la posición de las potencias implicadas (EE.UU. y Rusia) frente al Estado de facto, sus intereses regionales y las capacidades materiales disponibles en un momento determinado y, por otro lado, al tipo de involucramiento de los Estados afines.

El interés estadounidense por preservar los principios de libertad y democracia en occidente fueron materializados en ayudar a la causa kosovar en un contexto de caos y violaciones a los derechos humanos en los Balcanes. Asimismo, para debilitar al gobierno poco cooperativo serbio y por el deseo de mantener la estabilidad en Europa, EE.UU. consideró beneficioso la creación de una república en Kosovo y promover su reconocimiento por otros Estados. Esto se reforzó por el hecho de que Estados Unidos

ya había establecido presencia en el territorio durante varios años tras la intervención de la OTAN, por lo que sí contaba con las capacidades de fomentar una política de lobby del reconocimiento kosovar. En contraposición, Rusia en ningún momento adquirió ninguna voluntad por querer reconocer a Kosovo. Sin embargo, la posición de Rusia en los Balcanes al momento de la declaración de independencia kosovar era comparativamente menos influyente que la de EE.UU. y sus aliados, por lo que el lobby estadounidense a favor del reconocimiento tuvo cierto grado de éxito.

Por otro lado, el interés ruso en preservar el statu quo en el marco de los conflictos en el Cáucaso hizo que mayores intentos de materializar un reconocimiento por parte de Artsaj no se llegaran a cumplir, ya que eso hubiera afectado de manera negativa a la frágil estabilidad entre los países transcaucásicos que Rusia buscaba mantener bajo su influencia. Estados Unidos tampoco llegó a adoptar una posición a favor del reconocimiento artsají. A su vez, a pesar de que sí hubiera varios actores intraestatales que apoyaban un reconocimiento, Estados Unidos nunca llegó a tener demasiada presencia en el Cáucaso, inhabilitándolos de poder haber ejercido una política efectiva en defensa del reconocimiento Artsaj.

El rol que jugó el Estado afín en cada caso también fue distinto y fue un factor de divergencia. Por un lado, Albania siempre abogó por el reconocimiento de Kosovo e incluso lo reconoció desde su primera declaración de independencia en 1991. No obstante, Albania nunca intervino militarmente y se limitó a hacer lobby político en organismos internacionales. Por otro lado, Armenia tuvo un rol mucho más activo ya que fue directamente el Estado patrocinador de Artsaj, brindando apoyo monetario y militar esencial para su supervivencia. Sin embargo, Armenia nunca llegó a reconocer formalmente a Artsaj con el objetivo de mantener la convivencia con Azerbaiyán y, consecuentemente, no hizo lobby para su reconocimiento al mismo nivel que Albania.

1.3. Metodología

La presente tesis seguirá una metodología cualitativa. Los métodos cualitativos son técnicas de recolección de datos no numéricos y estrategias para el análisis e interpretación de estos. Los tipos de datos que pueden ser recolectados de estos métodos, entonces, pueden ser verbales, textuales o visuales (Lamont, 2021). Resulta

ideal utilizar este enfoque porque este se basa en el análisis profundo de procesos y permite abordar temas complejos al mayor detalle posible. De este modo, se buscará desarrollar lo más posible las explicaciones de los procesos de Kosovo, los procesos de Artsaj, sus similitudes, sus diferencias y qué nos dan a entender del reconocimiento de Estados de facto.

Asimismo, la investigación seguirá el método comparativo de las ciencias políticas. El método comparativo está orientado a los casos y busca encontrar las causas de los efectos. Este tipo de análisis busca explorar una narrativa densa y detallada de casos paradigmáticos muy cortos en número como para justificar un análisis estadístico (Pérez-Liñán, 2010). Estos casos paradigmáticos serían Kosovo y Artsaj, que serán comparados uno con el otro por sus similitudes varias, pero con resultado diferente. Esto seguiría el sistema de casos “más semejantes”, donde ambos casos comparten la mayor cantidad de características posibles, permitiendo identificar variables como “ceteris paribus”. El objetivo aquí será encontrar variables en que sí exista una importante variación, lo que podría ayudar a explicar el porqué de la diferencia en el resultado (Sartori, 1994). Para el caso de Artsaj y Kosovo, se identifican las siguientes características siguiendo un sistema de casos más semejantes:

Tabla 1

Tabla comparativa de características entre los casos analizados

	Kosovo	Artsaj
Entidades sub federales	✓	✓
Pueblos diferenciados	✓	✓
Opresión por Estado padre	✓	✓
Violación de Derechos Humanos	✓	✓
Guerra	✓	✓
Estado de facto	✓	✓
Democracias (parcialmente libres)	✓	✓
Reconocimiento Internacional	✓	X

Fuente: Elaboración propia

Primero, tanto Kosovo como Artsaj fueron entidades sub federales dentro de Estados federativos en un contexto en que estos estaban cobrando independencia tras la disolución del Estado federal mayor. Para el caso de Kosovo, esta era una provincia autónoma dentro del Estado federativo de Serbia dentro del Estado federal de Yugoslavia. Para el caso de Artsaj, esta era un óblast autónomo dentro del Estado federativo de Azerbaiyán dentro del Estado federal de la U.R.S.S. En segundo lugar, Kosovo y Artsaj ambos contaban con una mayoría étnica y cultural muy diferenciada de la del Estado padre en cuestión, siendo así un pueblo distinto a la de la mayoría del Estado que conformaban. Por un lado, Kosovo contaba con una mayoría étnica albanesa, muy diferenciada de la mayoría serbia con quien había estado históricamente en conflicto. Similarmente, Artsaj estaba conformada por una mayoría étnica armenia, también diferenciada de la mayoría azerí con quien también había estado históricamente en conflicto. Tercero, tanto Serbia como Azerbaiyán desconocieron el estatus de provincia u óblast autónomo de estas regiones, y activamente intentaron privarlas de autonomía y capacidad para decidir cómo gobernarse. Cuarto, los esfuerzos serbios y azeríes por controlar a las poblaciones de Kosovo y Artsaj respectivamente implicaron

violaciones a los Derechos Humanos más allá de inhabilitarles el autogobierno, ya que en ambos casos hubo instancias de asesinatos y pogromos contra las poblaciones albanesas y armenias. En quinto lugar, las situaciones tanto en Kosovo como en Artsaj terminaron en guerras de 1998 a 1999 y de 1991 a 1994 respectivamente. Sexto, ambas guerras resultaron en el establecimiento de Kosovo y Artsaj como Estados de facto ya que adquirieron capacidad para gobernarse solos completamente separados de sus Estados padre que los habían oprimido en años anteriores. Séptimo, ambos Estados de facto, desde sus respectivas independencias, lograron constituirse como democracias parcialmente libres, rasgo poco común en Estados de facto. No obstante, la característica diferencial principal y el objetivo del estudio es que, de ambos casos, tan solo Kosovo recibió reconocimiento internacional de varios Estados miembros de la ONU.

Para identificar el porqué de esta diferencia, se propone explorar 2 variables de estudio. En primer lugar, los intereses de las grandes potencias sobre el deseo de reconocimiento de ambos Estados de facto. Esta información puede ser obtenida de las declaraciones oficiales de las potencias sobre la situación en Kosovo y Artsaj, y los esfuerzos materiales que atribuyeron a la búsqueda de reconocimiento de ambos Estados de facto. Asimismo, analizar la historia de ambos Estados de facto y los actores involucrados será importante para comprender los intereses políticos con respecto a estas regiones en décadas pasadas y la evolución de estos intereses.

La segunda variable es el rol del país vecino o “Estado afín” en la búsqueda de reconocimiento y mantención de soberanía del Estado de facto. Este Estado afín es uno culturalmente ligado con el país de facto en búsqueda de reconocimiento y, por ello, suele apoyar su causa de una manera u otra. En el caso de Kosovo, el país vecino con quien tiene lazos culturales e históricos es Albania. Para el caso de Artsaj, el país vecino con quien comparte cultura e historia es Armenia. La información acerca del rol que juegan estos dos Estados, Albania y Armenia, puede ser observada en las declaraciones oficiales de sus respectivos gobiernos acerca de Kosovo y Artsaj respectivamente, si hay reconocimiento o no, el lobby que han realizado en organizaciones internacionales, el apoyo material que han aportado, y si son Estados patrocinadores del Estado de facto.

Tabla 2

Operacionalización de las variables de investigación

Variable	Definición	Indicadores
Interés de las potencias	Posición, intereses regionales y capacidades materiales de las potencias (EE.UU. y Rusia) sobre los Estados de facto.	<ul style="list-style-type: none"> - Declaraciones oficiales de los Estados con respecto a su posición frente a estos Estados de facto - Datos cuantificables de ayuda económica, financiera y militar a los Estados de facto - Documentos históricos acerca de la relación política de los Estados y los Estados de facto en décadas pasadas
Rol del Estado afín	Rol del Estado afín (Albania y Armenia) en proveer apoyo político y diplomático, y material y económico para el reconocimiento de Kosovo y Artsaj.	<ul style="list-style-type: none"> - Declaraciones oficiales de Estados con respecto a su posición frente a estos Estados de facto - Datos cuantificables de ayuda económica, financiera y militar a los Estados de facto - Documentos históricos acerca de la relación política de los Estados y los Estados de facto en décadas pasadas

Fuente: Elaboración propia

Capítulo 2. Marco Teórico

El concepto de Estados de facto es relativamente nuevo en el estudio de las Relaciones Internacionales, habiendo sido formulado por Scott Pegg (1998) en su emblemático artículo *De Facto States in the International System*. Desde entonces, la literatura sobre los Estados de facto ha continuado creciendo mediante autores como Kolstø, Caspersen, Ker-Lindsay, Visoka, Ó Beacháin, el mismo Pegg y muchos otros. En la actualidad, el estudio de los Estados de facto y su reconocimiento es uno muy diversificado y conforma un subcampo de estudio que busca separarse cada vez más de enfoques del Derecho Internacional y centrarse en la naturaleza misma de estos actores (Pegg 2017). Es esta literatura la que ayudará a conceptualizar qué es un Estado de facto, su vinculación con la teoría del reconocimiento y su importancia como actor en el sistema internacional.

El Estado de facto, si bien no es el actor más importante en el sistema internacional, es un actor que existe, es parte de este sistema, ha probado influir sustancialmente y es diferente de otros actores como Estados títere o Estados fallidos (Pegg, 1998; Florea, 2014). Existen numerosas definiciones de lo que es un Estado de facto, así como diferentes terminologías para referirse a estos actores. De este modo, hay definiciones que incluyen criterios como la declaración de independencia, una duración determinada de la entidad o porcentaje de territorio controlado frente a sus reclamos territoriales. Similarmente, algunos autores prefieren utilizar otras nomenclaturas como “Estado con reconocimiento limitado”, “Estados contestados” o “Proto Estados”. Esta falta de consenso sobre la definición y terminología exacta de Estado de facto ha sido identificada por autores como Kosienkowski y el mismo Pegg como uno de los mayores desafíos en el estudio de Estados de facto de las últimas décadas (Pegg, 2017; Kosienkowski, 2023). Siguiendo las más recientes consideraciones de estos autores y sus recomendaciones para el futuro del estudio de estas entidades, el presente trabajo utilizará la definición minimalista de Toomla (2016) y entenderá por Estado de facto a “entidades que cumplen los criterios de estatalidad propuestos en la convención de Montevideo, pero que carecen reconocimiento internacional”. Según lo estipulado por dicha convención, estos criterios son: tener una población permanente, un territorio definido, un gobierno y capacidad para

establecer relaciones con otros Estados (Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, 1933).

Acerca del reconocimiento, este es uno de los temas más importantes para el subcampo de los Estados de facto. El reconocimiento como concepto general es considerado una característica inherente a la formación de una comunidad de Estados. En ese sentido, autores como Reus-Smit (1999) destacan que el hecho de ser reconocido está muy vinculado a la soberanía y a la legitimidad. No obstante, lo más importante a resaltar es que el reconocimiento es un proceso de socialización, lo cual sugiere que es a través de las interacciones entre actores, los contextos políticos y los patrones de convivencia que se llegan a formar identidades que conducen a reconocimientos mutuos entre Estados, aceptando que pertenecen a una misma comunidad internacional sin que esto signifique necesariamente que son iguales en poder o que no haya jerarquías entre estos Estados (Reus-Smit, 1999). Otra consideración del reconocimiento es que este puede ser instrumentalizado por aquellos Estados ya pertenecientes a una comunidad internacional como herramienta para excluir a otros actores y deslegitimarlos. De este modo, el no reconocer a un actor como Estado a pesar de que sí haya interacciones continuas con estos es una manera de dejarlos al margen de la comunidad internacional (Reus-Smit, 1999; Fabry, 2010).

En el Derecho Internacional actualmente existen varios debates acerca de qué es el reconocimiento. En términos de otorgar reconocimiento, se distingue entre el “reconocimiento de iure” y “reconocimiento de facto”, y hay diversas teorías acerca de la relación entre el reconocimiento y cuándo este determina que una entidad se conciba como Estado (Rojas, 2010). A diferencia del Derecho Internacional, que analiza diferentes perspectivas sobre cuándo un Estado puede concebirse oficialmente como tal a partir de las diversas prácticas e interpretaciones de reconocimiento, desde el estudio de Estados de facto, el reconocimiento es concebido como una cualidad de la que los Estados de facto carecen. La carencia del reconocimiento para los Estados de facto es fundacional para su existencia ya que es una característica que los distingue de otros actores. Similarmente, un Estado de facto también se caracteriza inequívocamente por su aspiración al reconocimiento y una política exterior dirigida a obtenerlo (Caspersen &

Stansfield, 2011; Pegg, 1998). De este modo, la lucha de los Estados de facto consiste en legitimarse ante los Estados de iure de una comunidad internacional por medio de sus propios recursos y la formación de alianzas con actores clave. Adicionalmente, se destaca que intentos fallidos de obtener reconocimiento en el pasado no han detenido la determinación de nuevos Estados de facto por recibir reconocimiento, hecho que demuestra la resiliencia y determinación de estos actores por lograr este acometido (Fabry, 2010).

Asimismo, estudios más recientes han aportado a la teoría al concebir el reconocimiento como un factor influyente y dinámico dentro de estas entidades. De este modo, se considera que la magnitud en la que un Estado de facto tiene o no reconocimiento es un factor que puede afectar la calidad o cantidad de soberanía de estos actores (Kyris, 2022). De igual forma, el reconocimiento parcial o la falta de reconocimiento afecta a la manera en que se auto concibe un Estado de facto e influye en cómo se guía su política exterior y, en algunos casos, también puede alterar el grado de dependencia que puede tener con otros Estados (Caspersen, 2012; Blakkisrud, et al. 2024). En suma, acerca del reconocimiento, el estudio de los Estados de facto va más allá de los debates del Derecho Internacional y concibe al reconocimiento como una característica inherente a los Estados de facto, una meta que se busca obtener y un espectro de diferentes niveles que puede influir en la soberanía de estos Estados.

Ya se ha establecido que se utilizará la definición minimalista de Toomla (2016) sobre los Estados de facto, que los define como entidades que cumplen con criterios de estatalidad, pero carecen de reconocimiento internacional. Para propósito de esta investigación, el principal indicador para determinar la falta de reconocimiento de ambos objetos de estudio y clasificarlos como Estados de facto es su carencia de estatus como Estado miembro de la Organización de las Naciones Unidas. Esto sirve para evitar los debates acerca de cuánto reconocimiento o reconocimiento de quién se necesita para ser considerado como un Estado de iure. Asimismo, la diferencia en el grado de reconocimiento entre ambos casos para argüir que Kosovo sí ha recibido cierto grado de reconocimiento mientras que Artsaj nunca lo obtuvo se suscita en el hecho de que sí hay Estados miembros de la ONU que han reconocido oficialmente a Kosovo, sin importar la

cantidad, mientras que no hay ninguno que reconozca a Artsaj. En ese sentido, se está asumiendo que tanto Kosovo como Artsaj son Estados de facto pues carecen de reconocimiento, pero existe una diferencia palpable en el grado de reconocimiento obtenido porque Kosovo sí ha sido reconocido por parte de algunos Estados miembros de la ONU mientras que Artsaj no.

También es importante destacar tres conceptos importantes para el trabajo: Estado padre, Estado patrocinador y Estado afín. El Estado padre es aquel Estado reconocido internacionalmente que abarca el territorio reclamado por el Estado de facto que busca desprenderse. El Estado padre generalmente no reconoce la independencia del Estado de facto y puede considerar la separación como ilegal o inconstitucional. Este término destaca la relación de origen y la disputa de reconocimiento o legitimidad entre el Estado de facto y el Estado reconocido del que busca desprenderse (Palani et al., 2020; O'Loughlin et al., 2015). Tradicionalmente, se concibe el Estado padre como un actor que busca activamente mermar los intentos del Estado de facto de obtener reconocimiento (Ker-Lindsay, 2012). Asimismo, se ha explorado también otros factores como la debilidad material de los Estados padre o su fragmentación política interna como posibles causas de la existencia de Estados de facto (Knotter, 2019). Más recientemente, se ha empezado a explorar más a fondo la interacción entre Estado de facto y Estado padre, ya no solo de manera histórica y enfocada en el conflicto de intereses, sino también desde las divisiones políticas internas en ambos que pueden influir en las perspectivas de uno sobre el otro (Palani et al., 2020). En la presente investigación, se identifica a Azerbaiyán como el Estado padre de Artsaj y Serbia como el Estado padre de Kosovo.

Los Estados patrocinadores han sido identificados en literatura más reciente como actores muy influyentes para la mayoría de Estados de facto. Según Meydan, los Estados de facto, en su categoría de no reconocidos por entidades como la Organización de las Naciones Unidas, pierden el acceso a instituciones internacionales crediticias y mercados internacionales, lo cual los deja aislados económicamente. Para llenar esta falta de acceso a recursos de instituciones internacionales, los Estados de facto suelen recurrir a fuentes externas. Estas fuentes son los llamados Estados patrocinadores, quienes proveen apoyo político, diplomático, económico y, en ocasiones, militar (Meydan, 2018).

Sin embargo, los Estados patrocinadores no necesariamente reconocen a los Estados de facto a quienes patrocinan, y este reconocimiento por parte del Estado patrocinador también es un factor importante que considerar (Blakkisrud et al., 2024). Cabe resaltar que los Estados de facto no reciben este apoyo de manera gratuita y hay intereses de trasfondo, pero la ayuda proporcionada es esencial para su supervivencia (Meydan, 2018). En la presente investigación, Armenia es identificado como el Estado patrocinador de Artsaj, y Estados Unidos y determinados Estados europeos como los Estados patrocinadores de Kosovo.

Por otro lado, el Estado afín es aquel Estado en el cual habitan grupos de parentesco similares que comparten y mantienen fuertes relaciones etno-culturales o etno-religiosas (Sheffer, 2024). Este concepto no es único al estudio de los Estados de facto, ya que relaciones culturales e históricas entre Estados modernos son comunes en regiones como Latinoamérica y la presencia de grandes grupos de parentesco en Estados adyacentes son comunes en regiones como Europa del Este. De este modo, se ha estudiado a los Estados afines desde numerosas perspectivas como el irredentismo, el poder blando, estabilidad y seguridad regional, enfoques conflictivos, dinámicas de refugiados, etc. (ACNUR, 2008; Sheffer, 2024; Waterbury, 2020). Sobre el estudio de Estados de facto y el rol del Estado afín en caso de secesiones, la literatura es sorprendentemente reducida. A pesar de que, naturalmente, se asumiría que los Estados afines apoyarían a Estados de facto con quien comparten lazos etno-culturales, no existe un análisis sistemático de varios casos que lo compruebe. De hecho, los pocos estudios que hay sobre la participación de Estados afines en la búsqueda de reconocimiento de Estados de facto sugiere que un apoyo al “aliado natural” no es siempre el caso (Sheffer, 2024; Ganguly y Taras, 2005). Por este motivo, a pesar de que los Estados afines no sean tan prominentes en la literatura como los Estados padres o Estados patrocinadores, es necesario profundizar el rol que juegan en la búsqueda de reconocimiento de los Estados de facto. En la presente investigación, Armenia es identificado como el Estado afín de Artsaj y Albania como el Estado afín de Kosovo.

Tabla 3

Definición de los conceptos de Estado padre, Estado patrocinador y Estado afín

	Definición	Para Kosovo	Para Artsaj
Estado padre	El Estado padre es aquel Estado reconocido internacionalmente que abarca el territorio reclamado por el Estado de facto que busca desprenderse.	Serbia	Azerbaiján
Estado patrocinador	Los Estados patrocinadores son quienes proveen apoyo político, diplomático, económico y, en ocasiones, militar al Estado de Facto	Estados Unidos (principalmente) y otros países de Occidente	Armenia
Estado afín	El Estado afín es aquel Estado en el cual habitan grupos de parentesco similares que comparten y mantienen fuertes relaciones etno-culturales o etno-religiosas	Albania	Armenia

Fuente: Elaboración propia

Por último, una consideración más del estudio de Estados de facto es que concibe que las dinámicas o pautas de identificación del Estado en Relaciones Internacionales no son claras. Esto implica que no existe una normativa inmutable capaz de definir qué es un Estado y qué no. Para autores como Pegg (1998), las prácticas de reconocimiento o no reconocimiento de los Estados de facto revela las prioridades, concepciones o intereses del sistema internacional. Similarmente, Visoka (2022) argumenta que los marcos epistemológicos que las teorías predominantes proporcionan para el estudio del reconocimiento de Estados de facto son pro-statu quo y sirve a los intereses de las potencias del momento. No obstante, otros autores como Grzybowski (2019) han llegado a sostener que la identificación del Estado en Relaciones Internacionales es indeterminada y, por las contradicciones entre datos empíricos, Derecho Internacional, y decisiones políticas tomadas en diferentes momentos, la cuestión de qué define un Estado exactamente se mantendrá irresuelta. Lo que estas consideraciones suponen para los Estados de facto es que su legitimidad o no legitimidad como Estados no es una simple respuesta de sí o no, y son actores complejos cuyas dinámicas deben estudiarse más a fondo.

El estudio de las Relaciones Internacionales cuenta con diversas perspectivas y enfoques que proporcionan a los autores un marco conceptual y analítico para comprender el objeto de estudio. La presente investigación tomará la teoría de Estados de facto desde el realismo clásico revisado como base teórica. Esta teoría, formulada en la obra *A Theory of De Facto States: Classical Realism and Exceptional Politics* de Lucas Knotter (2023), es uno de los desarrollos más recientes en la literatura de Estados de facto ya que enmarca el estudio de los Estados de facto dentro de las concepciones del realismo clásico, que en la actualidad no es muy utilizado en este campo de estudio. El presente trabajo busca analizar los casos de Kosovo y Artsaj desde las Relaciones Internacionales, analizando los intereses políticos de los países vecinos y las potencias, y toma las acciones de estos Estados aledaños como variables principales al momento de determinar el devenir político de Kosovo y Artsaj. Por este motivo, ya es preciso posicionar el estudio en el campo del realismo, que considera que el Estado y, principalmente, las potencias son los actores más importantes de las Relaciones Internacionales. La teoría de Knotter, además, es especialmente útil porque ha adaptado las concepciones del realismo clásico a los Estados de facto como objeto de estudio.

Según Knotter (2023), se debe considerar a los Estados de facto como “entidades políticas excepcionales” (“exceptional politics”) en tanto los Estados de facto son entidades políticas cuya mayor distinción es que existen fuera de los marcos normativos internacionales. Así, al manifestar su estatalidad de manera ilegal, revelan las discrepancias entre el Derecho Internacional, y los arreglos entre actores y la política internacional. Entonces, a pesar de que estas entidades estén dentro del sistema internacional, hacen esto al cuestionar las normas y realidades políticas convencionales (Knotter, 2023).

Siguiendo la idea de que los Estados de facto son entidades políticas excepcionales, estos se analizan desde un punto de vista que toma lo político y no lo legal-normativo como base de la manifestación estatal. Esta manera de analizar a los Estados de facto es particular del realismo clásico revisado y concibe la soberanía de facto, que va de la mano con estas entidades, como la autoridad que adquiere la capacidad única de ejercer la ley en un territorio en una crisis del orden. En esencia, lo que aporta esta

conceptualización de la soberanía de facto a los Estados de facto es la capacidad “real” que tienen de verdaderamente separarse de la entidad política a la que pertenecieron previamente y no cuestiona la falta de legitimidad que esto implica desde el Derecho Internacional (Knotter, 2023).

¿Pero por qué el realismo clásico? A diferencia de otros tipos de realismo, Knotter (2023) argumenta que el realismo clásico revisado o realismo neoclásico es el mejor indicado para analizar a los Estados de facto. Esto se debe a que el neorrealismo o el realismo estructural conciben la anarquía internacional como el principio sociopolítico fundamental en las Relaciones Internacionales. Este enfoque es incompatible con el estudio de Estados de facto ya que, al concebir que lo más importante de la política internacional son las interacciones entre Estados de iure, no se admite la agencia que otros actores que no sean Estados de iure puedan tener. Waltz (1979) mismo decía que actores no estatales, como lo serían los Estados de facto, solo podrían cambiar la visión Estado céntrica si llegasen a tener igual o más poder que las potencias. En cambio, Knotter (2023) señala que el realismo clásico parte de la naturaleza humana como principio fundamental. Al basarse en las relaciones humanas, el estado-centrismo de la teoría clásica no se basa en dinámicas sistémicas de los Estados de iure, sino en las dinámicas de poder entre grupos humanos. Así, el realismo clásico sí concibe al Estado como el principal actor, pero concibe que estos pueden dejar de ser los actores principales si las dinámicas de poder humanas cambiaran y, por ese mismo motivo, concibe que los Estados de facto puedan materializarse y existir. Consecuentemente, al partir de lo humano, lo local y lo comunal, el realismo clásico se acerca mucho más al concepto de Estado de facto, mientras que este queda fuera de otras perspectivas realistas cuyos marcos conceptuales parten del sistema y la anarquía de Estados de iure (Knotter, 2023).

También, a pesar de que usualmente las teorías realistas son criticadas por ser pro-statu quo, al no basarse en el sistema internacional existente como principio de la política internacional, el realismo clásico se distancia de las teorías que buscan preservar el statu quo. Como ya se ha mencionado, a diferencia del realismo estructural o el neorrealismo, el realismo clásico revisado admite la creación de entidades no necesariamente

reconocidas como lo son los Estados de facto, y no los ve como parias en el sistema internacional (Knotter, 2023). Al menos en ese sentido, el realismo clásico como es postulado por Knotter incluso cumple con el primer imperativo de Visoka en su artículo sobre la creación de una teoría crítica de reconocimiento de Estados, que menciona que es necesario dejar las teorías tradicionales que buscan proteger el orden internacional existente que no da lugar a que se analicen la situación de los pueblos subyugados que buscan emanciparse y encontrar santuario fuera de su Estado padre (Visoka, 2022).

Asimismo, se deben considerar los más recientes desarrollos en la literatura acerca del realismo clásico revisado en general, ya que está resurgiendo como teoría en las Relaciones Internacionales. Kirchner (2022), en su obra *An Unwritten Future. Realism and Uncertainty in World Politics*, rescata las principales ideas del realismo clásico antiguo y cómo estas pueden ser aplicadas en la actualidad en un nuevo realismo clásico revisado. Según el autor, lo más importante en el realismo clásico es el poder, entendido como la capacidad de un Estado para influir en otros y asegurar sus propios intereses, pero también el propósito, que se refiere a las motivaciones y objetivos que guían las acciones de un Estado en la arena internacional en un momento particular. Es por ello que para el realismo clásico revisado es vital entender el contexto y analizar la historia particular de cada caso a estudiarse. Además, el autor sostiene que es igualmente importante considerar la incertidumbre que existe en la toma de decisiones, ya que otras teorías como el realismo estructural asumen una racionalidad exagerada de los Estados sobre las posibles consecuencias que sus acciones tendrán en el sistema internacional, cuando este no suele ser el caso (Kirschner, 2022).

De hecho, esta es una crítica común de varios autores, que consideran que el realismo estructural tan solo tiene en cuenta variables sistémicas al momento de explicar el accionar de Estados (Kirschner, 2022; Abdi, 2013; Dehghani y Zare, 2016). A su vez, este también es un punto de distanciamiento entre el realismo neoclásico y el realismo clásico antiguo, ya que este último solo consideraba variables domésticas y no tomaba en cuenta el sistema (Abdi, 2013). Entonces, la ventaja de utilizar el realismo clásico revisado es que se considera tanto variables domésticas como las variables internacionales sistémicas en el proceso de toma de decisiones de los Estados. Cabe resaltar que la

manera de analizar las variables sistémicas se diferencia también del realismo estructural, porque este asume que las consideraciones del sistema afectan inmediatamente el comportamiento de los actores (Dehghani y Zare, 2016). El realismo clásico revisado, en cambio, admite que los Estados no tienen manera de anticipar correctamente cuáles van a ser las consecuencias sistémicas de sus acciones, por lo que el cálculo de costos y beneficios no será inmediato, hecho reforzado por la inhabilidad de recibir una retroalimentación inmediata tras llevar a cabo una acción de política exterior (Kirschner, 2022). Es por estos supuestos que los defensores del realismo neoclásico admiten que, aunque este no sirva para generar una gran teoría que busque entender todas las dinámicas de poder de todo el sistema internacional a manera de ciencia, como intenta hacer el neorrealismo o realismo estructural, la fortaleza del realismo clásico revisado es su aplicación al estudio de casos específicos de política exterior de Estados, analizando el contexto, historia, motivaciones y variables tanto domésticas como sistémicas para cada caso (Kirschner, 2022; Dehghani y Zare, 2016).

Teniendo todo eso en consideración, se deben mencionar los principales puntos de análisis del realismo clásico sobre los Estados de facto. En primer lugar, se concibe que son los intereses de los Estados lo principal en la política internacional (Knotter, 2023). El interés nacional de los Estados es concebido desde la literatura del realismo clásico como un bien público, es decir, un bien que beneficia a toda la sociedad, no es excluyente y difícilmente puede ser provisto por otras entidades. Algunos ejemplos de esto son la integridad territorial, la autonomía del Estado o, especialmente para las potencias, la capacidad para influenciar en la política internacional de manera que se facilite promover los valores nacionales. De este modo, se entiende al interés del Estado como algo que va más allá de intereses puramente económicos o de actores individuales. No obstante, es preciso remarcar que estos intereses pueden ser percibidos de diferente manera por diferentes Estados, son susceptibles a cambios conforme pasa el tiempo y, aún si dentro de un Estado hay consenso sobre cuáles son los intereses, no siempre se acuerda en cuál es la mejor política para garantizarlos (Kirschner, 2022; Knotter, 2023). Para Knotter, los Estados de facto no son excluidos de esta concepción, y sí se admite su existencia y la importancia de sus propios intereses. La única diferencia es que son los Estados más grandes y ya establecidos, y no los Estados de facto, los que suelen estar en posiciones

más centrales en las estructuras de poder empíricas (Knotter, 2023). En segundo lugar, es el poder “real” o las capacidades que tienen los Estados de facto de constituirse verdaderamente como entidades separadas de sus Estados padre lo que les permite establecerse como “entidades políticas excepcionales”. Por último, el análisis realista clásico también asume que las teorías prevalentes para analizar los Estados de facto y el reconocimiento -como el Derecho Internacional, el análisis discursivo o procesos lógicos como la teoría de juegos- no serán muy útiles para el análisis (Knotter, 2023). Dado que las principales variables de investigación están relacionadas a los intereses de Estados potencia o Estados aledaños, sus relaciones asimétricas de poder con los Estados de facto, y el análisis histórico del poder y propósitos de los actores involucrados, la teoría del realismo clásico propuesta por Knotter es ideal para el análisis de Estados de facto.

Por la importancia que se le prestará a los Estados potencia presentes en la región y al pasado histórico o agendas que los relacionan con los Estados de facto escogidos, la geopolítica también será importante para el análisis. La geopolítica, siguiendo las ideas de autores clásicos como Mackinder o Spykman, es el estudio de la influencia de los factores geográficos en el desarrollo de actores políticos (Ó Tuathail et al., 1998). De este modo, la geopolítica analiza las decisiones políticas y cómo se relacionan con el espacio y el territorio con el que interactúan. A su vez, se deben tener en consideración las características sociales, económicas, políticas y culturales, así como su desarrollo a lo largo de la historia para analizar cada caso en específico (Wrobel, 2023). Además, siguiendo consideraciones más contemporáneas sobre este campo de estudio, es preciso recalcar que los órdenes geográficos son creados por actores clave y reflejan su manera de concebir al espacio que los rodea, razón por la cual las visiones de geopolítica de diferentes actores pueden ser únicas, contradictorias y claramente sesgadas (González Tule, 2017). Cabe resaltar que estas decisiones políticas conciernen no solo a los Estados, sino que también a otros actores como los Estados de facto o entidades subnacionales (Ferro Núñez y Castaño Ferro, 2017). En la presente investigación, se analizará las visiones geopolíticas de las potencias escogidas, EE.UU. y Rusia, sobre las regiones en donde se encuentran los Estados de facto a analizar, los Balcanes y el Cáucaso.

Capítulo 3. Contextualización de los hechos

Comprender de manera adecuada los casos seleccionados requiere situarlos en su respectivo contexto histórico, político y social. Tanto Kosovo como Artsaj son entidades con trayectorias singulares, cuya formación y desarrollo responden a dinámicas únicas. Por este motivo, examinar las particularidades de cada caso, el trasfondo histórico que los condiciona y su situación actual es fundamental para compararlos de manera adecuada y cumplir los objetivos de esta investigación. A continuación, se explicará la historia de ambos Estados de facto, el proceso que siguieron para constituirse como entidades separadas de sus Estados padres, y su búsqueda de reconocimiento.

3.1. Kosovo

El territorio que actualmente compone la República de Kosovo es reclamado tanto por serbios como por albaneses. Por un lado, Serbia considera a la región como el corazón del primer Estado serbio de la Edad Media y un centro espiritual de la Iglesia Ortodoxa Serbia, cuyo Patriarcado se ubicaba en la región, así como varios monasterios que permanecieron funcionales hasta la edad moderna. Los albaneses, en cambio, reclaman que su presencia en la región es anterior a la llegada de tribus eslavas a los Balcanes al ser descendientes de los pueblos ilirios que originalmente habitaban la costa oeste de la península. A pesar de que no haya consenso acerca de la ascendencia iliria del pueblo albanés, es muy probable que hayan habitado la región antes y que ambos pueblos hayan convivido conjuntamente a lo largo del segundo milenio (Rogel, 2003). A mediados del siglo XX, sin embargo, la población albanesa era mayoritaria y constituía el 90% de la población en Kosovo. Kosovo en sí formaba parte de la República Socialista de Serbia, dentro de la República Federativa Socialista de Yugoslavia (RFSY). A diferencia del Reino de Yugoslavia, predecesor de la RFSY, el control central serbio sobre el nuevo Estado se había diluido en favor de un modelo federal que adjudicaba mayor autonomía a cada una de sus repúblicas. Kosovo no formaba parte de estas repúblicas, pero por su mayoría albanesa recibió el estatus de “región autónoma” y, posteriormente, la administración de Tito elevó este estatus al de “provincia autónoma” en 1963 (Rogel, 2003; Sterio, 2010). Más aún, la Constitución de 1974 hizo de Kosovo una de las ocho unidades oficiales que conformaban la federación, otorgándole un voto igualitario en las instituciones gubernamentales (Rogel, 2003). Estos acontecimientos beneficiaron

ampliamente la autonomía de la población albanesa de la región, pero también propiciaron un resentimiento profundo en la población serbia, cuyo control sobre la provincia se debilitaba paulatinamente.

No obstante, el escenario político cambió tras la muerte del presidente Tito en 1980, quien había llevado a cabo estas reformas. Poco a poco, el nacionalismo serbio, resentido por los cambios que habían debilitado la autoridad serbia sobre Kosovo y Yugoslavia en general, comenzó a resurgir. Así, la primera gran confrontación entre serbios y albaneses estalló en marzo de 1981, en el marco de protestas estudiantiles en la Universidad de Pristina, capital de Kosovo. Inicialmente, las protestas solo reclamaban mejores condiciones para los estudiantes, pero la situación escaló cuando la provincia se declaró en estado de emergencia y se envió un regimiento militar para apaciguar a los manifestantes, lo cual generó violencia generalizada, arrestos masivos y el cierre de las instituciones educativas. Estos eventos generaron mutuo desprecio entre ambas partes, lo cual propició un sentimiento generalizado anti-albanés en Serbia. (Rogel, 2003). Para finales de los 80s, el nacionalismo serbio, encabezado por el presidente Slobodan Milosevic, se había hecho con el poder y había instaurado en Kosovo una suerte de Estado policía. De este modo, los albaneses kosovares fueron atacados por los medios de comunicación, excluidos de la educación y salud pública, se condenó injustamente a líderes e intelectuales, e incluso se anuló el estatus de provincia autónoma (Rogel, 2003; Sterio, 2010). A raíz de esto, los albaneses kosovares empezaron a formar sus propias instituciones, habilitando colegios y hospitales, y recaudando impuestos ellos mismos para financiarlos. Poco a poco, se empezó a formar una especie de gobierno de facto de la provincia, cuyos líderes organizaron un partido llamado Liga Democrática de Kosovo (LDK) y, tras un referéndum organizado por los albaneses kosovares, declararon unilateralmente su independencia y fundación de la “República de Kosovo” el 22 de setiembre de 1991 (Rogel, 2003; Reddemann, 1992).

Esta declaración de independencia fue ignorada no solo por el Estado central serbio, sino por la comunidad internacional en su conjunto. Tan solo Albania llegó a reconocer a Kosovo en esos años, pero poco después retiró su reconocimiento por la escalada de conflictos en los Balcanes (Bieber y Daskalovski, 2003; UNHCR, 1992). Estos conflictos

eran las guerras que habían estallado en Bosnia y Croacia en el contexto de las llamadas Guerras Yugoslavas, que mantuvieron ocupado al gobierno central de Serbia y por ello no hubo una escalada de represiones contra Kosovo. De igual manera, las autoridades serbias que ya estaban en la provincia y el riesgo de captura a líderes políticos albaneses obligaron al “gobierno provisional” del LDK a relocalizarse a Eslovenia (Rogel, 2003). Kosovo se mantuvo relativamente tranquilo durante el conflicto debido a que el LDK bajo el liderazgo de Ibrahim Rugova siguió una política de pacifismo y amistad con los serbios kosovares. El organizar una resistencia armada, además, era poco factible por la falta de capital y armamento en la provincia, que habían sido incautados por Serbia. No obstante, todo cambió tras los Acuerdos de Dayton, que pusieron fin a las hostilidades en 1995, pero no mencionaban el estatus de la provincia de Kosovo, dejándola firmemente bajo el control de Serbia a los ojos de la comunidad internacional. Esto generó desilusión con la vía pacífica propuesta por el LDK y dio paso a que el Ejército de Liberación de Kosovo (UÇK), grupo paramilitar formado en 1993, empiece una campaña de resistencia violenta contra las autoridades serbias (Rogel, 2003; Sterio, 2010).

Cabe resaltar que la población albanesa también era objeto de constantes abusos por parte de las autoridades serbias, pero los actos terroristas del UÇK, que incluían secuestros, violaciones e incluso asesinatos, solo acrecentaron las hostilidades entre serbios y albaneses (HRW, 1998). Para 1996, el UÇK ya estaba librando una guerra de guerrillas y, para 1998, la violencia escaló hasta el extremo. En 1999, se invitó a ambos bandos a una conferencia de paz en Rambouillet, en Francia, para firmar un acuerdo que detuviera la violencia (Rogel, 2003; Sterio, 2010). El acuerdo contaba con algunos “no negociables” para ambos bandos y se sabía que Serbia se rehusaba a internacionalizar un asunto que consideraba como doméstico, por lo que era improbable que se llegara a un entendimiento. Después de 17 días de negociaciones, los serbios se negaron a firmar el acuerdo, pero los kosovares sí firmaron. Algunos historiadores consideran que Rambouillet fue organizado por EE.UU. sabiendo que este sería el resultado de antemano, pero necesitaban una manera de justificar que los albaneses eran los “buenos” y que Serbia era el enemigo (Daalder y O’Hanlon, 2000b). Sea cual sea el caso, este rechazo por parte de Serbia de firmar el acuerdo sirvió de justificación para una

intervención de la OTAN, que ya venía preparando a sus fuerzas armadas desde hace meses (Rogel, 2003).

La intervención, que no contaba con aprobación del Consejo de Seguridad, comenzó el 24 de marzo. Esencialmente, la intervención consistió en una serie de bombardeos tácticos que, inicialmente, fueron muy poco eficaces debido a una falta de preparación, dificultad en el liderazgo e información anticuada. Sin embargo, los bombardeos acrecentaron en número y se atacó también a infraestructura civil. Eventualmente, tras haber recibido cerca de 10 000 bajas y por la creciente presión rusa para que paren las hostilidades, el presidente Milosevic capituló el 3 de junio y se firmó un acuerdo técnico de fin de hostilidades poco después (Rogel, 2003; Sterio, 2010). De este modo, el 10 de junio se pasó la Resolución 1244 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la cual estableció que Kosovo sería administrado por una misión especial de la ONU, la Misión de Administración Provincial de las Naciones Unidas en Kosovo (UNMIK), y que la seguridad del territorio sería garantizada por una fuerza militar liderada por la OTAN, a Fuerza de Kosovo (KFOR) (Sterio, 2010). Cabe resaltar que esto no implicó un reconocimiento como Estado, ya que, nominalmente, se reconocía la soberanía de Serbia sobre el territorio disputado.

Desde entonces, la UNMIK se encargó de relocalizar a los refugiados que huyeron durante el conflicto, mantener la paz entre serbios y albaneses en el territorio, y construir un Estado funcional en Kosovo (United Nations Peacekeeping, 2024). Por otro lado, la KFOR procuró mantener la seguridad fronteriza kosovar, imponer ley y orden, y llevar a cabo un desarme general en el territorio, así como labores de desminado (NATO, 2024). Mientras tanto, el gobierno de facto en Kosovo buscó normalizar las relaciones con Serbia, especialmente después de la salida de Milosevic del poder en 2001. Lamentablemente, todo intento por llegar a una normalización de las relaciones no fue posible. Por ese motivo, el parlamento kosovar votó a favor de una declaración unilateral de independencia el 17 de febrero de 2008 (Armakolas y Ker-Lindsay, 2020). La UNMIK siguió presente después de la declaración de independencia, aunque sus objetivos ahora se focalizan en promover la seguridad, estabilidad y respeto por los Derechos Humanos (United Nations Peacekeeping, 2024). Similarmente, la KFOR todavía se encuentra en

el territorio, aunque con números muy reducidos con respecto a los iniciales: en 1999, el número de efectivos de la KFOR fue de más de 35 000; para 2008, el número se había reducido a 14 759 tropas; y, en el más reciente reporte de junio de 2024, se reporta una fuerza de 4 490 operativos (U.S. Department of State, 2001; Cook, 2008; NATO, 2024).

Estados Unidos y otros Estados clave de Occidente como Canadá, Japón, Reino Unido y Alemania reconocieron rápidamente a la joven república. Por otro lado, Rusia y China se opusieron fuertemente a su reconocimiento, junto con otras potencias emergentes tales como Brasil, India, Sudáfrica e Indonesia. Más notablemente, hubo cinco Estados miembros de la Unión Europea que no reconocieron a Kosovo: Chipre, Grecia, Rumania, Eslovaquia y España (Armakolas y Ker-Lindsay, 2020). Actualmente, se estima que hay aproximadamente 90 Estados miembros de la ONU que reconocen a Kosovo, siendo el más reciente Israel, y 91 Estados que no reconocen a Kosovo, 13 de los cuales sí llegaron a reconocerlo en algún momento, pero luego revocaron su reconocimiento. Asimismo, hay 12 Estados adicionales cuyo reconocimiento o no reconocimiento es incierto por la ambigüedad de sus líderes en elegir una posición sobre el tema (Status of Kosovo, 2024).

Naturalmente, Serbia es el principal detractor del reconocimiento de Kosovo, porque considera que es una provincia dentro de su territorio, y es la negatoria de Serbia de reconocer a Kosovo el principal motivo por el cual otros Estados no reconocen a Kosovo, de acuerdo con el Derecho Internacional, una declaración unilateral de independencia de ese tipo no puede ser considerada legítima si no cuenta con el consentimiento del Estado padre (Taillefer, 2011). Es por ello que los Estados que sí reconocen a Kosovo argumentan que el caso kosovar es “sui géneris” y no compatible con otros casos por las particularidades contextuales. La oposición, en cambio, argumenta que el reconocimiento de Kosovo significa un precedente muy peligroso para el mantenimiento del orden en el Sistema Internacional. De hecho, hay otros Estados de facto como por ejemplo Abjasia que han citado el caso de Kosovo como precedente en su propia declaración de independencia (Caspersen, 2015; Sterio, 2010; Rrahmani, 2014; Ker-Lindsay, 2013). En suma, la validez del reconocimiento de Kosovo es un tema muy disputado y controversial.

En la actualidad, las tensiones entre Kosovo y Serbia siguen ocurriendo, particularmente por la minoría étnica serbia dentro de Kosovo. En 2013, se llegó a un acuerdo que brindaba mayores libertades a los serbios kosovares. Más aún, en 2018 incluso se discutió un posible intercambio de territorio entre regiones mayoritariamente serbias de Kosovo y regiones mayoritariamente albanesas de Serbia. No obstante, ha habido escaladas de conflicto esporádicas y choques entre la minoría serbia y las autoridades kosovares en 2021, 2022 y 2023 (Fella, 2024). De este modo, Kosovo sigue reteniendo su autonomía como Estado de facto en la actualidad, poseedor de un gobierno funcional en su territorio, pero carente de un reconocimiento generalizado de la comunidad internacional. Asimismo, las tensiones con Serbia solo han incrementado en los últimos años, por lo que una solución pronta del caso kosovar es poco probable.

3.2. Artsaj

Similar al caso kosovar, el territorio de la República de Artsaj, tradicionalmente conocido como Karabaj, albergó tanto a armenios como azeríes por un largo periodo de convivencia pacífica, pero Armenia y Azerbaiyán tienen tradiciones históricas muy diferentes sobre la región. Para Armenia, la existencia de una comunidad autóctona armenia data desde hace más de 3 000 años, mientras que los azeríes son considerados pueblos túrquicos provenientes de Asia Central que migraron al Cáucaso recién en el segundo milenio. En cuanto a la región de Karabaj, que los armenios llaman Artsaj, se argumenta que fue el último bastión de autonomía armenia que perduró tras la caída del último gran reino armenio de la Edad Media. Además, argumentan que Karabaj nunca fue dominado por los turcos azeríes desde Baku, lo cual es verdad salvo por una breve ocupación militar parcial del territorio entre 1919 y 1920, antes de la integración de toda la región a la Unión Soviética. Por otro lado, la más reciente historiografía azerí busca retroceder la llegada del pueblo túrquico a la región. De este modo, en Azerbaiyán se ha reemplazado la “teoría selyúcida”, que data la llegada del pueblo túrquico a la región del Cáucaso en el siglo XI y es la más aceptada por la comunidad historiadora, por una “teoría jázara”, que data la llegada de los pueblos túrquicos desde el siglo VI o VII. Más aún, una tercera teoría propuesta por la historiografía moderna azerí es que pueden trazar sus orígenes a la Albania caucásica, reino antiguo no relacionado con la Albania moderna que habitó la región del Cáucaso en simultáneo con los primeros reinos armenios. Esta

teoría asume que el pueblo albanés caucásico fue islamizado y “turquificado”, y conforma una parte importante de la ascendencia del pueblo azerí moderno. Siguiendo esta visión, se argumenta que eran originalmente albaneses caucásicos quienes habitaban en la región de Karabaj, pero que tras ser cristianizados adoptaron identidades armenias o georgianas. Proclamando descendencia de la Albania caucásica, entonces, Azerbaiyán reclama el territorio como suyo. Evidentemente, estas nuevas teorías poseen un sesgo cuestionable, pero un hecho real que Azerbaiyán resalta es que, a comienzos del siglo XVII, el Imperio Ruso empezó a movilizar a miles de armenios a la región del Karabaj y al Cáucaso en general para crear una provincia armenia, lo cual pudo haber afectado la composición étnica del territorio artificialmente (Souleimanov, 2005).

Dejando de lado estas diferentes perspectivas, es un hecho que armenios y azeríes habitaron la región del Cáucaso pacíficamente por siglos. No obstante, esto cambió a comienzos del siglo XX. Los pogromos turcos de 1894 a 1896 habían generado un fuerte sentimiento anti-otomano y, consecuentemente, anti-túrquico entre la población armenia. Por otro lado, provocadas por los gobernadores rusos de la región para dividir a los nacionalismos, las masas pobres de Azerbaiyán fueron incitadas a iniciar una revuelta. Este conflicto inicialmente interno en la provincia rusa de Azerbaiyán pronto se desbordó a la vecina provincia de Armenia, y así inició la Guerra Armenio-Tártara, que rompió la convivencia pacífica de siglos anteriores (Souleimanov, 2005).

Tras el genocidio armenio de 1915 en Turquía, miles de armenios huyeron a la provincia rusa de Armenia, lo cual solo incrementó las tensiones con la población azerí de la región. Asimismo, tras el colapso del Imperio Ruso en la Primera Guerra Mundial, tanto Armenia como Azerbaiyán pudieron constituirse brevemente como Estados independientes, pero entraron en conflicto inmediatamente después. Así, la Guerra Armenio-Azerí (1919 – 1920) y la Guerra Turco-Armenia (1920) vieron limpiezas étnicas de ambos bandos. Más aún, la revuelta de los armenios de Karabaj contra la ocupación azerí en 1918 resultó en la pérdida de una quinta parte de su población. Finalmente, todos los conflictos cesaron cuando la recién formada Unión Soviética ocupó y anexó tanto Azerbaiyán como Armenia (Souleimanov, 2005). De este modo, se reformularon fronteras y adjudicaron provincias a las nuevas repúblicas soviéticas. Karabaj fue

proclamado en 1923 como el Óblast Autónomo de Nagorno Karabaj, que contó con una mayoría armenia del 90% de la población total y una autonomía considerable, pero permaneció dentro de la RSS de Azerbaiyán (Mehrabi, 2018; Dehdashti-Rasmussen, 2007; Souleimanov, 2005). Bajo la Unión Soviética, los rencores entre armenios y azeríes quedaron en la memoria, pero la región atravesó un largo periodo de paz y estabilidad.

No fue sino hasta 1988 que las tensiones comenzaron a resurgir, cuando manifestantes en Nagorno Karabaj reclamaban ser integrados como una provincia a la RSS de Armenia. La situación se agravó cuando el gobierno armenio emitió una declaración por la cual aceptaba la adhesión de Nagorno Karabaj como nueva provincia. Azerbaiyán, como respuesta, emitió una declaración reafirmando su soberanía sobre el territorio (Sprague, 2016). Para ese momento, ambas partes vilificaban al oponente y ejercían una retórica ultranacionalista sobre la cuestión de Nagorno Karabaj, y empezaron a haber enfrentamientos pequeños en el territorio, en lo que se conocería luego como la Primera Guerra de Nagorno Karabaj (Mehrabi, 2018; Souleimanov, 2005; Dehdashti-Rasmussen, 2007). El conflicto no se limitó a la provincia disputada, sino que también hubo expulsiones masivas de azeríes en Armenia y armenios en Azerbaiyán.

En el contexto de la disolución de la Unión Soviética, el caos estalló por completo cuando Azerbaiyán declaró unilateralmente su independencia el 31 de agosto de 1991. Poco después, los armenios de Karabaj declararían su propia independencia para formar la República de Artsaj el 2 de setiembre. Como castigo por la proclamación ilegítima, Azerbaiyán removió el estatus de autonomía de la provincia. Para 1992, los enfrentamientos esporádicos de años anteriores se habían convertido en un gran conflicto bélico en el que ambos bandos cometieron crímenes atroces. No obstante, los armenios artsajíes, junto con ayuda de Armenia, lograron formar un frente armado más rápido que Azerbaiyán (Souleimanov, 2005). Para cuando los azeríes formaron un frente capaz de enfrentar a las fuerzas conjuntas de Armenia y Artsaj, los armenios artsajíes controlaban no solo el óblast de Nagorno Karabaj, sino otros territorios adyacentes que conformaban la histórica región armenia de Artsaj, los cuales representaban un 14% del territorio total de Azerbaiyán. El conflicto terminó en 1994 cuando ambos bandos habían agotado sus capacidades bélicas y el resultado fue la emergencia de un Estado de facto

en la región, la República de Artsaj (Sprague, 2016; Mehrabi, 2018). Desde entonces, el Grupo de Minsk, creado en 1992 y conformado por EE.UU., Rusia, y otros países europeos, lideró los esfuerzos de mediación entre armenios y azeríes por el conflicto, aunque con pocos resultados (Dehdashti-Rasmussen, 2007).

La proclamación de unilateral de independencia de Artsaj resonó muy poco en el escenario internacional. De hecho, ni siquiera Armenia, ampliamente considerado como su Estado patrocinador, la reconoció (Mehrabi, 2018; Meydan, 2018). Esto se puede explicar por los deseos iniciales de Armenia de no acrecentar las tensiones con Azerbaiyán que, desde el fin de la guerra, se ha encontrado en una situación económica mucho más favorable por sus reservas de petróleo (Souleimanov, 2005). Ningún Estado miembro de la ONU reconoció nunca a Artsaj, habiendo recibido solamente reconocimiento por parte de otros Estados de facto como Abjasia, Osetia del Sur y la República Moldava Pridnestroviense, más conocida como Transnistria (Mehrabi, 2018; Reyes, 2022). En la arena de la paradiplomacia, cabe resaltar que ha habido resoluciones de entidades subnacionales en varias partes del mundo que reconocen el derecho de autodeterminación de Artsaj. Según la página oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Artsaj, son cuatro ciudades estadounidenses, once Estados de EE.UU., un Estado australiano y el País Vasco de España quienes han reconocido este derecho (NKR, 2023). Asimismo, existen más resoluciones como estas de entidades aún más pequeñas como municipios que no han sido listadas en la página oficial. Uno de estos casos es la Declaración de la Junta Departamental de Montevideo sobre acontecimientos bélicos en Armenia y Artsaj, que reconoce este mismo derecho (Junta Departamental de Montevideo, 2020; Ghazanchyan, 2020). Es verdad que las declaraciones no implican un reconocimiento del Estado al que estas entidades subnacionales pertenecen, pero demuestran que hay opiniones encontradas respecto al caso, a pesar de que no haya reconocimiento oficial alguno. En cuanto a las relaciones diplomáticas reales, Artsaj cuenta con representantes no oficiales en Washington D.C., Ereván, París, Berlín, Moscú, Beirut y Canberra (Mehrabi, 2018).

La controversia en cuanto al reconocimiento de Artsaj nace de dos posturas diferentes. Primero, la postura artsají invoca el derecho de autodeterminación de los

pueblos, que otorgaría la capacidad teórica de que Artsaj se separe de Azerbaiyán por la constante violencia y amenazas del Estado padre. Por otro lado, la postura azerí invoca el principio de integridad territorial, por el cual una declaración de independencia unilateral sin permiso de Azerbaiyán no debería ser legítima (Souleimanov, 2005). Al no ser Artsaj respaldado por alguna potencia o si quiera por algún Estado miembro de la ONU, la postura que prevalece es la azerí. Esto siempre causó severa preocupación dentro de Artsaj, ya que su población temía que, manteniendo el statu quo, no tendrían garantías de protección y corrían peligro de ser invadidos (Caspersen, 2015).

Esta preocupación se manifestó en 2020, en la llamada Segunda Guerra de Nagorno Karabaj. Esta vez, fue Azerbaiyán quien dominó la confrontación, capturando varios puestos defensivos y pueblos estratégicos dentro de Artsaj. Esta gran ofensiva azerí contó con preparación previa y ayuda material de Turquía, lo cual cambió la balanza de poder a favor de Azerbaiyán. Sin embargo, Rusia pudo negociar un cese al fuego ya cuando el frente artsají estaba a punto de colapsar. El claro ganador del acuerdo de alto al fuego fue Azerbaiyán, que aseguró los territorios tomados en el asalto, y obligó a las tropas armenias y artsajíes a retirarse de todo territorio azerí fuera de la provincia de Nagorno Karabaj. Más allá de que haya sido un alivio temporal para Artsaj, el acuerdo solo resultó en mayor incertidumbre sobre el futuro del Estado de facto, cuya fuerza había sido severamente reducida (International Crisis Group, 2020; Grigoryan y Khachatryan, 2020). En respuesta a esto, el tratado también estipuló que tropas rusas de mantenimiento de paz resguardarían las rutas entre Armenia y Artsaj, así como puntos clave como el corredor de Lachín. Además, las tropas rusas de mantenimiento de paz también se desempeñaron en instalar centros de respuesta humanitaria en cooperación tanto con armenios como azeríes, y en llevar a cabo labores de desminado (International Crisis Group, 2020; Ministry of Defence of the Russian Federation, 2021).

Lamentablemente, se sabía que un nuevo brote de violencia era probable en diciembre de 2022, cuando Azerbaiyán bloqueó el corredor de Lachín militarmente. Aislado y sin apoyo, Artsaj tuvo que aguantar meses sin este vital corredor de provisiones y, cuando la ofensiva final llegó en setiembre de 2023, el Estado de facto colapsó. Stepanakert, capital de Artsaj, cayó ante el ejército azerí, junto con lo que quedaba de

las fuerzas armadas artsajíes (Armstrong, 2023). El 20 de setiembre se proclamó un alto al fuego, poniendo fin al breve y decisivo conflicto. Más de 120 000 personas fueron desplazadas de Artsaj hacia Armenia y, tras presiones del gobierno azerí, se anunció que la República de Artsaj dejaría de existir el primero de enero de 2024. (Armstrong, 2023; Al Jazeera, 2024). En la actualidad, la República de Artsaj ya no cuenta con página oficial ni instituciones gubernamentales, y no ejerce control sobre ningún territorio. Asimismo, las fuerzas de mantenimiento de paz rusas, que no pudieron hacer más que observar la ofensiva azerí, ya han completado la labor de resguardar el traslado de la población artsají al borde con Armenia y han comenzado a retirarse del territorio, dejándolo en control total de Azerbaiyán (Al Jazeera, 2024). En todo sentido, Artsaj como Estado de facto ha dejado de existir.



Capítulo 4. Análisis

Siguiendo los supuestos de la teoría del realismo clásico sobre Estados de facto de Knottter, es preciso determinar el interés que los Estados elegidos para el análisis tienen sobre los dos objetos de estudio, Kosovo y Artsaj. Para realizar esto, se analizarán declaraciones oficiales, datos cuantificables de ayuda financiera y documentos históricos sobre la política exterior de estos Estados sobre los objetos de estudio. De este modo, se podrá determinar si es que realmente hay un interés por el reconocimiento de los Estados de facto, cómo se generó y cómo se actuó con respecto a este interés. Asimismo, la teoría del realismo clásico sobre Estados de facto también recalca la importancia de las capacidades reales de los Estados de facto de constituirse como tales, por lo que se prestará especial énfasis a los recursos destinados por los Estados hacia los Estados de facto.

4.1. Las Potencias: Estados Unidos y Rusia

4.1.1. Estados Unidos en los Balcanes

El interés de Estados Unidos por la región de los Balcanes comienza desde el colapso de la Unión Soviética y Yugoslavia. Antes de este periodo, los Balcanes estaban firmemente divididos entre el bloque soviético y el bloque occidental, mientras que Yugoslavia y Albania seguían una política de neutralidad (Jagiello, 2021). Con el colapso de la U.R.S.S., el bloque soviético también colapsó, y la disolución de Yugoslavia introdujo nuevos Estados independientes. Desde la década de los noventa, EE.UU. ha destinado recursos al desarrollo económico, mantenimiento de paz y construcción de democracias en la región como parte de una estrategia más general de constituir una Europa estable y democrática, misión que tuvo sus inicios con el Plan Marshall y que ha tenido éxito en general (Daalder y O'Hanlon, 2000a). La región es observada como un escenario de competencia geopolítica con otros actores, especialmente Rusia, quien tiene una relación estrecha con Serbia y un pasado histórico con el resto de Estados excomunistas, y más recientemente China, que se inserta cada vez más en la región dentro del marco más general de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (Domi, 2024; Stanicek y Caprile, 2023). No obstante, para EE.UU., la región no peligra demasiado en estos aspectos ya que la mayoría de Estados en los Balcanes tienen lazos de cooperación política y diplomática significativamente más profundos con países de Occidente e incluso

algunos actores del Medio Oriente (Rrustemi et al., 2019). Los Balcanes, entonces, son vistos desde Estados Unidos como una nueva extensión del territorio europeo a la que se busca integrar. De hecho, el mismo Departamento de Estado de los Estados Unidos afirma que su misión en la región de los Balcanes es contribuir a la paz y prosperidad de la región, y al mismo tiempo integrarla cada vez más a instituciones euroatlánticas como la OTAN o la Unión Europea (UE) (U.S. Department of State, 2017).

Este interés por los Balcanes, sin embargo, no ha sido el más firme a lo largo de los años y tiene algunos detractores. El involucramiento militar estadounidense durante la Guerra de Bosnia estuvo cerca de ser rechazado por el congreso y lo mismo sucedió durante la Guerra de Kosovo (Daalder y O'Hanlon, 2000a; Daalder, 1998; Starr, 1999). Más aún, a pesar del involucramiento que sí hubo, hay varias voces dentro de Estados Unidos que consideran que la situación de los Balcanes y el mantenimiento de estabilidad es concerniente solo a Europa y no a los intereses inmediatos de EE.UU., o que, por lo menos, esta responsabilidad debería ser paulatinamente trasladada más hacia la UE en el futuro. Así, el senador Pat Roberts notoriamente declaró hacia los representantes europeos durante el debate en el congreso que "The Balkans are in your ball park" (Daalder y O'Hanlon, 2000a). Asimismo, Michael Hatzel, miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, afirmó que, en el largo plazo, se buscaba que la UE sea el actor clave en las intervenciones en los Balcanes, que EE.UU. retire a todas sus fuerzas militares de la región, y que las acciones que ha tomado la OTAN, así como sus responsabilidades, también pasen a ser de la UE en el futuro. La misión civil de la Unión Europea, EULEX, así como el hecho de que la gran mayoría del KFOR sea constituido en la actualidad por personal europeo es evidencia de esta transferencia de responsabilidades (Wilson Center y Stiftung Wissenschaft und Politik, 2004; European Union, 2020; NATO, 2024). También, un estudio de 2019 sobre la influencia de actores externos sobre la región de los Balcanes occidentales, utilizando el indicador FBIC (Formal Bilateral Influence Capacity) determinó que EE.UU. solo es el noveno actor más influyente en la región, con tan solo un 3.1% de influencia promedio, siendo superado por varios países de la UE y otros como Turquía, aunque su nivel de influencia es superior al de sus principales competidores geopolíticos, China y Rusia, y

sí se le considera un actor clave en los aspectos militares de seguridad, a pesar de no tener demasiados lazos económicos (Rrustemi et al., 2019).

La competencia geopolítica con Rusia también es importante para entender la actividad estadounidense en los Balcanes. Como ya se mencionó, la influencia que EE.UU. y Occidente tienen en los Estados balcánicos es muy superior a la de Rusia, pero esto no ha evitado que haya choques entre ambos. De este modo, hubo instantes como en Macedonia del Norte o Montenegro donde Rusia y Estados Unidos apoyaban a movimientos políticos diferentes a comienzos de los 2000s. Sin embargo, esto era más una reacción rusa contra la influencia estadounidense y no viceversa, ya que Estados Unidos solo estaba fomentando estos vínculos diplomáticos con el interés de acercar a estos Estados a instituciones occidentales como la UE y la OTAN, y no para desplazar a Rusia. De hecho, es en ese mismo contexto en que incluso Rusia se veía interesada en adherirse (Samokhvalov, 2019). Fue recién a mediados de los 2010s que se empezó a percibir un enfrentamiento geopolítico con Rusia en los Balcanes y recién desde ese momento el accionar estadounidense en la región también es pensado para alejar a los Estados balcánicos de la influencia rusa. El ejemplo más claro de esto es la política exterior que se manejó con Serbia, aliado más cercano de Rusia, donde se intenta un acercamiento con la esperanza de que Estados Unidos se constituya como su principal aliado (Stanicek y Caprile, 2023; Bassuener, 2023). De hecho, según un reporte del New Lines Institute for Strategy and Policy, en Washington D.C. hay quienes consideran que: "Moving Serbia' geopolitically seems to remain the grand prize in Washington's regional policy" (Bassuener, 2023).

En los años más recientes, se ha visto una ligera alza en el involucramiento de Estados Unidos en la región. En 2019, el secretario de Estado de EE.UU., Mike Pompeo, nombró a Matthew Palmer como un enviado especial a los Balcanes y declaró que EE.UU. buscaba tener un papel más proactivo en las negociaciones y los asuntos diplomáticos de la región. Este evento fue resaltante porque contrastaba con la política de disminuir el involucramiento en la región que se venía manejando y algunos políticos de la región, como el exembajador macedonio a la UE, Blerim Reka, especularon que esto significaba un simbólico regreso de los Estados Unidos a los Balcanes, tras varios

años de su ausencia en favor a un manejo únicamente europeo de los asuntos de la región (Reka, 2019). No obstante, el enviado especial no logró cumplir las metas que se esperaban y las tensiones en países como Serbia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia del Norte, Albania y Kosovo continuaron sin mayores cambios. De hecho, la percepción de los actores involucrados en la región durante la administración de Trump era que la postura y accionar político y diplomático de EE.UU. eran impredecibles, además del desencantamiento y falta de cooperación que hubo en el marco de la OTAN en esos años (Rrustemi et al., 2019). Incluso en la nueva administración de Biden, con una revitalización sin precedentes de la OTAN por la guerra en Ucrania, poca atención se le ha prestado a los Balcanes, y las misiones diplomáticas que se han realizado en Bosnia y Herzegovina, Serbia y Kosovo para facilitar negociaciones ahora solo tienen el objetivo de amenguar las tensiones en la región en lugar de genuinamente intentar resolver los conflictos existentes (Bassuener, 2023). En parte, esto se debe a que la política exterior de la administración de Biden se ha centrado principalmente en China y en el conflicto en Ucrania, pero también resalta la tendencia de paulatinamente dejar de involucrarse tanto en los asuntos de los Balcanes y dar espacio a que la UE sea quien se encargue de solucionar los conflictos en la región.

Entonces, oficialmente, Estados Unidos sí tiene un interés geopolítico por los Balcanes. En ese sentido, no solo se ha involucrado directamente en distintos Estados de la región a lo largo de los años, sino que también considera a la región como una nueva área de integración con el resto de Europa y busca realizar esto al agruparlo a organizaciones regionales de Occidente como la UE o la OTAN. Sin embargo, también es verdad que, en el largo plazo, EE.UU. busca desligarse paulatinamente de los asuntos en la región, delegándole cada vez más responsabilidades a la UE y retirando sus fuerzas militares por completo. A su vez, se observa que las tensiones en la región, a pesar del continuo esfuerzo de Estados Unidos y sus aliados europeos de traer paz y estabilidad, aún es un problema irresuelto que las potencias occidentales parecen cada vez más indispuertas a resolver. Además, incluso ante el alza sin precedentes de hostilidades entre Rusia y Occidente por la guerra en Ucrania, los Balcanes no han recibido demasiada atención por parte de EE.UU. a pesar de ser considerado una región de competencia geopolítica entre ambos actores. Por estos motivos, se puede considerar

que los Balcanes es una región en que EE.UU. tiene intereses y metas concretas, pero cuya prioridad en años recientes ha decrecido en los ojos de Washington. ¿Pero esto qué implica para Kosovo?

4.1.2. Estados Unidos y Kosovo

Estados Unidos tuvo un indudable interés por salvaguardar el territorio kosovar de la guerra que Milosevic estaba librando en la provincia, pero el porqué de esto tiene varios matices. El 6 de mayo de 1998, se llevó a cabo una audiencia en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos sobre la crisis de Kosovo. Esta audiencia, que fue presidida por varios tomadores de decisiones dentro de EE.UU., contó con la participación de figuras involucradas directamente con el manejo de la crisis quienes proporcionaron sus visiones de por qué este asunto era concerniente a los Estados Unidos y los motivos por el cual se debería actuar. Un primer punto de interés que presentaba Kosovo para Estados Unidos fue el de mantener la seguridad y estabilidad de la región, no solo los Balcanes, sino Europa en general. Este punto fue remarcado por el embajador Robert S. Gelbard y el subsecretario de Estado Strobe Talbott (*The Crisis in Kosovo*, 1998). Desde esta visión, los intereses de EE.UU. en Kosovo se alineaban con su estrategia geopolítica de salvaguardar Europa y, por extensión, la región de los Balcanes. Otra supuesta fuente de interés para Estados Unidos era el hecho de que Milosevic estaba ignorando el llamado “Christmas warning”, un aviso explícito realizado en 1992 por la administración de Bush y renovado en 1993 por la administración Clinton que básicamente dictaba que, si Serbia utilizaba el uso de la fuerza contra los albaneses kosovares, EE.UU. intervendría militarmente. El argumento, expuesto por actores como el senador Gordon H. Smith y el director de The Balkan Institute en Washington D.C. James R. Cooper, iba en torno a que, al haber realizado el aviso, EE.UU. ya tenía una política de Estado sobre Kosovo que debía cumplir. Además, si Estados Unidos decidía ignorar el hecho de que Milosevic había cruzado la línea roja que ellos mismos habían impuesto, esto representaría un golpe al prestigio y poder de EE.UU. en la región, por lo cual estaba en el interés de los Estados Unidos intervenir en Kosovo (*The Crisis in Kosovo*, 1998).

No obstante, probablemente el argumento que más resonó en todos era el de no repetir la experiencia en Bosnia, con todo lo que esto implicaba. En Bosnia, se había fallado en intervenir pronto, lo cual resultó en miles de vidas perdidas y la creación de la República Srpska (república serbia) dentro de Bosnia y Herzegovina. Cabe resaltar que la República Srpska representaba para muchos una derrota para los intereses de Occidente, ya que garantizaba un perpetuo clima de inestabilidad política en la joven Bosnia y Herzegovina, y representaba una victoria para el nacionalismo serbio que Milosevic promovía y que había generado varios crímenes contra otras poblaciones durante la Guerra de Bosnia. Además, durante la audiencia del 6 de mayo también se aludió a que fue en parte por la decisión de países de Occidente de no tocar el tema de Kosovo durante los Acuerdos de Dayton, acuerdos de paz de la Guerra de Bosnia, lo que ocasionó que acrecentaran las acciones subversivas del UÇK contra autoridades serbias y, consecuentemente, la represión serbia se volviese más férrea (The Crisis in Kosovo, 1998; Starr, 1999). Entonces, no solo se quería evitar esta vez otro resultado que genere inestabilidad en la región, sino también salvaguardar vidas dentro de estos conflictos étnicos balcánicos. Hasta ese momento, desde el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos ya había llevado a cabo la intervención contra Iraq durante la Guerra del Golfo para salvaguardar sus intereses en aquella región (Starr, 1999). En particular, la problemática con el caso de Kosovo era que no era un conflicto entre Estados, era un asunto técnicamente interno. Siguiendo el derecho internacional, en principio, EE.UU. no debería intervenir. De hecho, ese argumento también fue utilizado bastante por los miembros del congreso que estaban en contra de la intervención estadounidense en Kosovo (Daalder y O'Hanlon, 2000a; Starr, 1999). No obstante, la experiencia en Bosnia, y el deseo de no repetir un desastre humanitario similar parecen haber sido el catalizador del interés de EE.UU. por involucrarse en Kosovo, un asunto interno. En las palabras del profesor Paul Starr (1999): "That we failed to act swiftly against similar crimes in Bosnia and Rwanda was no reason to do the same in Kosovo".

Así, en su discurso presidencial en marzo de 1999, Clinton anunció que los Estados Unidos intervendrían militarmente junto a sus aliados occidentales. Entre los motivos que el presidente nombró acerca de por qué intervenir en Kosovo estaba en el interés de Estados Unidos se mencionaron: el deber humanitario de prevenir conflictos étnicos y

migraciones masivas, no dejar que el conflicto pueda expandirse por la región generando tensiones entre más Estados en los Balcanes y atrayendo al resto de Europa a dichos conflictos, y no repetir la experiencia en Bosnia, Croacia y Eslovenia al permitir que la agenda nacionalista de Milosevic siga causando conflictos e inestabilidad en la región. Además, se enfatizó cómo Milosevic ya había accedido a detener acciones militares, tanto por promesas hechas 5 años antes en el “Christmas warning”, así como un año antes a través de los embajadores que EE.UU. había enviado para negociar una solución pacífica (Clinton, 1999). Los objetivos mencionados en el discurso fueron muy similares a los argumentos presentados en la audiencia del 6 de mayo de 1998, por lo que se puede asumir que esos fueron los principales motivos por el interés de Estados Unidos en Kosovo.

Sin embargo, el interés en Kosovo no implicaba una posición a favor de la independencia de Kosovo. En la audiencia, se discutió brevemente sobre la posibilidad de una independencia kosovar, sobre lo cual se acordó en que no estaba en los intereses de Estados Unidos apoyar una secesión por lo que significaría para el Derecho Internacional y el efecto desestabilizador que podía tener en una región con tanta diversidad étnica como los Balcanes (The Crisis in Kosovo, 1998). A su vez, Estados Unidos había declarado oficialmente que la independencia de Kosovo no estaría en la agenda de ningún tipo de resolución al conflicto, y que Estados Unidos solo buscaba mayor autonomía para Kosovo, no una separación absoluta (Ker-Lindsay, 2013). Aún así, cabe resaltar que, desde ese momento, algunas voces como las del senador Joseph R. Biden ya se planteaban el pronóstico de que, ante una longeva estada de fuerzas de la OTAN en Kosovo, qué opción quedaría en el largo plazo sino una separación definitiva y qué efecto tendría la influencia que el UÇK sobre el deseo de independencia kosovar o unificación con Albania (The Crisis in Kosovo, 1998).

Este interés por Kosovo, por intervenir en el conflicto y no por su independencia, se manifestó en todo el apoyo material y diplomático que EE.UU. decidió otorgar desde 1999. El interés se vio evidenciado en la participación de EE.UU. junto a otros Estados en la intervención militar, el establecimiento de fuerzas de mantenimiento de paz lideradas por la OTAN, por la participación en las negociaciones de normalización de

relaciones entre Kosovo y Serbia, y por los subsecuentes 943 millones de dólares en ayuda financiera para el desarrollo de una democracia y un gobierno local funcional donados a Kosovo entre 1999 y 2007 (Congressional Research Service, 2008). No obstante, el interés por lograr la independencia de Kosovo se manifestó posteriormente.

Después de los ataques del 11 de setiembre, EE.UU. se centró en la “guerra contra el terrorismo”, factor que alteró toda política exterior que la administración Bush venía planeando anteriormente. Así, Estados Unidos concentró sus esfuerzos en aquel peligro que consideraba como existencial y lanzó dos invasiones militares contra Afganistán en 2001 e Iraq en 2003. En ese momento, quedaba claro que los Balcanes ya no presentaban prioridad alguna para Estados Unidos (Kala, 2022; Ker-Lindsay, 2013). Durante esos años, la administración Bush mantuvo una posición de “standards before status”, la cual significaba que todo lo concerniente a Kosovo se enfocaría en la obtención de estándares democráticos y no se discutiría el dilema del estatus sino hasta después de la estabilización y desarrollo paulatino de la provincia (Congressional Research Service, 2008). El desinterés de los Balcanes se mantuvo así hasta marzo de 2004, cuando protestas masivas estallaron en Kosovo y causaron olas de violencia por la insatisfacción del pueblo kosovar en su falta de estatus. Esto fue muy preocupante para EE.UU. y las fuerzas de mantenimiento de paz del KFOR porque ahora ellos estaban comenzando a ser percibidos como una fuerza de ocupación foránea que no permitía a Kosovo obtener su autonomía. Además, las voces de las protestas demostraban que la población de Kosovo no aceptaría ninguna otra alternativa a la independencia misma y enviaba el mensaje al resto del mundo que cualquier otra opción sería fuertemente resistida (Congressional Research Service, 2008; Ker-Lindsay, 2013; Kala, 2022). Ante esto, EE.UU. se veía en una coyuntura crítica y forzada a hacer algo al respecto para resolver la situación de una vez por todas. Por un lado, si no hacía nada, el KFOR perdería legitimidad y daría lugar a nuevas olas de violencia. Por otro lado, si EE.UU. seguía al pie de la letra su intención de alejarse de los asuntos de la región y decidía retirarse del territorio, habría un vacío de poder que inevitablemente desencadenaría un escenario similar al de 1998 y se perderían los millones de dólares invertidos en la región. Por este motivo, los tomadores de decisiones en EE.UU. se vieron forzados a considerar una nueva opción: acceder al deseo de los albaneses kosovares de independencia (Ker-

Lindsay, 2013). Cabe destacar el hecho de que, si no fuera por estas masivas protestas y la atención que atrajeron, la importancia que EE.UU. le prestaba a los Balcanes en ese momento probablemente no habría cambiado. Algunos autores como Kala (2022) argumentan que fue el buen uso de la agencia del pueblo kosovar al hacer las protestas lo que generó este cambio de percepciones y que, si no fuera por esto, discusiones más serias acerca del estatus de Kosovo no se hubieran podido lograr.

En 2005, Estados Unidos adquirió una nueva política para los Balcanes que enfatizaba terminar el trabajo en los asuntos de la región. El Subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, R. Nicholas Burns declaró que el estatus irresuelto de Kosovo ya no era una situación deseable o sostenible en el largo plazo (Congressional Research Service, 2008). Desde ese año, las voces a favor de la independencia de Kosovo empezaron a surgir dentro de Estados Unidos. Ese mismo año, se introdujo una resolución en el congreso que directamente proponía que se apoyara la independencia de Kosovo, aunque no obtuvo apoyo significativo. Similarmente, el Departamento de Estado tomó una marcada posición pro-Kosovo en el dilema (Congressional Research Service, 2008; Ker-Lindsay, 2013). Sin embargo, no fue sino hasta el planteamiento del Plan Ahtisaari que EE.UU. adoptó una posición clara a favor de la independencia y reconocimiento de Kosovo como Estado. El expresidente finlandés, Martti Ahtisaari, fue el enviado especial del secretario general de la ONU para formular un plan de acción sobre la crisis en Kosovo. Comenzando en 2005, su labor involucró extensas discusiones con autoridades en Pristina y Belgrado, y llegó a la conclusión de que mayores esfuerzos para negociar una solución que satisfaga a todos sería inútil pues Serbia consideraba la independencia como la línea roja, mientras que Kosovo no aceptaría nada menos que la independencia. Su plan, presentado en 2007 ante el secretario general, proponía entonces la independencia de Kosovo como única alternativa viable a futuro (Kala, 2022). Estados Unidos participó en las subsecuentes negociaciones para implementar el plan y, junto con sus aliados europeos, estaba a favor de su implementación, al igual que Kosovo. Por otro lado, Serbia y Rusia rechazaban el plan por completo. Una ronda de negociaciones adicionales se llevó a cabo en la segunda mitad de 2007, donde se buscaba mantener tanto a Serbia como a Rusia dentro del marco de negociación, pero para ese punto, los kosovares se sentían ya muy cerca de lograr su objetivo y no

participaron en estas negociaciones de manera constructiva (Ker-Lindsay, 2013). Con la negatoria de EE.UU. de alargar más las negociaciones hacia 2008, ya solamente se esperaba que se genere un esfuerzo internacional por reconocer a Kosovo fuera del marco de las negociaciones. Así, el 10 de junio de 2007, durante su tour por Europa y los Balcanes, el presidente Bush mencionó verbalmente que los Estados Unidos estaban a favor de la independencia de Kosovo (Congressional Research Service, 2008; Ker-Lindsay, 2013; Bush, 2007).

El 17 de febrero de 2008, Kosovo declaró unilateralmente su independencia de Serbia. Un día después, la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, anunció el reconocimiento formal de Kosovo y se aceptó establecer lazos diplomáticos con la joven república. El 19 de febrero, en una rueda de prensa, el presidente Bush habló sobre el reconocimiento, diciendo que era lo correcto según los valores democráticos y la dignidad del pueblo kosovar, y enfatizando que el reconocimiento se hacía en total apoyo y con miras a la implementación del plan que el enviado especial de la ONU, Martti Ahtisaari, había propuesto (Bush, 2008; Congressional Research Service, 2008).

En suma, desde el inicio de la crisis en 1998 y la declaración unilateral de independencia de Kosovo en 2008, la posición y la política exterior de Estados Unidos hacia la provincia cambiaron drásticamente. Desde 1999 al 2000, se puede trazar que el interés de Estados Unidos en Kosovo se basaba en el deseo de intervenir para evitar una situación similar a lo que ocurrió en Bosnia y Herzegovina, y para continuar los intentos estadounidenses de garantizar estabilidad en Europa y, por extensión, los Balcanes. Es preciso recordar que, en este momento, la posición de Estados Unidos no estaba a favor de la independencia kosovar y mucho menos de su reconocimiento. Posteriormente, en el contexto del 11 de setiembre y la “guerra contra el terrorismo”, la región de los Balcanes en general ya no era prioridad alguna y Estados Unidos perdió interés en la situación de Kosovo. Fue tras las protestas en Kosovo de 2004 que Estados Unidos volvió a involucrarse más ávidamente y se decidió que se debía priorizar una solución pronta al estatus kosovar. Este renovado interés por el estatus de Kosovo, sin embargo, no nació del mismo Estados Unidos, sino de la presión que el pueblo kosovar impuso a través de sus protestas, que perjudicaban la legitimidad del KFOR y demostraban que el statu quo

solo traería más inestabilidad. El interés por reconocer a Kosovo como Estado independiente vino, finalmente, con el plan Ahtisaari, que se presentaba como la única opción viable al problema y contaba con el beneficio de haber sido propuesto por el enviado especial del secretario general de la ONU. Entonces, sabiendo que no se podía llegar a un consenso entre Kosovo y Serbia, y queriendo resolver el estatus de Kosovo lo más pronto posible, Estados Unidos adquirió una posición claramente a favor de la independencia kosovar. La consecuencia de esto fue que Estados Unidos también adquirió el interés por el reconocimiento internacional de Kosovo, reconocimiento que apoyaría la posición estadounidense en un momento en que este accionar estaba siendo cuestionado por otros Estados, principalmente Serbia y Rusia.

Desde entonces, el interés estadounidense por el reconocimiento de Kosovo se ha manifestado en el financiamiento para la construcción del Estado kosovar y el lobby diplomático que EE.UU. ha realizado para defender la legalidad de la independencia kosovar según el Derecho Internacional y otorgar validez a dicho reconocimiento. De este modo, Estados Unidos se ha posicionado como el principal, pero no único, Estado patrocinador de Kosovo. El hecho de que varios Estados europeos también estén contribuyendo significativamente en patrocinar a Kosovo hace al caso kosovar único en cuanto a las relaciones Estado patrocinador - Estado de facto. Sin embargo, se puede afirmar que Estados Unidos es el principal patrocinador, pues ha liderado la mayoría de estas iniciativas y posee el lobby diplomático más determinante (Vits, 2024).

En el mismo 2008, Estados Unidos hizo lobby constante junto a sus aliados europeos a favor del reconocimiento de Kosovo durante las deliberaciones en la Asamblea General sobre si se debiese enviar el caso de la declaración de independencia de Kosovo a la Corte Internacional de Justicia (Kala, 2022). Fue en aquellos primeros meses desde la declaración unilateral de independencia en donde más se realizó este lobby, ya que era el momento más crítico del reconocimiento y porque, posteriormente, las opiniones consultativas de la Corte Internacional de Justicia (CIJ) sobre el asunto tardaron un par de años en concretarse. Durante estas deliberaciones, el accionar político y diplomático de Estados Unidos en defensa del reconocimiento de Kosovo se basó en enmarcar a la independencia kosovar como un caso sui generis en el Derecho Internacional (Donoghue,

2009). Esto se debió a que la ilegalidad de la independencia era el argumento principal de aquellos que no reconocían a Kosovo porque violaba el principio de soberanía de los Estados. Así, EE.UU. buscaba aclarar que Kosovo era un caso único, razón por la cual no se estaría incumpliendo el Derecho Internacional. Es por ello que se generó una amplia literatura desde Estados Unidos y otros Estados de Occidente defendiendo este enfoque durante esos años. Naturalmente, esto fue fuertemente debatido, pero la conclusión a la que se llegó dentro del CIJ fue la favorable a Estados Unidos y Kosovo: la independencia de Kosovo no violaba el Derecho Internacional (Kala, 2022; Ker-Lindsay, 2013; The American Journal of International Law, 2008).

La labor de Estados Unidos para promocionar el reconocimiento de Kosovo no acabó aquí. Es verdad que fue durante los primeros años desde la declaración unilateral de independencia hasta el fin de las opiniones consultativas del CIJ al respecto, de 2008 a 2010, en donde más reconocimientos formales recibió Kosovo y donde la labor del lobby estadounidense fue más ardua (Status of Kosovo, 2024). No obstante, promover el reconocimiento seguía siendo parte de la agenda política estadounidense hacia el Estado de facto. En una entrevista en 2014 a la embajadora estadounidense en Kosovo, Tracey A. Jacobson, ella enfatizó que la búsqueda de integración con estructuras euroatlánticas y el reconocimiento por parte de los países miembros de estas estructuras era uno de los cuatro pilares principales de la política exterior estadounidense en Kosovo. De este modo, se buscaba no solo normalizar relaciones entre Kosovo y aquellos Estados europeos que no lo habían reconocido todavía, sino también afianzar y fortalecer las relaciones diplomáticas con aquellos que ya lo habían hecho (Jacobson y Kepe, 2014).

En términos materiales, Estados Unidos ha destinado una cantidad importante de recursos para el desarrollo de Kosovo como Estado. Desde 2008, EE.UU. ha financiado a Kosovo con más de 2 000 millones de dólares, a veces otorgando incluso más de lo que el gobierno kosovar solicitaba (US Embassy in Kosovo, 2024; Congressional Research Service, 2021). Cabe resaltar que EE.UU. donó también 125 millones adicionales para la implementación del plan Ahtisaari (Congressional Research Service, 2008). Asimismo, Estados Unidos recientemente ha invertido millones de dólares en la construcción de una nueva embajada moderna en Pristina, resaltando el rol que juega

los Estados Unidos en promover el reconocimiento de Kosovo como Estado independiente (US Embassy in Kosovo, 2024). También, cabe resaltar que KFOR mantiene sus actividades en territorio kosovar y, aunque sea un esfuerzo conjunto y no solo de Estados Unidos, aún representa una forma de envío de recursos. Actualmente, hay 572 militares estadounidenses en Kosovo como parte del KFOR, realizando las labores usuales de mantenimiento de seguridad y orden, así como nuevas labores de entrenamiento de fuerzas del orden propiamente kosovares (NATO, 2024). Asimismo, quizás la principal inversión estadounidense en Kosovo fue la construcción del Camp Bondsteel, la base militar estadounidense más cara construida en Europa en los últimos 50 años. Esta base ha servido como centro de operaciones de las misiones de la OTAN a Kosovo desde 1999 y continúa siendo utilizada hasta el día de hoy (Army Technology, s/f). Toda esta ayuda material es un claro ejemplo de la labor que Estados Unidos ha venido desarrollando en su rol de Estado patrocinador.

No obstante, el interés estadounidense por el reconocimiento de Kosovo parece haber disminuido en años recientes. En el marco de tensiones entre serbios y albaneses kosovares en 2019, Estados Unidos envió a un enviado especial para la región con esperanza de resolver las tensiones. Intentos diplomáticos adicionales se llevaron a cabo en 2020 y 2021 para intentar normalizar las relaciones con Serbia y se lograron algunos acuerdos únicamente técnicos. El único hito resaltante del accionar estadounidense en los últimos años es que, a través de acuerdos orquestados por EE.UU., se facilitó el mutuo reconocimiento entre Israel y Kosovo en 2020 (Reka, 2019; Congressional Research Service, 2021). Más allá de eso, no hay ningún accionar actual que evidencie mucho interés en perseguir el reconocimiento internacional de Kosovo. Esto puede ser, en parte, resultado de la reciente invasión rusa a Ucrania y los esfuerzos por contener a China que la política exterior estadounidense ha tomado como prioridad, dejando a los Balcanes como una región de poca importancia para EE.UU. A esto se le suma el hecho de que Estados Unidos ya ha declarado que, en el largo plazo, buscará retirarse de la región y hacer que sea la UE quien se encargue de resolver los conflictos restantes (Wilson Center y Stiftung Wissenschaft und Politik, 2004; Rustemi et al., 2019; Bassuener, 2023). Incluso en Kosovo mismo, hay quienes opinan que se ha perdido el apoyo de potencias aliadas en obtener reconocimiento, considerando que la última

declaración oficial de reconocimiento fue justamente la de Israel hace ya 4 años, en parte por los cambios de liderazgo recientes que ha habido en el gobierno kosovar, pero también por el hecho de que la mayoría de Estados en el mundo ya parecen haber tomado decisiones firmes sobre reconocer o no a Kosovo (Radeka, 2024). En suma, aunque el reconocimiento de Kosovo sigue siendo un interés para Estados Unidos al ser el Estado patrocinador principal, su prioridad parece haber disminuido significativamente, y los esfuerzos y recursos destinados a esta acometido parecen cada vez tener menor impacto en cumplir el objetivo.

4.1.3. Rusia en los Balcanes

Rusia ha tenido vínculos históricos con los Balcanes desde sus inicios, ya sea por su religión ortodoxa compartida, por la abundancia de pueblos eslavos en la región, o el movimiento del paneslavismo del siglo XIX (Stanicek y Caprile, 2023; Jagiello, 2021). No obstante, a pesar de que se suele construir el imaginario de que el interés ruso por los Balcanes parte de aquellos vínculos históricos, el interés en realidad viene de objetivos pragmáticos. Esto se puede evidenciar en las relaciones diplomáticas que Rusia estableció a lo largo de los siglos XVIII y XIX con Estados de los Balcanes orientales, que más que tener el propósito de formar alianzas duraderas, siguieron objetivos más específicos como obtener mayor presencia en el Mar Negro. Por otro lado, también hubo ocasiones en que Rusia acabó enemistándose o compitiendo con algunos Estados balcánicos, como lo fue en el caso de Bulgaria de comienzos del siglo XX o la Yugoslavia de Tito durante inicios de la Guerra Fría (Samokhvalov, 2019). Incluso en la famosa intervención de Rusia en defensa de Serbia, que dio inicio a la Primera Guerra Mundial, el Imperio Ruso no estaba actuando simplemente para defender a un país eslavo hermano, sino que estaba siguiendo la lógica de grandes potencias y balance de poder que existía en la Europa de aquella época (Wohlforth, 1987; Samokhvalov, 2019). Es por ello que, entre 1909 y 1913, funcionarios rusos e incluso el mismo zar declararon en numerosas ocasiones que no intervendrían en una posible guerra entre Austro-Hungría y Serbia por el simple hecho de que aún no se encontraban preparados para un enfrentamiento y por ello no les convendría. Por esta misma razón, Rusia no interfirió en los Balcanes durante la Crisis Bosnia (1908 – 1909) o la Primera Guerra de los Balcanes (1912 – 1913), a pesar de que Estados eslavos culturalmente ligados a Rusia estuvieran

amenazados (Wohlforth, 1987). En suma, la relación entre Rusia y los Balcanes durante el imperio e inicios de la Unión Soviética fue guiada por objetivos pragmáticos de la política exterior rusa y no por vínculos culturales históricos con la región (Samokhvalov, 2019).

Durante el resto de la Guerra Fría, la relación entre la Unión Soviética y los Balcanes era muy clara: una parte estaba firmemente bajo el bloque oriental liderado por la U.R.S.S, mientras que otra parte no; Bulgaria y Rumania eran miembros del bloque oriental, mientras que Grecia y Turquía formaban parte del bloque occidental. Por otro lado, con Yugoslavia y Albania hubo un acercamiento inicial seguido de una ruptura de las relaciones que, tras normalizarse en los 60s, no varió significativamente (Jagiello, 2021). No fue sino hasta el colapso de la Unión Soviética y el resurgimiento de Rusia que las relaciones e interés en los Balcanes volvió a cambiar. El nuevo accionar político ruso en los 90s, liderado por el ministro de relaciones exteriores Andréi Kozyrev y el presidente Boris Yeltsin, fue inicialmente uno de acercamiento a Estados Unidos e integración con instituciones occidentales. Esta nueva política exterior estaba dirigida a conservar la posición de potencia que Rusia buscaba mantener tras la disolución de la U.R.S.S. y a ser aceptado por las demás potencias occidentales como tal. De este modo, se observó un acercamiento ruso a foros y organizaciones como el G7 y la OTAN, así como su adhesión a otros como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Consejo de Europa. (Adins, 2021).

En este nuevo contexto, los Balcanes sencillamente no eran la prioridad de los intereses políticos rusos. Esto no solo se debía a que Rusia estaba más interesada en mejorar sus relaciones con Occidente, sino que ahora había nuevas fronteras que alejaban geográficamente el nuevo Estado ruso de la región de los Balcanes (Russian International Affairs Council, s/f; Mihailov, 2010). Los intereses económicos también dejaron a los Balcanes en un segundo plano debido que Rusia estaba esperando recibir apoyo económico significativo por parte de Occidente para afrontar la crisis y, a pesar de la interconexión económica entre Rusia y los Balcanes por el gas, el clima de inestabilidad socio económica que siguió el colapso del comunismo en la región desincentivó mayor involucramiento (Russian International Affairs Council, s/f; Jagiello, 2021; Adins, 2021).

Esto no quiere decir que la región haya quedado completamente olvidada, sino que solo representaba un cambio de prioridades. Cabe resaltar que parte de la región quedó enmarcada en el concepto de “blizhneye zarubezhye”, a veces traducido como “extranjero cercano”, frase utilizada por políticos rusos para referirse a las antiguas repúblicas soviéticas ahora independientes, y que implica una suerte de relación espacial y geopolítica de larga duración (Toal, 2017).

A pesar de concentrar su atención política y económica en Occidente, Rusia se vio involucrada diplomáticamente en los asuntos de los Balcanes en el marco de la crisis en Yugoslavia. Siguiendo su estrategia de acercamiento a Occidente y por el interés de ser reconocido como potencia, Rusia consideró que intervenir juntamente con Estados Unidos y otros Estados europeos diplomáticamente en los Balcanes sería beneficioso para ambos objetivos (Samokhvalov, 2019; Jashari, 2022). Bajo esta premisa, se observó una congruencia en las acciones llevadas a cabo por Estados Unidos y Occidente con aquellas tomadas por Rusia durante el inicio de la crisis en Yugoslavia, así como una participación rusa en las negociaciones de paz tras la Guerra de Bosnia. Así, en 1992, Rusia reconoció la independencia de Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, y Macedonia. Asimismo, aunque de manera muy controversial, se unió a las sanciones económicas contra Yugoslavia. Más tarde, en 1995, Rusia fue parte de los Acuerdos de Dayton, donde se constituyó como uno de los 5 países garantes del acuerdo de paz junto con Estados Unidos, Alemania, Reino Unido y Francia (Russian International Affairs Council, s/f; Samokhvalov, 2019).

Sin embargo, poco después de estos primeros años de cooperación y acercamiento a Occidente, la política exterior rusa tomó una dirección diferente. Los intentos por establecer mayores lazos con Estados Unidos y sus aliados como medio para conservar su principal interés, ser aceptado como potencia, habían tenido poco éxito. En ese sentido, se postergó la adhesión rusa a las instituciones europeas y occidentales, el salvataje financiero del FMI no ocurrió como se esperaba, y nunca llegó a suceder una integración entre Rusia y el Occidente político. Asimismo, otras fuentes del desencanto con Occidente fueron el hecho de que, a pesar de las opiniones rusas al respecto, el presidente Clinton ya había declarado que la OTAN se expandiría, así como el hecho de

que la OTAN emprendió una serie de bombardeos contra objetivos serbios durante la Guerra de Bosnia sin alertar a Rusia, a pesar de que era uno de los actores que estaban activamente participando en las negociaciones junto con EE.UU. y Europa (Primakov, 2004; Adins, 2021; Sakwa, 2023). Por ello, en 1996, culminó la llamada “etapa liberal” de la política exterior rusa con la llegada del nuevo canciller ruso Yevgueni Primakov. Primakov siguió una política exterior más proactiva, ya no de acercamiento y aceptación de Occidente, sino de balanceo suave con Estados Unidos mientras se establecía presencia en otras regiones del mundo (Adins, 2021; Samokhvalov, 2019). En esencia, Primakov buscaba enfatizar que Rusia seguía siendo una gran potencia y que, por ello, su relación con otras regiones del mundo debía corresponder con ese estatus (Donaldson, 2000). Lo que esto significaba para los Balcanes era que, ahora en lugar de aceptar ciegamente la posición de Occidente sobre el manejo de los conflictos en la región, Rusia debía seguir una política exterior que verdaderamente respondiera a sus propios intereses.

De este modo, la relación entre Rusia y los Balcanes atravesó un periodo de diplomacia económica. El único asunto de seguridad en los Balcanes con el que Rusia estuvo involucrado fue la crisis de Kosovo entre 1998 y 1999 donde, a pesar de tener diferencias marcadas con Occidente por primera vez, finalmente fue un actor clave en asegurar un cese al fuego y el fin de las hostilidades (Russian International Affairs Council, s/f; Daalder y O’Hanlon, 2000b). Fuera de ese caso, la política exterior rusa en los Balcanes solo se basó en acrecentar los lazos económicos, lo cual era uno de los pilares de influencia rusos en la región. Así, no solo se fortaleció la provisión de gas ruso para dar energía a los Estados balcánicos, sino que también hubo mayor inversión, así como intentos por promover el comercio (Russian International Affairs Council, s/f; Jagielto, 2021).

Esta etapa de “cooperación pragmática” culminó en 2014 y dio lugar a una etapa más confrontativa con Occidente en la región. Ya desde 2007, el presidente Vladimir Putin había adoptado una posición más confrontativa con Occidente, acusando a la OTAN de provocar a Rusia por sus recientes expansiones hacia el Este. Asimismo, en 2008 la desunión entre Rusia y Occidente se hizo más marcada con las declaraciones

unilaterales de independencia de Kosovo, Abjasia y Osetia del Sur, donde Rusia y la mayor parte de Occidente tuvieron posiciones enfrentadas (Adins, 2021). Sin embargo, fue la anexión de Crimea en 2014 lo que puso fin a la cooperación pragmática. Por un lado, las sanciones económicas contra Rusia redujeron el intercambio comercial con los países de la región significativamente. Asimismo, Europa comenzó a ver a los Balcanes como una región de confrontación geopolítica con Rusia, por lo que prestó mayor énfasis en establecer lazos de cooperación en la región en desmedro de la influencia y las relaciones políticas y económicas rusas, que solo han decrecido desde 2014 (Russian International Affairs Council, s/f; Stanicek y Caprile, 2023).

Desde ese momento, Rusia también percibe que existe una competencia geopolítica en los Balcanes, con Europa intentando adherir a los Estados balcánicos a instituciones como la OTAN o la UE, y Rusia intentando prevenir esto al establecer sus propios vínculos políticos y económicos, aunque el único aliado firme que ha logrado obtener es Serbia. También, siguiendo la estrategia del “tit for tat”, Rusia ha apoyado movimientos políticos opuestos a las autoridades pro-occidentales en Macedonia del Norte y Montenegro en los 2000, así como en la República Srpska dentro de Bosnia y Herzegovina. Cabe resaltar que Occidente ha tenido mayor éxito en insertar su influencia, ya sea por sus lazos económicos o integración a organizaciones internacionales (Samokhvalov, 2019; Jagiello, 2021). Consecuentemente, Occidente identifica a Rusia como un “agente disruptivo” en los Balcanes y, por su parte, Rusia percibe que su posición en la región está en riesgo de desaparecer por completo. Esto significaría un desastre geopolítico debido a que la región ahora es de importancia para otros actores como Turquía o China, actores con quienes Rusia pretende cooperar más en el contexto actual, y la posición rusa vis a vis con estos actores se debilitaría significativamente si Rusia perdiese por completo su influencia en los Balcanes. Asimismo, con el presente antagonismo con Occidente, si los Estados balcánicos se adhirieran a instituciones occidentales como la OTAN o la UE, Rusia quedaría cada vez más aislado de Europa en su conjunto. Es por ello que, a pesar del conflicto actual en el Donbás, Rusia no ha detenido su accionar político en la región, que es considerada como otra zona de enfrentamiento con Occidente tal como lo es Ucrania (Loshaj, 2024; Stanicek y Caprile, 2023).

Entonces, el interés ruso por los Balcanes desde el fin de la Guerra Fría ha atravesado varias etapas. Inicialmente, en la primera mitad de los 90s, no hubo un interés por la región per se, sino que la intervención rusa en la región se dio en el marco de cooperación y acercamiento con EE.UU. y sus aliados. De este modo, el interés estaba en ser aceptado como potencia por Occidente, para lo cual una acción conjunta en los Balcanes fue percibida como ideal. Posteriormente, la política exterior rusa bajo Primakov acentuó el interés en ser considerado como potencia, pero se siguió una política más proactiva y únicamente rusa, ya no siempre en congruencia con los intereses de Occidente. De este modo, Rusia manejó una diplomacia principalmente económica en los Balcanes desde 1998 hasta 2014 como parte de su interés en constituirse como potencia, aumentando su presencia en la región mediante iniciativas comerciales y de inversión. No obstante, esta mantención de diplomacia económica fue interrumpida por la reacción que hubo ante la anexión rusa de Crimea y el mayor involucramiento de Europa en establecer lazos con Estados de la región. Por este motivo, en la actualidad hay una suerte de competencia geopolítica en los Balcanes, y el interés ruso por la región se basa en el temor de que Occidente desplace por completo la influencia rusa. Así, se puede afirmar que sí existe un genuino interés ruso de mantener su influencia en la región, interés que sigue siendo relevante pese a la preponderancia del conflicto en Ucrania. ¿Pero esto qué implica para Kosovo?

4.1.4. Rusia y Kosovo

Ya se mencionó que Kosovo fue el único instante en que Rusia jugó un papel político y de seguridad importante en los Balcanes durante el periodo de “cooperación pragmática”. Pocos años antes, la nueva etapa más proactiva de la política exterior rusa acababa de iniciar con el canciller Primakov, la cual sugería que Rusia debía actuar más conforme con sus propios intereses. De este modo, la crisis en Kosovo marcó por primera vez una clara divergencia entre Rusia y Occidente en los Balcanes. Por un lado, Rusia se opuso fuertemente a la intervención de la OTAN en Kosovo en 1999, en parte porque era la segunda vez que la OTAN quería intervenir militarmente en la región sin consultar primero a Rusia, aún sabiendo que todos buscaban los mismos objetivos (Primakov, 2004). En palabras del mismo Primakov: “Russia has been present in the Balkans for two hundred years, maybe more. It’s beyond me why the Americans want to force their

recommendations on the Balkans without consulting us, or to resolve local conflicts in their own way.” (Primakov, 2004).

La intervención de la OTAN también era percibida por Rusia como el hecho de que Occidente no pretendía seguir intentando resolver el conflicto de manera diplomática. En diferentes ocasiones, Rusia fue utilizado como mediador para hablar con Milosevic y hacer que considere ser más flexible en su política sobre Kosovo. Aunque esto pueda ser entendido por la mayor cercanía de Serbia hacia Rusia, ya durante los bombardeos de la OTAN, ningún otro de los Estados mediadores estaba dispuesto a negociar con Milosevic y solamente esperaban que este cediera. En palabras del primer ministro británico Tony Blair: “It would be difficult for us to halt the military action in the absence of any steps forward by Milosevic” (Primakov, 2004). De este modo, fue Primakov mismo quien habló con Milosevic y eventualmente lo convenció de retirar sus fuerzas de Kosovo para negociar un armisticio con el resto de Estados involucrados, ya que Occidente simplemente no estaba dispuesto a negociar de otra manera (Primakov, 2004; Rogel, 2003).

Al mismo tiempo, tanto Rusia como Serbia habían estado dispuestos a negociar una solución diplomática desde el inicio y Rusia incluso había llegado a convencer a Serbia de considerar el autogobierno kosovar, pero en Rambouillet se presenció cómo Estados Unidos y sus aliados defendieron una postura albanesa kosovar que no aceptaría nada menos que la independencia, dejando a las negociaciones estancadas (Ivanov, 2000; Antonenko, 2007; Daalder y O’Hanlon, 2000b). Además, en simultáneo con aquellos últimos intentos por negociar una solución antes de la intervención, Estados Unidos y algunos de sus aliados estaban proveyendo cierto apoyo al UÇK, a pesar de ser considerados por varios Estados del mismo Occidente como un grupo subversivo (Primakov, 2004; Ivanov, 2000). Entonces, parte del accionar ruso durante la crisis de Kosovo fue seguir procurando una solución diplomática a la crisis en contraposición con los países de la OTAN que amenazaban con, y eventualmente efectuaron una, intervención militar. Cabe resaltar que Rusia protestó esta intervención no sancionada por el Consejo de Seguridad y, como acto simbólico, tropas rusas ingresaron al aeropuerto de Pristina en 1999 antes de que tropas de la OTAN pudieran llegar. Aún así,

más que incrementar las tensiones entre Yeltsin y Clinton ligeramente, la toma del aeropuerto tuvo poca consecuencia en el marco de la invasión de la OTAN, y Rusia no escaló más su accionar militar en el conflicto, pidiendo a todas las partes seguir un proceso diplomático para encontrar una solución final (Daalder y O'Hanlon, 2000b).

Este comportamiento resalta una de las características más importantes de la llamada "doctrina Primakov": la defensa del Derecho Internacional. A pesar del comportamiento actual de Rusia, a finales de los 90s y principios de los 2000s el Derecho Internacional era de suma importancia para la política exterior rusa en sus intentos de formar un nuevo orden policéntrico en donde se pudiese constituir como una potencia entre varias otras como India o China (Adins, 2021). De este modo, intervenciones militares no autorizadas por la ONU como la operación de la OTAN en Kosovo eran precisamente aquello que Rusia quería evitar.

En línea con esto último, Rusia ya estaba preocupada desde ese momento sobre la posibilidad de un intento por constituir a Kosovo como un Estado independiente. El 10 de junio de 1999, como medio para poner fin a las hostilidades, la ONU emitió la Resolución 1244 que, entre otras cosas, garantizaba la soberanía territorial de Serbia sobre Kosovo siguiendo los principios del Derecho Internacional sobre soberanía del Estado y secesión (Consejo de Seguridad, 1999). El ministro de relaciones exteriores ruso, Ígor Ivanov, expresó sus preocupaciones en el 2000 sobre el estado en que Kosovo había quedado después de la intervención. Varias minorías no albanesas habían sufrido agresiones y habían sido desplazadas en el marco del proceso del cese al fuego, hecho causado por el resentimiento de los albaneses que hasta hace poco habían sufrido represiones por parte del gobierno central de Belgrado. A su vez, el apoyo provisto por la OTAN estaba transformando a Kosovo en una entidad auto suficiente. Consecuentemente, se percibía que se estaba formando una sociedad con atributos de Estado independiente donde minorías étnicas estaban sufriendo represión y parte de las autoridades de esta nueva entidad habían sido miembros de movimientos subversivos terroristas (Ivanov, 2000). No obstante, Rusia continuó siendo parte de las negociaciones para normalizar las relaciones entre Serbia y Kosovo, ya que consideraba que la mejor solución al problema seguía siendo un acuerdo entre las dos partes, pero siempre adhiriéndose a los

supuestos de la Resolución 1244. De este modo, continuó trabajando muy cercanamente con Occidente e incluso contribuyó fuerzas de mantenimiento de paz dentro y fuera del marco del KFOR (Ivanov, 2000; Antonenko, 2007). La única medida clara que se tomó tras el cese al fuego y que no fue compartida por Occidente fue declarar que Rusia bloquearía cualquier intento de aceptar a Kosovo como Estado independiente en la ONU (Primakov, 2004; Sokolova, 2023). Así, se continuó el apego al Derecho Internacional y a las soluciones diplomáticas que la política exterior rusa venía practicando desde que estalló el conflicto. Esto también demuestra que, en ese momento, el reconocimiento de Kosovo estaba claramente en contra de los intereses rusos porque esto constituiría una violación al Derecho Internacional, que era uno de los pilares de la doctrina Primakov sobre la cual Rusia buscaba posicionarse como potencia en un mundo multilateral.

Cabe resaltar que también había otro factor que influenciaba la posición de Rusia por que no se reconociera a Kosovo en ese momento: Chechenia. El conflicto en Chechenia, librado entre 1994 y 1996, fue un instante en que un movimiento separatista dentro de Rusia había tenido cierto grado de éxito. No solo eso, sino que el éxito de Chechenia había generado movimientos subversivos en regiones adyacentes, que solamente pudieron controlarse tras la Segunda Guerra Chechena en 1999 (Primakov, 2004). Es en este contexto donde Rusia adoptaba su posición sobre Kosovo, por lo que defender la integridad territorial, que estaba en peligro tanto para Serbia como para Rusia, fue primordial para la diplomacia rusa (Abazi, 2002; Jashari, 2022). De este modo, el contexto en Chechenia también influyó la política exterior rusa sobre Kosovo y defender la integridad territorial de los Estados era parte del interés ruso como consecuencia de los movimientos separatistas que había en su territorio durante esos años.

Rusia se mantuvo dentro de los intentos por negociar un acuerdo entre Serbia y Kosovo hasta el final y trabajó con Estados Unidos y otros Estados europeos para lograrlo. Sin embargo, la postura de Kosovo para 2008 ya era inamovible y Kosovo declaró su independencia el 17 de febrero de ese año (Ker-Lindsay, 2013). Continuando con su defensa al Derecho Internacional, Rusia, junto con varios otros Estados del mundo, criticaron fuertemente el reconocimiento de Kosovo al considerar su independencia como ilegal. El representante de Rusia ante la ONU, Vitali Churkin,

declaró en su discurso durante la reunión del Consejo de Seguridad sobre Kosovo el 25 de julio que la posición de Rusia no había cambiado respecto a Kosovo y que se tenía que respetar lo expuesto por la Resolución 1244. Asimismo, criticó la reconfiguración de la UNMIK para apoyar a la construcción de un Estado kosovar y al hecho de que la seguridad de las minorías serbias en el territorio de Kosovo ahora se encontraba en riesgo (Churkin, 2008). La opinión consultativa que Rusia proveyó durante el proceso de la CIJ también mencionaba diversos motivos por los cuales se estaba violando la Resolución 1244 y otras razones por la cual la declaración de independencia no era conforme con el Derecho Internacional (Gevorgian, 2009). Es preciso mencionar que Rusia no estaba sola en su posición, sino que esta era compartida por otros Estados como China y España, quienes también emitieron opiniones consultativas similares (Petrovskaya, 2009).

Sin embargo, es probable que el interés por el no reconocimiento de Kosovo ya no haya sido el Derecho Internacional. Si bien la reacción inicial de Rusia y las declaraciones de Churkin ante el Consejo de Seguridad seguían la trayectoria rusa de respeto al Derecho Internacional, poco después el mismo año Rusia tomó una decisión chocante para el resto de la comunidad internacional: reconoció a Abjasia y a Osetia del Sur. Ambos Estados de facto quedaban nominalmente dentro del territorio de Georgia y habían tenido conflictos similares a los que Kosovo había atravesado en los 90s. El 26 de agosto de 2008, tan solo meses después de la declaración de independencia kosovar, Rusia reconoció a las repúblicas de Abjasia y Osetia del Sur, y entró en una guerra con Georgia con el pretexto de salvaguardar la seguridad de ambas entidades (Corten, 2008). La problemática es que Rusia básicamente utilizó todos los argumentos que naciones de Occidente utilizaron para justificar el reconocimiento de Kosovo para reconocer a Abjasia y Osetia del Sur (Lambert 2019). En palabras del presidente Medvedev: “if that case is unique, then this case [of Georgia] is also unique” (BBC, 2008). Como ejemplo, en octubre del 2009, el ministro de relaciones exteriores Serguéi Lavrov dio un discurso en la Universidad Pública de Abjasia donde recontaba el apoyo ruso a Abjasia y por qué este era legítimo. Entre sus razones se mencionó el antecedente del conflicto con Georgia en 1993, el hecho de que Georgia había suprimido la autonomía abjasia y el hecho de que Georgia no estaba dispuesto a aceptar la independencia de Abjasia en las negociaciones,

factor que llevó a que Rusia y Abjasia salieran de la mesa de negociación (Lavrov, 2009). Cabe resaltar que, al mismo tiempo ese mismo año, Rusia estaba ofreciendo su opinión consultativa criticando el reconocimiento de Kosovo, cuyo reconocimiento se estaba justificando utilizando argumentos similares a los provistos por Lavrov.

Algunos internacionalistas han catalogado este comportamiento como la “diplomacia avestruz”, y mencionan que no solo es Rusia quien lo hace, sino también Occidente. Esta “diplomacia avestruz” consiste en el hecho de que Rusia está viendo las problemáticas en Abjasia y Osetia del Sur, y considera necesario su reconocimiento, mientras que no percibe lo mismo en Kosovo a pesar de que los mismos argumentos son utilizados. Al mismo tiempo, Occidente hace lo mismo, pero solo prestándole atención a Kosovo e ignorando lo que ocurre con Abjasia y Osetia del Sur (Lambert, 2019). Un cambio de posición tan drástico no es algo común para la diplomacia rusa y parece haber sido los constantes desafíos de la OTAN contra el Derecho Internacional lo que llevó a Rusia a reconocer a los dos Estados de facto caucásicos, acción que estaba en contra de la política exterior que se venía manejando hasta el momento (Petrović, 2010). Además, el reconocimiento de Abjasia y Osetia del Sur fue esencial para aumentar la presencia rusa en la región del Cáucaso y el Mar Negro. Por este motivo, estos dos reconocimientos parecerían haber sido efectuados con intereses pragmáticos específicos ya que, si fuera solamente por cuestionar el Derecho Internacional sobre el reconocimiento de Estados de facto que estaba en debate por la declaración de independencia de Kosovo, también se habría podido reconocer a otros Estados de facto en la esfera de influencia rusa como Transnistria (Lambert, 2019; Petrović, 2010). Entonces, se puede afirmar que la posición en contra reconocimiento de Kosovo desde agosto de 2008 dejó de ser simplemente por el interés de preservar el Derecho Internacional. Si bien la crítica rusa contra el reconocimiento de Kosovo pudo haber iniciado por querer preservar las normas internacionales sobre la integridad territorial y soberanía, los reconocimientos de Abjasia y Osetia del Sur demostraron que Rusia actuaría ahora como le pareciera conveniente según intereses pragmáticos.

El interés por criticar el reconocimiento de la independencia kosovar, ahora que ya no era la defensa del Derecho Internacional, pudo ser el simple hecho de desafiar a Estados

Unidos y Occidente, ya que se percibía que estaban haciendo esencialmente lo que querían sin mayor interés por preservar el Derecho Internacional (Lambert, 2019). Siguiendo la política más asertiva que Rusia se había dispuesto a seguir y tras años de desentendimientos con Occidente, Rusia simplemente decidió hacer lo mismo. De este modo, evidentemente se iba a percibir que Rusia estaba actuando con una suerte de doble moral por cómo trataba a los casos de Abjasia y Osetia del Sur, por un lado, y Kosovo por el otro. Sin embargo, con esta acción, también se resaltaría la doble moral de Occidente porque básicamente estaba haciendo lo mismo, pero al revés (Lambert, 2019). Otro motivo por el cual Rusia continuó criticando el reconocimiento de Kosovo pudo ser por su relación con Serbia. Tradicionalmente, Serbia había sido más cercano a Rusia que a los demás Estados europeos y esto se había evidenciado durante la Guerra de Kosovo al ser Rusia el único que seguía intentando llegar a una solución diplomática aún cuando la OTAN estaba bombardeando Serbia. Muchos políticos en Rusia percibían que lo ocurrido en 1999, la derrota de Serbia, era también una derrota de Rusia, porque Rusia había estado comprometida a alcanzar una solución diplomática y al final la intervención de la OTAN y subsecuente UNMIK acabaron con cualquier control efectivo serbio del territorio. Con la declaración unilateral de independencia, no se deseaba abandonar a Serbia otra vez. Adicionalmente, era en esos años donde se estaba buscando acrecentar la influencia rusa en varias regiones del mundo con el objetivo de constituirse como potencia mundial y Serbia era el Estado en los Balcanes sobre el cual Rusia tenía mayor influencia (Antonenko, 2007; Jagiełło, 2021).

Sea cual sea el caso, Rusia continuó realizando acciones diplomáticas para el no reconocimiento de Kosovo. El accionar más claro fue la opinión consultativa emitida a la CIJ en 2009 y haber declarado, junto con China, que se bloquearía cualquier intento de admitir a Kosovo como miembro de la ONU. Además de eso, Rusia ha estado involucrado en algunas retiradas de reconocimiento de Kosovo. Según Visoka (2024), el retiro de reconocimientos usualmente implica un intercambio transaccional en el que terceros Estados ofrecen beneficios a cambio de retirar un reconocimiento previamente otorgado. Esto suele ocurrir cuando los Estados a los que se les compele a retirar el reconocimiento no perciben demasiados costos en realizar esta acción por la falta de relaciones con el Estado de facto en cuestión. Es importante considerar que el retiro de reconocimiento

tiene como objetivo deslegitimar a actores, expresar disconformidad por el reconocimiento que ya existe o desestabilizar a la entidad afectada, pero requiere que haya varios retiros de reconocimiento simultáneos para que verdaderamente tenga un impacto significativo (Visoka, 2024).

La organización Status of Kosovo (2024), dedicada a observar la posición oficial de cada país sobre el reconocimiento del Estado de facto, menciona que hay 13 Estados que inicialmente reconocieron a Kosovo, pero que posteriormente decidieron retirar ese reconocimiento. Por otro lado, Serbia ha declarado que son 18 los Estados que han revocado su reconocimiento. Cabe resaltar que estas supuestas retiradas de reconocimiento a veces pueden ser exageradas y el ministro de relaciones exteriores kosovar ha reiterado numerosas veces que solo es propaganda serbia. De hecho, sí hay casos en donde Estados han desmentido la supuesta retirada de reconocimiento, como Guinea-Bissau o Liberia. También hay otros casos donde es incierto si se ha retirado el reconocimiento o si llegó a haber reconocimiento en primer lugar, como en el caso de Sao Tome y Príncipe, donde discrepancias entre el presidente y el consejo de ministros han llevado a esta confusión (Cakolli, 2020). No obstante, hay varios casos en donde sí ha habido declaraciones oficiales claras de retiro del reconocimiento y Rusia ha estado involucrado en algunos de ellos. Por ejemplo, Surinam retiró su reconocimiento en 2017 en el marco de reuniones con el ministro de relaciones exteriores ruso Serguéi Lavrov. Por otro lado, la República Centroafricana retiró su reconocimiento en 2019, tras años de acercamiento diplomático a Rusia y por el apoyo del Grupo Wagner en su territorio (Status of Kosovo, 2024; Cakolli, 2020). Estas retiradas de reconocimiento orquestadas o respaldadas por Rusia -porque a veces son iniciativas de Serbia- hacen de Kosovo el tercer Estado de facto que más retiradas de reconocimiento ha tenido (Visoka, 2024). En términos simples, Kosovo no logró establecer relaciones diplomáticas firmes con todos los Estados que lo reconocieron, algunos de los cuales, por tener una mayor relación bilateral con Rusia, acabaron retirando el reconocimiento

En la actualidad, Rusia continua firme en su posición en contra del reconocimiento de Kosovo, y su interés por ello se ha acrecentado por la pérdida de influencia que ha tenido en los Balcanes en los años recientes. No solo Occidente ha logrado desplazar gran parte

de la influencia política y económica rusa en el marco de su confrontación geopolítica, sino que Rusia también ve con preocupación la presencia militar de la OTAN en la región con bases militares grandes como Camp Bondsteel en Kosovo y nuevas promesas de construir bases militares en Grecia y Albania (Russian International Affairs Council, s/f). En este contexto, se acentúa el deseo de mantener cerca a su único aliado en la región, Serbia. Esto ha sido reafirmado por las autoridades rusas en el marco de la invasión al Donbás, ya que se estaba cuestionando en Serbia la posición rusa sobre Kosovo tras haber reconocido las independencias de Donetsk y Luhansk. Ante esto, el embajador ruso en Belgrado Alexander Botsan-Kharchenko reafirmó el compromiso de Rusia con Serbia en relación con la cuestión de Kosovo y declaró: “The Kosovo issue is a fundamental issue of friendly and fraternal cooperation between Russia and Serbia. There are no signs that Russia can change its position on this issue” (Nurduhan, 2022).

Sin embargo, las acciones de Rusia respecto al reconocimiento de Kosovo hoy en día no van más allá de no reconocerlo y la promesa de vetar cualquier intento de admitir a Kosovo como miembro de la ONU ya que, desde que comenzó la guerra en Ucrania, Rusia no ha tenido oportunidad de utilizar su influencia política para generar otros retiros de reconocimiento como sucedió en Surinam o la República Centroafricana. De hecho, desde 2022, ha habido 3 “re-reconocimientos” hacia Kosovo: Dominica, Granada y Palau (Visoka, 2024). Cabe resaltar que los supuestos “re-reconocimientos” de Dominica y Granada son debatidos por algunas fuentes que monitorean el reconocimiento kosovar, pero al menos el caso de Palau es una certeza (Status of Kosovo, 2024). Es incierto si estos eventos están relacionados con Rusia, pero considerando que los Estados suelen retirar u ofrecer reconocimientos por los beneficios que terceros Estados ofrecen, parece que la decadencia de Rusia en el contexto del conflicto en Ucrania ha hecho reconsiderar a algunos Estados cuán ventajoso realmente es haber retirado el reconocimiento de Kosovo en primer lugar (Visoka, 2024). Además, incluso antes del conflicto en Ucrania, Rusia solo pudo generar las retiradas de reconocimiento de Estados relativamente débiles y lejanos de Kosovo, por lo que el impacto de estas retiradas, aunque sí lastimaron diplomáticamente a Kosovo, nunca fueron determinantes en bloquear a Kosovo de organizaciones internacionales (Visoka, 2024; Cakolli, 2020). En ese sentido, Rusia no posee las capacidades materiales para generar retiradas de reconocimiento al

mismo nivel que China hacia Taiwán o Marruecos hacia la República Árabe Saharaui Democrática, casos emblemáticos donde las retiradas de reconocimiento cumplieron con deslegitimizar a los Estados de facto de forma significativa (Visoka, 2024). En suma, el interés por el no reconocimiento de Kosovo se mantiene en la actualidad, pero Rusia no cuenta con medios para hacer algo al respecto.

4.1.5. Estados Unidos en el Cáucaso

A pesar de cuán geográficamente aislado está el Cáucaso del continente norteamericano, Estados Unidos sí ha ejercido una política exterior dinámica y cambiante en este territorio. Con el colapso de la Unión Soviética, la región apareció por primera vez en el radar de los Estados Unidos, con tres Estados independientes con quienes la diplomacia estadounidense se relacionaría por primera vez: Georgia, Armenia y Azerbaiyán (Olcott, 2002; Rumer et al., 2017). El Cáucaso tiene cierta significancia estratégica no solo para Estados Unidos, sino para los actores regionales. En primer lugar, la región padece de una inestabilidad crónica por los conflictos que hay entre los tres Estados caucásicos y dentro de los mismos. Es por eso que está en el interés de todos los actores involucrados en la región detener estos conflictos y traer estabilidad para que estos no se expandan ni afecten otros intereses, como los energéticos. Un segundo interés es el de los recursos naturales de la región, en particular la abundancia de recursos energéticos cerca del Mar Caspio y el uso del Cáucaso como corredor para extraerlo, acometido en que Estados Unidos ha estado fuertemente involucrado. Un tercer factor de importancia estratégica es que la región se ha convertido en un área de tránsito para actividades criminales como la venta de armas o drogas, también ligadas al terrorismo, que tienen repercusiones en otras áreas de interés para EE.UU. Adicionalmente, también hay un interés general por promover los Derechos Humanos y la democracia en las jóvenes repúblicas del Cáucaso, pero esta no es la única región donde Estados Unidos reclama tener este interés y es un hecho que la región no es la prioridad en este aspecto (Nation, 2007; Rumer et al., 2017).

Durante la administración de Clinton, EE.UU. siguió una política ad hoc con cada una de las nuevas repúblicas. De este modo, se intentó lidiar con varias problemáticas de la región de manera separada, y la falta de una política estadounidense articulada causó

que los actores de la región no entendieran e incluso malinterpretaran en ocasiones las intenciones reales de Estados Unidos (Hill, 2001). La primera prioridad para Estados Unidos en lo concerniente con el Cáucaso durante esos años fue la solución de los conflictos en la región: Abjasia, Osetia del Sur y Nagorno Karabaj. Este interés partía oficialmente de una visión humanitaria y el deseo de estabilidad en la región, pero el Cáucaso no era la única región con estos problemas y no constituyó un caso particularmente excepcional para la diplomacia estadounidense (Rumer et al., 2017). En parte, esto cambió con el alto al fuego en Abjasia y Osetia del Sur respaldados por Rusia a mediados de los 90s. Hasta ese momento, el presidente Clinton estaba dispuesto a dejar a Rusia actuar a su criterio en el Cáucaso, pero la manera en que Rusia orquestó armisticios e implementó fuerzas de mantenimiento de paz impulsó a que la administración Clinton procurase estar más precavida de Rusia, ya que se pensaba que se había “congelado” aquellos conflictos arbitrariamente en lugar de lograr una paz duradera para garantizar que Rusia permaneciese siendo un actor fundamental para la estabilidad y gobernanza regional (Olcott, 2002). En ese sentido, para el conflicto en Nagorno Karabaj, Estados Unidos aumentó sus esfuerzos diplomáticos, y trabajó en conjunto con Rusia y organizaciones como la ONU o la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) para empezar negociaciones de paz. Asegurar la paz en Nagorno Karabaj fue el instante de mayor involucramiento estadounidense en el Cáucaso en esos años (Olcott, 2002; Rumer et al., 2017).

Una segunda etapa del involucramiento estadounidense en la región comenzó a finales de la presidencia de Clinton y comienzos de la administración de Bush, donde el interés yació en los oleoductos y gaseoductos de la región. Este periodo inició con la entrada de diversas compañías energéticas estadounidenses y occidentales en Azerbaiyán con la intención de desarrollar sus yacimientos de gas y petróleo (Olcott, 2002). El interés pronto se extendió a todo el Cáucaso por el deseo de desarrollar nuevos oleoductos mediante los cuales el gas azerí pudiese ser extraído sin tener que recurrir a los oleoductos de gas rusos. De este modo, en 2002 se concretó el oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan, el cual conectaba Azerbaiyán, Georgia y Turquía como un nuevo corredor energético únicamente caucásico (Nation, 2007; Olcott, 2002). Cabe resaltar que el interés estadounidense no era única ni primariamente económico. Estos esfuerzos se

realizaron principalmente para contrarrestar el monopolio ruso en el transporte y rutas energéticas de la región. El colapso de la Unión Soviética había sido desastroso para las economías de las repúblicas que se desprendieron, pero Rusia seguía poseyendo una economía más fuerte que las del resto, por lo que varios Estados exsoviéticos como los caucásicos se volvieron fuertemente dependientes de Rusia. A su vez, Rusia tenía el monopolio en el transporte del gas de Asia Central y el Cáucaso debido a sus oleoductos. De este modo, la iniciativa estadounidense del oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan y su creciente inversión en el gas azerí sirvieron para reducir la dependencia económica del Cáucaso hacia Rusia, y también para reducir la dependencia europea del gas ruso (Hill, 2001; Nation, 2007; Rumer et al., 2017). Cabe resaltar que contener a Irán también era parte de la ecuación geoestratégica, ya que fomentar el desarrollo de Azerbaiyán y sus reclamos en el Mar Caspio sobre algunos yacimientos, contestados con Irán, también era útil para excluir cada vez más a Irán de los asuntos caucásicos (Nation, 2007; Tashijan et al., 2024). Entonces, desde esta etapa se puede identificar un interés estadounidense por reducir la influencia rusa, al menos económica, de la región.

Poco después, la “guerra contra el terror” influyó toda la política exterior de los Estados Unidos. En el Cáucaso, esto significó una búsqueda de cooperación militar con Estados de la región para arremeter contra el Talibán en Afganistán y otras organizaciones terroristas en Medio Oriente. Esto se logró con Azerbaiyán, con quien hubo consultaciones militares, y especialmente con Georgia, donde la cooperación militar se desarrolló en gran medida (Olcott, 2002). Con Georgia en particular la relación prosperó tras la revolución rosa en 2003, que trajo al poder a un nuevo presidente prooccidental, Mijeil Saakashvili, quien expresamente buscaba acercar a Georgia a la OTAN y la UE. Sin embargo, este periodo de acercamiento llegó a su fin en 2008 con la Guerra Ruso-Georgiana, donde EE.UU. se mostró indispuerto a intervenir más que diplomáticamente a favor de Georgia (Rumer et al., 2017; Poghosyan y DerSimonian, 2024).

A partir de 2008, EE.UU. se alejó de la región, dando paso a que la UE se viera más involucrada. En este periodo hubo un incremento de tensiones entre Rusia y Occidente, ya que el intento de la UE de promover sus “Acuerdos de Asociación” (AA) con los

Estados caucásicos generó una subsecuente presión rusa para que no los firmen y opten por unirse a la Unión Económica Euroasiática. Incluso tras la anexión de Crimea en 2014, que dejó en claro que existía una competencia geopolítica entre Rusia y Occidente en diferentes regiones de Eurasia, EE.UU. no volvió a involucrarse muy directamente con el Cáucaso (Rumer et al., 2017). En 2022, en el nuevo contexto de la guerra en Ucrania, la estrategia nacional de seguridad estadounidense solamente mencionaba al Cáucaso una sola vez, declarando la intención de continuar y mejorar los esfuerzos diplomáticos por resolver el conflicto de Nagorno Karabaj (Biden, 2022). De este modo, el único interés formal de EE.UU. sobre la región continuaba siendo resolver este conflicto, objetivo que tiene desde que los Estados caucásicos aparecieron en el mapa. En la práctica, Estados Unidos simplemente parece querer estabilidad en la región y al mismo tiempo reducir la influencia rusa económica y políticamente. Cabe resaltar que la guerra en Ucrania y la crisis de energía europea han generado un renovado interés en el gas azerí, pero más allá de eso, no hay intentos estadounidenses particulares para volver a insertarse asertivamente en la región. En suma, la región en su conjunto no es de importancia prioritaria para los objetivos estadounidenses, y los pocos intereses que Estados Unidos sí tiene en la región son opacados por prioridades más urgentes (Tashijan et al., 2024; Avdaliani, 2024; Poghosyan y DerSimonian, 2024).

4.1.6. Estados Unidos y Artsaj

Estados Unidos estuvo interesado en resolver el conflicto de Nagorno Karabaj desde que inició en 1988 y, con el colapso de la Unión Soviética, pudo ejercer un rol más activo en las negociaciones de paz entre los nuevos Estados soberanos involucrados: Armenia y Azerbaiyán. En 1991, el senado aprobó una resolución condenando las acciones de Azerbaiyán contra la población armenia en Armenia, Azerbaiyán y Nagorno Karabaj (Senate Resolution 128, 1991; Kocharyan, 2016). El mismo año, se realizó una audiencia en el congreso sobre la implementación de los Acuerdos de Helsinki para resolver el conflicto. La Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, comúnmente conocida como los Acuerdos de Helsinki, fue un acta firmada en 1975 por varios países incluidos Estados Unidos y la Unión Soviética, donde se defendía tanto la integridad territorial de los Estados como la libre determinación de los pueblos, entre otras cosas (OSCE, 1975). De este modo, la audiencia que se dio en el congreso estadounidense en

1991 fue un clásico debate acerca de si un Estado de facto que es víctima de agresiones debería poder tener la oportunidad de autogobernarse o si se debiera priorizar la soberanía del Estado padre ya existente. De igual manera, la audiencia demostró gran voluntad por parte de políticos estadounidenses de brindar por lo menos apoyo y seguridad a Nagorno Karabaj, algunos incluso apoyando la idea del autogobierno (Implementation of the Helsinki Accords, 1991). Poco después, en 1992, la sección 907 del Freedom Support Act prohibió brindar cualquier ayuda humanitaria a Azerbaiyán por sus continuas agresiones contra el territorio (Statute 2532, 1992; Olcott, 2002; Kocharyan, 2016). Además, Estados Unidos participó en varias reuniones dedicadas a buscar una solución pacífica en Roma y Ginebra, así como también formó parte del Grupo Minsk, foro oficial de la OSCE para lograr este mismo cometido (Azer, 2013). Además del interés humanitario por detener un conflicto bélico, la intensa participación de la diplomacia estadounidense se puede atribuir al lobby de la comunidad armenia, quienes tienen una diáspora significativa en Estados Unidos, factor que incluso se mencionó como razón para involucrarse en la región durante la audiencia de 1991 (Implementation of the Helsinki Accords, 1991; Olcott, 2002).

No obstante, a pesar de la voluntad estadounidense por apoyar a Nagorno Karabaj, más allá de algunas opiniones expresadas durante la audiencia de 1991, no hubo ninguna postura oficial que indicase que se apoyaba el reconocimiento de la República de Artsaj como Estado. Durante esos años, la prioridad de Estados Unidos era solucionar el conflicto con apoyo de la ONU y, de ser necesario, instalar fuerzas de mantenimiento de paz de la ONU en el territorio. Estas medidas aparecieron como una recomendación a la administración de H. W. Bush en el reporte del Helsinki Watch, ahora Human Rights Watch, y se manifestaron con una resolución del congreso para acabar con las hostilidades entre Armenia y Azerbaiyán sobre Nagorno Karabaj (Human Rights Watch, 1992; Senate Resolution 349). También se adoptaron algunas resoluciones en el marco del Consejo de Seguridad de la ONU para asegurar la paz entre ambos Estados y, a pesar de que Azerbaiyán inicialmente hizo caso omiso a estos acontecimientos, una serie de derrotas militares en 1993 llevaron a que Azerbaiyán finalmente opte por negociar un alto al fuego, el cual se concretó en 1994 (Kocharyan, 2016). Cabe resaltar que el reporte del Helsinki Watch no consideraba únicamente a Azerbaiyán como el agresor, y las

resoluciones del Consejo de Seguridad también demandaban que Armenia responda por sus actos de agresión (Human Rights Watch, 1992). Este factor dificultaba que ningún miembro del consejo pudiese proclamarse a favor de alguno de los dos Estados beligerantes, y también le restó importancia al hecho de que había armenios en Nagorno Karabaj proclamando su independencia por el enfoque que había en el conflicto armenio-azerí. Todo esto indica que, a pesar de sí haber un deseo por salvaguardar a la población armenia de Nagorno Karabaj y lograr la paz, el reconocimiento de la autoproclamada República de Artsaj no era parte de los intereses de Estados Unidos en la región. Además, como sí se logró un alto al fuego negociado entre las partes, no hubo mayores intentos posteriores de implementar fuerzas de mantenimiento de paz de la ONU por parte de Estados Unidos.

Como el alto al fuego fue mediado exclusivamente por Rusia, el Grupo Minsk del que EE.UU. era parte técnicamente no tuvo involucramiento directo en estas negociaciones finales (Azer, 2013). No obstante, el interés por normalizar las relaciones entre Armenia y Azerbaiyán, así como el estatus de Artsaj condujeron a que EE.UU. siga participando en el grupo Minsk, del cual se volvió copresidente junto con Rusia y Francia (OSCE, 2024). Desde ese entonces, el Grupo Minsk continuó con sus esfuerzos por estabilizar la situación en Nagorno Karabaj, aunque sin muchos resultados concretos. Sin embargo, es preciso remarcar que, gracias al alto al fuego negociado en 1994, la primera prioridad de Estados Unidos, la paz en la región, ya se había logrado. El deseo por continuar normalizando las relaciones existía, pero no fue prioridad en absoluto en los 90s, ya que había otros asuntos más urgentes ocurriendo en los Balcanes y la política exterior estadounidense en el Cáucaso pasó a centrarse en el desarrollo de la industria energética (Azer, 2013; Rumer et al., 2017).

En términos de relaciones entre Estados Unidos y Artsaj, estas se han efectuado de manera no oficial. Artsaj contó con diversas oficinas oficiales en el extranjero, incluida una en Washington D.C. desde 1997 que tuvo tres representantes permanentes desde su fundación. Esta oficina se encontraba en el mismo vecindario de la Casa Blanca y estuvo registrada oficialmente por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos bajo la Ley de Registro de Agentes Extranjeros (FARA) (Office of the Nagorno Karabakh

Republic, 2023). Más allá de eso, sin embargo, no ha habido ningún encuentro oficial entre funcionarios de Estados Unidos y autoridades artsajíes. En ese sentido, han sido congresistas y senadores de Estados particulares quienes se han reunido con autoridades de Artsaj en reuniones no oficiales. Probablemente el encuentro más célebre fue la visita del presidente artsají, Bako Sahakyan, a Washington D.C en 2018. Para su visita, el Departamento de Estado le entregó una visa a Sahakyan, lo cual fue muy criticado desde Azerbaiyán considerando que Estados Unidos no reconocía formalmente a Artsaj y que, meses antes, se le había negado la visa a un funcionario de Abjasia, un Estado de facto igualmente no reconocido. A pesar de que no tuviera reuniones con ningún funcionario de la administración incumbente, Sahakyan sí pudo asistir y dar un discurso en un evento promovido por el Comité Nacional Armenio de Estados Unidos (AMCA) en el capitolio. Algunas figuras que asistieron al evento fueron el congresista de California Brad Sherman y el congresista de Nueva Jersey Frank Pallone, entre otros. Más aún, previo a la visita, el exembajador estadounidense a Armenia, John Evans, llamó al reconocimiento de Artsaj y durante la visita se propusieron resoluciones para incrementar relaciones con el Estado de facto (Kucera, 2018; Radio Free Europe / Radio Freedom, 2018). Otro ejemplo de estas interacciones extraoficiales fue la reunión entre el senador californiano Anthony J. Portantino y una delegación artsají compuesta por el Ministro del Exterior, David Babayan, el Representante Permanente de Artsaj a los Estados Unidos, Robert Avetisyan, y el Viceministro de Educación, Ciencia, Cultura y Deporte, Lernik Hovhannisyan (Shirinian, 2022).

A su vez, algunas relaciones entre EE.UU. y el Estado de facto se han efectuado en el marco de la paradiplomacia. Diversos Estados dentro de Estados Unidos han llamado al reconocimiento de Artsaj, llegando a emitir resoluciones en las que, a nivel estatal, reconocen el derecho de la población artsají a la autodeterminación. Los Estados federativos emisores de estas resoluciones son los siguientes: Rhode Island en 2012, Massachusetts en 2012, Maine en 2013, Luisiana en 2013, California en 2014, Georgia en 2016, Hawái en 2016, Michigan en 2017, Colorado en 2019, Idaho en 2021 y Nueva Jersey en 2021. Cuatro ciudades estadounidenses emitieron resoluciones similares en esos años: Fresno (California) en 2013, Los Ángeles (California) en 2013, Highland (California) en 2013 y Honolulu (Hawái) en 2016 (Ministry of Foreign Affairs of the

Republic of Artsakh, 2023). Cabe resaltar que la resolución de Rhode Island directamente pedía al gobierno central reconocer a Artsaj y la resolución de Fresno no solo reconocía el derecho del pueblo artsají a la autodeterminación, sino que expresamente reconocía a la República de Artsaj como tal (Avakian, 2015).

Es claro, entonces, que sí existió una voluntad de varios actores y tomadores de decisiones dentro de Estados Unidos por reconocer a Artsaj. Incluso se podría afirmar que ya ha habido declaraciones de reconocimiento por parte de algunas entidades dentro del gobierno estadounidense. Sin embargo, esto no demuestra que Estados Unidos como Estado en su conjunto comparta la misma postura que los 11 Estados federativos que emitieron resoluciones ni mucho menos lo declarado por la resolución de Fresno. En 2015, el vocero del Departamento de Estado, Jeff Rathke, declaró en una conferencia de prensa que los Estados Unidos no reconocían a Nagorno Karabaj como un Estado soberano, por lo que no aceptarían los resultados de las elecciones presidenciales que iban a efectuarse (Rathke, 2015). Cabe resaltar que el presidente artsají electo sería Bako Sahakyan, quien visitaría Washington D.C. tres años después. Similarmente, en otra conferencia de prensa realizada por el Departamento de Estado en 2023, el nuevo vocero Matthew Miller reiteró que los Estados Unidos no reconocían a Nagorno Karabaj, pero que sí apoyaban que la región tenga representantes formales para las negociaciones de normalización de relaciones con Azerbaiyán (Miller, 2023). De este modo, queda claro que, oficialmente, reconocer a Artsaj nunca formó parte de los intereses estadounidenses en la región del Cáucaso, a pesar de que actores intraestatales y de la sociedad civil hayan intentado impulsar esto en la agenda nacional.

Pero el interés por la región de Nagorno Karabaj en sí también fue decreciendo a lo largo de los años. Ya se ha mencionado que, desde que Estados Unidos comenzó a involucrarse en el Cáucaso, lograr la paz y una normalización de relaciones entre los Estados caucásicos, así como Nagorno Karabaj, sí estuvo dentro de los intereses estadounidenses en la región. El problema fue que, luego de que se llegara al alto al fuego en 1994, el afán por involucrarse en Nagorno Karabaj se redujo por ya haberse logrado, por lo menos, una suerte de paz, y el interés estadounidense en la región pasó a centrarse en el gas azerí, la “guerra contra el terror” y el enfrentamiento geopolítico con

Rusia. Este cambio de interés se puede observar en 2002 cuando se repele la sección 907 del Freedom Support Act en un nuevo contexto donde había numerosas inversiones estadounidenses en la industria energética azerí, se había inaugurado el oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan, y Azerbaiyán estaba colaborando con EE.UU. en la lucha contra los talibanes en Afganistán (Olcott, 2002). Similarmente, se observa un alejamiento de Armenia, Estado que la política exterior estadounidense no podía desligar de Artsaj al no reconocer al Estado de facto, a favor de mayores relaciones con Georgia al ser este último más abierto a la cooperación militar y más cercano a Occidente. Armenia, en cambio, buscaba mantener buenas relaciones tanto con Rusia como con EE.UU., por lo que no permitió bases estadounidenses en su territorio y causó que fuese percibido como más cercano a Rusia en el marco de la creciente competencia geopolítica entre Rusia y Occidente (Olcott, 2002; Rumer et al., 2017). Reiterando, esto no quiere decir que se hayan roto relaciones con Armenia o que por ello se haya acabado completamente el interés por involucrarse en Nagorno Karabaj. Durante esos años, aún con el incremento de animosidad entre Rusia y Occidente por los reconocimientos de Kosovo, Abjasia y Osetia del Sur en 2008, el Grupo Minsk seguía su tarea de gestionar negociaciones que pudieran resultar en una normalización de relaciones, a pesar de no tener mucho éxito (OSCE, 2024; Rumer et al., 2017).

No obstante, la inacción de EE.UU. durante la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj, que terminó siendo mediada únicamente por Rusia, ya demostraba desde 2020 la reducida capacidad de la diplomacia estadounidense para lidiar con el conflicto (Tashijan, 2024). Este reducido accionar y baja capacidad para intervenir en Nagorno Karabaj, a pesar de tener un interés expreso por lograr estabilidad en la región, podría explicarse por las dificultades de la pandemia del Covid-19, pero también se puede deducir que, en ese momento, simplemente no era prioridad para Estados Unidos. Aún así, EE.UU. siguió involucrado mediante el Grupo de Minsk, que continuó su labor pese al cambio de la relación de poderes causada por aquella guerra.

El punto de quiebre llegó en 2022. Con la guerra en Ucrania, toda cooperación entre Rusia y Occidente colapsó por completo. Lo que esto significó para la política exterior estadounidense sobre Nagorno Karabaj era que el Grupo Minsk dejaría de funcionar, ya

que Rusia era uno de sus copresidentes. Así, la última declaración conjunta de los Estados copresidentes fue en diciembre de 2021 (OSCE, 2024; Tashijan, 2024). Para ese punto en 2022, quedaba claro que Estados Unidos había perdido influencia de manera significativa en la región, con fuerzas de mantenimiento de paz rusas, un acuerdo de paz garantizado por Rusia y una guerra en Europa que comenzaba a desviar cada vez más recursos. De igual forma, Estados Unidos deseaba por sobre todo estabilidad en la región y reducir la influencia rusa en el nuevo contexto de confrontación geopolítica. Esto generó nuevos esfuerzos diplomáticos, pero ahora únicamente estadounidenses, para normalizar las relaciones entre Azerbaiyán y Armenia. Así, se organizaron dos cumbres en Washington D.C. en 2023, donde se invitó a las partes a continuar negociaciones, y se reiteró numerosas veces que lograr la estabilidad en Nagorno Karabaj seguía siendo un objetivo de la política exterior estadounidense, convirtiéndose nuevamente en el mayor interés que EE.UU. tenía en el Cáucaso. El cambio más importante que este renovado interés trajo fue que, debido a la nueva posición de poder que favorecía a Azerbaiyán tras su ofensiva en 2020, EE.UU. consideraba que el camino más viable a la estabilidad era el reconocimiento mutuo de fronteras entre Armenia y Azerbaiyán. Es decir, la posición estadounidense se volvió directamente opuesta a cualquier noción de reconocer a Artsaj para facilitar una paz duradera en Nagorno Karabaj que tenga el consentimiento azerí. (Poghosyan y DerSimonian, 2024; Miller, 2023; Biden, 2022). De este modo, irónicamente, la guerra en Ucrania pareció haber causado que el interés por garantizar estabilidad en Nagorno Karabaj resurja entre las prioridades de la política exterior estadounidense, por lo menos en el Cáucaso, pero la posición estadounidense cambió de tal modo que el reconocimiento de Artsaj no solo dejó de ser una opción concebible, sino que ahora era directamente indeseable.

Sin embargo, los nuevos esfuerzos de la diplomacia estadounidense no generaron muchos resultados. Más aún, Estados Unidos simplemente no intervino ante la ofensiva azerí en setiembre de 2023, la cual acabó efectivamente con Artsaj como entidad política y desplazó a toda la población de Nagorno Karabaj. Si bien EE.UU. estaba en contra del reconocimiento de Artsaj para este punto, los acontecimientos de 2023 estaban claramente en contra de los objetivos estadounidenses en la región, es decir, lograr un acuerdo que garantice los derechos de la población armenia de Nagorno Karabaj

(Tashijan et al., 2024). La única medida que el gobierno tomó ante esta situación fue pasar el Armenian Protection Act, el cuál básicamente volvía a imponer las sanciones de la sección 907 del Freedom Support Act contra Azerbaiyán (Tashijan et al., 2024; Statute 3000, 2023). Más allá de eso, Estados Unidos envió ayuda humanitaria para la población artsají desplazada, con solo algunas declaraciones de aquellos congresistas y senadores que apoyaban la causa artsají condenando a Azerbaiyán (Tashijan et al., 2024; Sherman, 2024). En síntesis, a pesar de haber un interés por proteger y garantizar la paz en Nagorno Karabaj, nunca llegó a materializarse una posición favorable al reconocimiento de la República de Artsaj. Además, aunque el interés por Nagorno Karabaj resurgió de manera repentina en 2022 en el contexto del gran enfrentamiento geopolítico con Rusia, Estados Unidos solo dedicó recursos diplomáticos, facilitando cumbres y negociaciones, que finalmente no fueron capaces de evitar la total destrucción de Artsaj ante una última ofensiva militar azerí. Asimismo, estos acontecimientos no generaron tantas represalias contra Azerbaiyán como se hubiera esperado, por lo cual se podría asumir que el interés estadounidense por lograr estabilidad en la región en sí, hecho generado por la efectiva desaparición de la causa del conflicto, era superior al de lograr este acometido y a la vez salvaguardar los derechos de la población artsají. En cualquier caso, se puede concluir que los recursos destinados para lidiar con la situación de Nagorno Karabaj no fueron suficientes para lograr los objetivos que Estados Unidos se había propuesto.

4.1.7. Rusia en el Cáucaso

Rusia ha estado presente como actor en el Cáucaso desde el siglo XVI, y desde ese momento, mantener su influencia en la región ha sido de vital importancia. La región estuvo dentro del Imperio Ruso y la Unión Soviética por gran parte del siglo XIX y XX, pero con el colapso de la U.R.S.S., el Cáucaso ha resurgido dentro de los intereses de política exterior de la Federación Rusa (Nation, 2015). Para Rusia, la región del Cáucaso abarca un territorio más extenso que el de los tres Estados caucásicos existentes en la actualidad -Georgia, Armenia y Azerbaiyán- e incluye siete repúblicas y dos territorios que se encuentran dentro de la federación: Daguestán, Chechenia, Ingushetia, Osetia del Norte, Kabardino-Balkaria, Karachai-Cherkesia y Adigueya (Nation, 2007). De este modo, el territorio compuesto por Georgia, Armenia y Azerbaiyán es conocido como el “Cáucaso Sur” en Rusia (Markedonov, 2019). Además, la región ha sido un área de contiendas

geopolíticas a lo largo de la historia rusa con actores como el Imperio Otomano o el Imperio Persa, razón por la cual siempre ha sido imperativo para Rusia mantener su influencia allí ante los avances de otros actores (Nation, 2015; Markedonov, 2019).

Como se ha mencionado anteriormente, el Cáucaso es de interés estratégico para todos los actores que están involucrados en el territorio por una variedad de motivos: la inestabilidad crónica, los recursos naturales y las rutas de tránsito de la región, que también son utilizadas para diversas actividades criminales. Todos estos motivos hacen que la región sea una fuente de preocupación o interés para varios Estados (Nation, 2007). No obstante, Rusia posee otros factores de interés únicos a Rusia que vuelven a la región un punto aún más importante en su cálculo geoestratégico. Primero, a diferencia de los Balcanes, el Cáucaso está directamente en el borde del Estado ruso, por lo que el interés en la región se basa, en parte, en el interés básico de seguridad del Estado. Segundo, el Cáucaso separa a Rusia de sus socios sureños Turquía e Irán, y es por allí donde pasan las principales rutas de tránsito hacia ellos. Tercero, la inestabilidad en la región, que es primariamente resultado de conflictos étnicos y deseos de secesión, es de mayor preocupación para Rusia por la existencia de minorías étnicas en el Cáucaso norte que pueden tener motivaciones similares. Cabe resaltar el caso de Chechenia, que libró dos guerras ante Rusia específicamente por estos motivos. Cuarto, en la actualidad, nuevos actores están empezando a mostrar interés en el Cáucaso, principalmente EE.UU. y la UE, lo cual significa un nuevo cambio radical para la región, que tradicionalmente solo había sido objeto de interés para Rusia, Turquía e Irán. Adicionalmente, la región también es de interés por su conexión con el Mar Caspio, donde Rusia tiene intereses ambientales y de recursos energéticos, pero esto solo concierne a Azerbaiyán (Naumkin, 2002).

La región también forma parte del “blizhneye zarubezhye” o “extranjero cercano” por ser territorio previamente perteneciente a la U.R.S.S. De este modo, esta percibida cercanía y relación geopolítica del “extranjero cercano” es uno de los principales motivos por los cuales Rusia busca mantener su influencia (Toal, 2007). De hecho, el ministro de relaciones exteriores Kozyrev declaró en 1992 que las exrepúblicas soviéticas constituían un espacio “post-imperial” en que Rusia debía defender sus intereses por todos los

medios (Abushov, 2009). Posteriormente, tanto Medvedev como Putin utilizarían los términos “zona de interés privilegiada” y “esfera de interés privilegiada” respectivamente para referirse al Cáucaso Sur (Sadiyev Saleh et al., 2020). Para cumplir este objetivo, se intentó incluir a todas las exrepúblicas soviéticas, incluidos los Estados caucásicos, en organizaciones internacionales lideradas por Rusia como la Comunidad de Estados Independientes (CIS) o la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Posteriormente, se buscaría acoplar a las repúblicas a otras organizaciones en el siglo XXI como la Organización de Cooperación de Shanghái o la Unión Económica Euroasiática para contrarrestar los avances de organizaciones de Occidente (Abushov, 2009; Sadiyev Saleh et al., 2020). Así, se puede identificar que una tendencia del accionar ruso en la región ha sido considerarla como un espacio en que Rusia, por su cercanía e importancia geopolítica, debe jugar un rol especial y, para lograrlo, se ha intentado involucrar a los Estados caucásicos a iniciativas e instituciones en que Rusia tiene alto grado de participación o liderazgo.

A diferencia de los Balcanes, donde Rusia decidió priorizar una política orientada al acercamiento y accionar conjunto con Occidente durante la primera mitad de los 90s, la política exterior sobre el Cáucaso y Asia Central estuvo dirigida a mantener los intereses propios de Rusia casi desde el inicio. Así, ya en los lineamientos de política exterior rusos de 1992, se enfatizaba el prevenir la expansión de conflictos cerca de la frontera rusa. Además, Rusia se oponía al involucramiento militar de terceros en los Estados aledaños y se promovía la inclusión de todas las exrepúblicas soviéticas a la CIS y a la OTSC. Estas medidas eran de interés para Rusia para prevenir el avance de otras potencias regionales como Turquía o Irán, que estaban interesadas en aprovechar el aparente vacío de poder que siguió al colapso de la Unión Soviética (Abushov, 2009; Roeder, 1997). De esta manera, el efecto que estos lineamientos tuvieron en el Cáucaso fue que se lograra incluir a Georgia, Armenia y Azerbaiyán en ambas organizaciones a comienzos de los 90s. Por otro lado, prevenir la expansión de los conflictos regionales existentes también era de suma importancia para Rusia. Esto se debía a que los conflictos en Abjasia, Osetia del Sur y Nagorno Karabaj eran impulsados por agendas nacionalistas y se temía que pudiesen expandirse a las regiones del Cáucaso Norte, como ocurrió en Chechenia (Abushov, 2009). De este modo, además de incorporar a las

exrepúblicas soviéticas a organizaciones internacionales rusas, el principal interés de Rusia durante esos años fue prevenir que se expandan los conflictos en el Cáucaso, para lo cual se buscó facilitar negociaciones de paz y establecer fuerzas de mantenimiento de paz rusas. Estos objetivos se lograron parcialmente con diferentes acuerdos de alto al fuego en 1992 con Osetia del Sur, y en 1994 con Abjasia y Nagorno Karabaj, aunque con este último no se llegó a establecer fuerzas de mantenimiento de paz (Markedonov, 2019). Cabe resaltar que los esfuerzos diplomáticos rusos para lograr los tres acuerdos de alto al fuego fueron reconocidos por Occidente y otras organizaciones internacionales, pero también generaron una ligera disconformidad por parte de Estados Unidos porque se percibía que Rusia había “congelado” los conflictos en lugar de verdaderamente resolverlos (Markedonov, 2019; Olcott, 2002).

Sin embargo, a pesar de que se puede identificar que lograr un cese al fuego en estos conflictos era parte del interés ruso en la región por lo mencionado en los lineamientos de política exterior de 1992 y 1993, se debe remarcar que los medios utilizados para lograr este objetivo a veces fueron contradictorios y es posible que haya habido intereses de trasfondo al momento de manejar estos conflictos. Un problema al momento de identificar y racionalizar el accionar ruso en el Cáucaso a comienzos de los 90s es el caos que siguió a la disolución de la U.R.S.S. Así, el accionar oficial del Estado ruso, representado por el ejecutivo de Yeltsin, fue en ocasiones opuesto a acciones tomadas por la Duma, los gobiernos regionales y el ejército (Abushov, 2009). De este modo, comprender el accionar, el interés y las motivaciones verdaderas de Rusia en este periodo es un asunto complejo.

En el caso de Georgia, desde el inicio del conflicto, Yeltsin manifestó un apoyo unilateral a Georgia y su integridad territorial por la ya mencionada preocupación de que entidades en el Cáucaso Norte sigan los pasos de Abjasia y Osetia del Sur en querer independizarse. Sin embargo, ambas entidades recibieron amplio apoyo por parte de regiones rusas del Cáucaso Norte, que proveyeron miles de voluntarios para apoyar las causas emancipatorias. Asimismo, se resalta que las fuerzas militantes abjasias obtuvieron amplio material bélico durante el transcurso del conflicto. Incluso si el material bélico fue provisto de manera independiente por la base militar rusa Gudauta en Abjasia

y no siguiendo directrices específicas de Moscú, se resalta que el gobierno ruso por lo menos toleró el apoyo de voluntarios (Abushov, 2009). Lo curioso es que tampoco se buscaba apoyar del todo a Georgia en su afán de reclamar ambos territorios militarmente debido a que se pensó que esto generaría un descontento generalizado en las regiones del Cáucaso Norte, y porque el presidente georgiano Gamsajurdia había seguido una retórica antirusa y muy nacionalista que también era fuente de preocupación para Rusia. De este modo, hay quienes piensan que Rusia sí estaba verdaderamente interesado en “congelar” los conflictos en Abjasia y Osetia del Sur, es decir, no resolverlos por completo y mantenerlos bajo control con acuerdos de alto al fuego. Esto aseguraría que los conflictos no se expandan, pero no permitiría ni la completa supresión de Abjasia y Osetia del Sur ni sus independencias, ambos considerados como resultados perjudiciales para Rusia. A su vez, parte de la literatura sobre este tema alude a que Rusia instrumentalizó este conflicto para asegurar que Georgia se uniera al CIS y al OTSC, y solamente habiendo ingresado a ambas organizaciones es que Georgia recibió apoyo militar ruso para estabilizar el país y se impuso sanciones a ambos Estados de facto por parte de Rusia, como embargos o bloqueos de pasaportes (Abushov, 2009; Sadiyev Saleh et al., 2020).

Con Armenia y Azerbaiyán ocurría algo similar debido a que, en principio, Rusia apoyaba la integridad territorial de Azerbaiyán para desincentivar otros intentos de insurrección en el Cáucaso Norte, posición que estaba conforme con la seguida en Abjasia y Osetia del Sur (Primakov, 2004). Sin embargo, varias fuentes resaltan que sí hubo un grado de apoyo del ejército ruso estacionado en Azerbaiyán hacia los armenios de Nagorno Karabaj, posiblemente por la identidad religiosa compartida. Asimismo, existe una amplia crítica desde la literatura azerí de que este apoyo hacia los armenios era compartido por el gobierno central de Moscú (Azer, 2013; Abushov, 2009). Igual que en el caso de Georgia, hay quienes opinan que Rusia utilizó el conflicto como instrumento para hacer que tanto Armenia como Azerbaiyán ingresen al CIS y al OTSC, hecho que se logró, aunque bajo la condición azerí de que no hubiera fuerzas de mantenimiento de paz rusas (Abushov, 2009). Sea cual sea el caso, queda claro que el interés ruso no fue más allá de prevenir la expansión de los conflictos en el Cáucaso, aún si esto no implicaba una solución duradera o una paz final. Además, se identifica que el objetivo más

importante de la política exterior rusa en ese momento era el de lograr que Georgia, Armenia y Azerbaiyán se unieran a la CIS y a la OTSC, para lo cual el accionar ruso en los conflictos de Abjasia, Osetia del Sur y Nagorno Karabaj fue un factor importante.

Por un tiempo, Rusia gozó de una política exterior caucásica relativamente estable, con los tres Estados caucásicos firmemente en las organizaciones internacionales rusas. Además, había cooperación con Occidente para fomentar mayores negociaciones entre las partes del conflicto de Nagorno Karabaj. El interés en esos años se tornó a los pequeños avances que Estados Unidos y Occidente estaban haciendo en la región, particularmente en lo concerniente al gas y petróleo azerí (Abushov, 2009). De este modo, comenzaron varias iniciativas financiadas por Occidente para explorar las reservas petroleras azeríes en el Mar Caspio y diversificar las rutas de hidrocarburos. Este fue el primer indicador de la competencia geopolítica que se avecinaba y el primer instante de preocupación para Rusia con lo concerniente a Occidente en el Cáucaso. No obstante, Rusia era consciente de que el desarrollo de nuevas rutas iba a ser inevitable, por lo que compañías rusas se adhirieron a las lucrativas oportunidades de negocio que los proyectos energéticos presentaban (Olcott, 2002; Naumkin, 2002).

Todo comenzó a cambiar a finales de los 90s. Por un lado, la CIS había fallado en integrar las políticas de seguridad de todos los Estados miembros e igual estaba empezando a ser amenazada por la administración de Clinton, cuya estrategia de seguridad en 1998 llamaba a la integración de algunos miembros de la CIS a organizaciones internacionales lideradas por EE.UU. (Abushov, 2009; Clinton, 1998). A su vez, tanto Georgia como Azerbaiyán quedaron desilusionadas con el accionar ruso y la participación de la OTSC para resolver de manera permanente el asunto de los Estados de facto en sus territorios. De este modo, ambos Estados junto con Uzbekistán decidieron salirse de la OTSC y llamaron a la retirada de bases rusas de sus territorios (Naumkin, 2002). Por otro lado, en el marco de la “guerra contra el terror” librada por la administración de Clinton, empezó a haber una cooperación militar estrecha entre EE.UU. y Georgia, y a menor nivel con Azerbaiyán. A esto se le sumaron las “revoluciones de colores”, una de las cuales ocurrió en Georgia, Estado que se mostraba cada vez más a favor del acercamiento a Occidente y mostraba voluntad por unirse a organizaciones

como la OTAN (Naumkin, 2002; Olcott, 2002; Nation, 2015). Para este punto, los intereses rusos de la década de los 90s de mantener su influencia en los Estados caucásicos a través de la CIS y OTSC claramente habían colapsado.

El nuevo milenio también vio un cambio en la manera en que Rusia gestionó su política exterior en el Cáucaso. El presidente desde el 2000, Vladimir Putin, inmediatamente cohesionó el accionar diplomático ruso al fortalecer al Estado central y reducir el poder de las élites locales, incluidas las del Cáucaso Norte. Asimismo, se ejecutó la operación militar que iniciaría la Segunda Guerra Chechena y se logró reestablecer un control efectivo de la región, aliviando así las preocupaciones de que más nacionalismos revolucionarios surjan en el Cáucaso Norte (Abushov, 2009; Kelkitli, 2008). Estos factores hicieron que el accionar ruso sea más asertivo en el Cáucaso Sur, donde el interés seguía siendo mantener la influencia rusa, pero ya no se consideraba que la CIS y la OTSC pudieran ser útiles para cumplir este cometido. Además, el continuo involucramiento de Occidente sobre los hidrocarburos y la cooperación militar llevaron a que la política de Putin sobre el Cáucaso Sur siga una lógica de competencia con Occidente, aún si en esos años Rusia mismo tenía aspiraciones de unirse a la OTAN (Abushov, 2009; Zonova y Reinhardt, 2014).

La relación más complicada fue con Georgia. Desde comienzos de los 2000s, había tensiones por la simpatía que Georgia había mostrado a la causa chechena y Rusia incrementó presiones para que se trabajase en detener toda actividad militante chechena en territorio georgiano. Más adelante, en 2003, la desconfianza hacia Georgia acrecentó por la presencia de instructores militares estadounidenses y la firma de un tratado de seguridad con Estados Unidos ratificado por el entonces presidente georgiano Mijeil Saakashvili, pero Rusia no hizo nada al respecto (Kelkitli, 2008). Además, en 2004, Rusia respondió política y diplomáticamente en defensa de Osetia del Sur ante provocaciones georgianas, e incluso hubo un escándalo de espionaje que llevó a la retirada de embajadores en 2006. No obstante, el punto de quiebre fue en 2008, con el estallido de la Guerra Ruso-Georgiana, que acabó con la expulsión de cualquier fuerza militar georgiana de Abjasia y Osetia del Sur, y fue seguida por el reconocimiento ruso de ambos Estados de facto. A este evento le siguió la retirada de Georgia del CIS y un lobby ruso a

favor del reconocimiento de los Estados de facto, que solo ha empeorado las relaciones (Abushov, 2009; Kelkitli, 2008; Markedonov, 2019). Después de estos acontecimientos, Georgia y Rusia mantuvieron relaciones relativamente distantes y calculadoras por varios años, con Georgia reforzando su retórica de acercamiento a la OTAN y firmando un Acuerdo de Asociación con la UE en 2014. Así, se mantuvo una relación accidentada por varios años, y la supuesta ocupación rusa o “anexión forzada” de Abjasia y Osetia del Sur permanecieron siendo elementos emblemáticos del discurso político georgiano, tanto así que las relaciones entre ambos Estados entraron en un periodo de crisis sin precedentes en 2019 (Markedonov, 2019).

Con Azerbaiyán se logró mantener una relación más estable, ya que se veía menos interesado en el acercamiento a la OTAN y más cooperativo en lo que concernía a Chechenia, a pesar de tener simpatías con Chechenia en el pasado. También, se logró llegar a un acuerdo trilateral en 2003 junto con Kazajistán acerca de las posesiones de los tres Estados sobre el Mar Caspio, factor de disputa a lo largo de los 90s (Kelkitli, 2008). Además, a pesar de que Azerbaiyán fuera partícipe de iniciativas energéticas que perjudicaron el control ruso del transporte de hidrocarburos, las empresas energéticas rusas han seguido invirtiendo en Azerbaiyán (Kelkitli, 2008; Markedonov, 2019). En esta línea, las medidas que Rusia ha tomado para neutralizar los percibidos avances de Occidente en materia de hidrocarburos, como el oleoducto “South Stream” para contrarrestar el oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan, no han provocado amenazas o enfrentamientos con Azerbaiyán (Nation, 2015). Cabe resaltar que también ha continuado la cooperación militar entre ambos Estados, y Rusia ha mantenido su rol de mediador sobre el conflicto de Nagorno Karabaj, el cual Azerbaiyán valora por el continuo apoyo diplomático que Rusia ha presentado sobre la integridad territorial azerí. Sin embargo, si bien Azerbaiyán no se ha mostrado muy interesado en la OTAN ni en el AA con la Unión Europea, tampoco muestra mucho interés por regresar a organizaciones internacionales lideradas por Rusia como la OTSC ni por adherirse a nuevas como la Unión Euroasiática, aunque sí sigue siendo miembro del CIS (Markedonov, 2019; Rumer et al., 2017). Más aún, Azerbaiyán se ha mostrado más dispuesto a acercarse a Turquía, quien ha demostrado mucho más apoyo a la causa azerí en Nagorno Karabaj, proveyendo apoyo diplomático y militar más asertivo que el ruso debido a que Rusia buscaba balancear la

relación entre Armenia y Azerbaiyán. Además, se resalta el hecho de que Azerbaiyán no se ha unido a iniciativas rusas recientes como la Unión Económica Euroasiática, pero sí a iniciativas turcas como la Organización de Estados Túrquicos, demostrando así que simplemente hay una voluntad política más favorable a Turquía que a Rusia (Arakelyan y Kassab, 2024; Organization of Turkic States, 2024).

Armenia se constituyó como el aliado más cercano de Rusia en el Cáucaso. De los tres Estados caucásicos, fue el único que permaneció tanto en la CIS como en la OTSC, y la política exterior rusa ha priorizado mantener relaciones estrechas con Armenia debido a las dificultades con los dos otros Estados caucásicos (Kelkitli, 2008; Abushov, 2009; Nation, 2015). Para lograr este objetivo, Rusia ha aprovechado el hecho de que Armenia se encontraba en una posición paupérrima ya que ha tenido relaciones hostiles con Azerbaiyán y fronteras cerradas con Turquía por el conflicto en Nagorno Karabaj desde su independencia. Armenia tampoco formó parte de los proyectos de integración de la región como el oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan, lo cual lo ha dejado como el Estado más dependiente del comercio con Rusia. De este modo, desde su independencia, Rusia ha podido instrumentalizar la dependencia económica y de recursos para sostener su relación con Armenia, y a lo largo de los años esta dependencia se ha acrecentado con mayores olas de inversión rusas (Kelkitli, 2008; Nation, 2015). Incluso cuando Armenia buscó entusiásticamente obtener un AA con la UE en 2014, la presión rusa hizo que Armenia terminara por no firmar el acuerdo y optara por uno con la Unión Económica Euroasiática (Nation, 2015; Rumer et al., 2017). Más allá de esto, Armenia también mantiene una relación cercana a Rusia por varios acuerdos militares o de seguridad, y también aprecia el apoyo ruso en mediar el conflicto en Nagorno Karabaj, ya que se consideraba que era el involucramiento ruso lo que prevenía que se desatase una nueva ofensiva militar. Cabe resaltar que, en años recientes, nuevos gobiernos en Armenia han empezado a cuestionar la influencia rusa en la política nacional, particularmente el primer ministro armenio Nikol Pashinián, pero igualmente se busca mantener una buena relación de cooperación estratégica (Markedonov, 2019).

En suma, a partir de los 2000s, el interés ruso de mantener influencia en el Cáucaso ha sido perseguido a través de una política exterior más asertiva para contrarrestar la

influencia de actores externos (Sadiyev Saleh et al., 2020). Esta política exterior ha sido diferente para Georgia, Armenia y Azerbaiyán debido a los diferentes tipos de relación que Rusia mantiene con estos Estados. Sin embargo, se identifica que Rusia no ha tenido demasiado éxito en lograr sus objetivos. En el presente, la influencia rusa en la región está en su punto más crítico. Primero, hay una crisis en la relación con Armenia debido a que Rusia no fue capaz de proteger a la autoproclamada República de Artsaj. Segundo, Azerbaiyán no ha buscado acercarse ni a Occidente ni a Rusia, sino a Turquía, cuya relación está en su punto más alto debido al apoyo turco en reclamar el territorio de Nagorno Karabaj (Broers, 2023; Markedonov, 2024). Tercero, la relación con Georgia hace años que es conflictiva y, en el marco de la guerra en Ucrania, Georgia está completamente del lado de Occidente y busca entrar en sus organizaciones internacionales. Por último, hay nuevos actores en la región como China o India que están empezando a ganar influencia, y Turquía se ha establecido como un actor cuyos intereses en el Cáucaso no pueden ser obviados (Markedonov, 2024). Actualmente, el interés ruso de mantener su influencia en la región parece inalcanzable y el conflicto en Ucrania ha dificultado aún más asignar recursos hacia el Cáucaso.

4.1.8. Rusia y Artsaj

Fue la Unión Soviética, Estado predecesor de Rusia, quien estableció la región de Nagorno Karabaj como una entidad política por primera vez en 1923 y, desde entonces, permaneció como un óblast autónomo dentro de la RSS de Azerbaiyán. En el marco de la Primera Guerra de Nagorno Karabaj, sin embargo, la U.R.S.S. tuvo poco involucramiento, lo cual contribuyó al crecimiento de fuerzas paramilitares armenias y azeríes en la región, y no pudo evitar las matanzas entre ambos grupos (Peña, 2023). Las medidas más notorias tomadas desde Moscú fueron el envío de soldados para pacificar Azerbaiyán como respuesta a los pogromos contra armenios y el envío de autoridades gubernamentales para apaciguar tanto a las autoridades de Baku como de Stepanakert, aunque ambas acciones recién ocurrieron en 1990 (Peña, 2023; Primakov, 2004). Posteriormente, Artsaj declaró su independencia el 2 de setiembre de 1991, 3 días después de que Azerbaiyán mismo declarara su independencia en el marco de la crisis que siguió al intento de golpe de Estado en Moscú en agosto de ese mismo año. Esta situación de crisis hizo que no se le prestara atención a la declaración de independencia

artsají, la cual quedó efectivamente ignorada por las autoridades rusas y soviéticas (Souleimanov, 2005).

Con el colapso de la Unión Soviética en diciembre de 1991, las tropas rusas en Nagorno Karabaj abandonaron sus puestos y la guerra entró en su periodo más crítico (Peña, 2023). Como se mencionó anteriormente, el caos que generó el colapso de la Unión Soviética significó un accionar confuso por parte de la nueva Federación de Rusia, ya que había poca coordinación entre el ejecutivo, el legislativo, y otros ministerios. Con Artsaj, esto se manifestó de la siguiente manera: el ejecutivo nunca reconoció al Estado de facto ni puso en duda la integridad territorial azerí, algunas tropas rusas que previamente habían estado estacionadas en Nagorno Karabaj se unieron a los esfuerzos militares artsajíes, varios comandantes de bases militares rusas en el Cáucaso actuaron de manera independiente y el ministerio de defensa no tenía ninguna política específica sobre qué hacer respecto al Cáucaso Sur (Peña, 2023; Souleimanov, 2005). De esta manera, a pesar de acciones individuales de militares rusos estacionados en la región, la posición oficial rusa en los primeros meses de su existencia como Estado fue prácticamente ignorar el conflicto mientras que se resolvían otros problemas internos (Peña, 2023).

Recién entre 1992 y 1993 se logró formular una estrategia y posición específica sobre la cual Rusia podría actuar, aunque esta no fue únicamente para Artsaj. En esos años, Rusia marcó como objetivo inmediato en su política exterior evitar la expansión de los conflictos de la región e incluir a las nuevas repúblicas independientes a la CIS y a la OTSC (Abushov, 2009; Roeder, 1997). Lo que esto significó para Artsaj de manera inmediata fue que Rusia se esmeró por lograr un alto al fuego. En 1993, los acontecimientos en el campo de batalla fueron más favorables a Armenia, lo cual generó que Azerbaiyán estuviera más dispuesto a aceptar la mediación rusa. Esto condujo a la firma del alto al fuego en 1994, la cual fue mediada exclusivamente por Rusia e incluyó a los líderes de Armenia, Azerbaiyán y Artsaj (Peña, 2023; Kocharyan, 2016). Cabe resaltar que, entre 1993 y 1994, Rusia abasteció a Armenia con armamento proveniente de bases militares rusas en Georgia, y hay investigadores que argumentan que el material bélico que se suministró fue en realidad significativamente más abundante de lo reconocido por

fuentes oficiales rusas (Peña, 2023). Sin embargo, aunque haya sido en el marco de la guerra, no se puede considerar a esto como apoyo directo a Artsaj, porque la venta y suministro de armas fue específicamente para la República de Armenia.

Una vez logrado el alto al fuego, se buscó trabajar con el Grupo Minsk para facilitar negociaciones entre las partes. Así, desde 1995, la manera en que Rusia estuvo directamente involucrada con Artsaj es a través del Grupo Minsk como uno de los tres copresidentes junto a Estados Unidos y Francia (Kocharyan 2016). Debido a la cercanía con Armenia y Azerbaiyán, y al ser el Estado con mayor presencia en el Cáucaso de los tres copresidentes, Rusia solía tener la delegación diplomática de mayor rango, lo cual demostraba su interés en el proceso de negociación (Perina y Kennedy, 2013). No obstante, si bien el Grupo Minsk fue la única entidad que llegó a constituirse como un verdadero foro de negociación entre todas las partes involucradas en el conflicto, incluida la República de Artsaj, no tuvo demasiado éxito en el largo plazo (Peña, 2023).

A pesar de la proactividad rusa en el Grupo Minsk, se observa que Rusia posiblemente estuvo mucho más interesado por el conflicto de Nagorno Karabaj y su rol como mediador que en Artsaj en sí. Desde esta visión, se percibe que el apoyo material brindado a Armenia e indirectamente a Artsaj en los últimos años de la guerra fue para compeler a Azerbaiyán de unirse a la CIS y a la OTSC en un momento donde Armenia se estaba mostrando mucho más dispuesto a permitir presencia militar rusa en sus bordes y adherirse a estas organizaciones mientras que Azerbaiyán estaba pidiendo la salida de bases militares exsoviéticas. De este modo, no fue sino hasta que Azerbaiyán accedió a unirse al CIS que Rusia le empezó a proveer material bélico similar al entregado a Armenia, y recién se logró el alto al fuego en 1994 (Abushov, 2009; Sprague, 2016). Aún si no hubiese habido intención de coacción, el rol mediador ruso sobre el conflicto era valorado en ambos Estados y, por ello, fue utilizado como factor de influencia en los años siguientes. Así, Azerbaiyán consideraba a Rusia como un aliado vital en cuanto a la situación de Nagorno Karabaj y se apreciaba continuamente el hecho de que Rusia respetara su integridad territorial. Por otro lado, Armenia consideraba a Rusia como un aliado vital porque se apreciaba el rol mediador que se creía que impedía una nueva escalada del conflicto (Markedonov, 2019). De este modo, una gran parte de la literatura

acepta que Rusia se beneficiaba considerablemente más con el statu quo del conflicto que con cualquier tipo de solución final para así mantener su influencia en ambos Estados caucásicos. Además, el conflicto suele ser enmarcado dentro de los “conflictos congelados” que Rusia supuestamente mantiene en Europa y el Cáucaso para su beneficio propio, como Transnistria, Abjasia u Osetia del Sur (Nation, 2015; Abushov, 2009; Sadiyev Saleh et al., 2020).

No obstante, también es posible que esta literatura, producida mayoritariamente en Occidente, esté sesgada para criticar el accionar ruso. Por ejemplo, se suele obviar el hecho de que Rusia también proveyó armamento y servicios de inteligencia a Azerbaiyán durante la guerra, a pesar de que empezara más tarde que el apoyo otorgado a Armenia (Sprague, 2016). Más aún, la literatura que estudia a fondo el conflicto en Nagorno Karabaj suele coincidir en que Artsaj es un caso muy diferente al del resto de “conflictos congelados” y Estados de facto mencionados ya que Rusia no es el Estado patrocinador de Artsaj. Esto se observa en que, a diferencia de casos como Transnistria, Rusia no destinó ningún tipo de recursos directamente a Artsaj, y a diferencia de Abjasia u Osetia del Sur, Rusia no tuvo presencia militar sino hasta 2020 cuando recién pudo establecer fuerzas de mantenimiento de paz (Nation, 2015; Mehrabi, 2018; Meydan, 2018). A esto se le suma el hecho de que Armenia y Azerbaiyán nunca fueron capaces de llegar a un entendimiento, lo cual volvió realísticamente imposible para Rusia formular una solución y al mismo tiempo balancear las relaciones con ambos Estados, lo cual era su interés principal. Esta es la misma razón por la que el Grupo Minsk nunca pudo formular soluciones concretas, pese a los recursos e influencia considerables de Rusia y los otros dos copresidentes (Peña, 2023; Perina y Kennedy, 2013). En palabras del embajador Rudolf Perina, representante estadounidense en el Grupo Minsk: “Russia could possibly block a settlement but it could not make one happen. Nobody could force a settlement on the Armenians and the Azeris. It was too big and too emotional an issue for both sides” (Perina y Kennedy, 2013). Sencillamente, Rusia nunca poseyó tal control sobre Artsaj ni del conflicto de Nagorno Karabaj como para llegar a una solución o “descongelar” el conflicto cuando quisiese, aún si ese hubiese sido su objetivo. A menos que Rusia hubiera intervenido militarmente, tanto Armenia como Azerbaiyán probablemente hubieran mantenido su postura, y Artsaj hubiera intentado sobrevivir hasta el final como finalmente

ocurrió. Por otro lado, es importante remarcar que sí hubo esfuerzos verdaderos para mejorar la relación entre ambos Estados caucásicos y solucionar la situación de Nagorno Karabaj, ya sea en el marco del Grupo Minsk o en otros momentos, como las reuniones entre líderes armenios y azeríes auspiciada por Rusia en 2008, 2011 o 2014 (Abushov, 2009; Kocharyan, 2016).

En cualquier caso, queda claro que, durante los 90s y principios de los 2000s, reconocer a Artsaj no formaba parte de los intereses rusos en la región ya que esto claramente jugaría en contra del frágil balance entre Armenia y Azerbaiyán que venía construyendo desde el principio. La postura que se siguió con respecto a todos los conflictos étnicos de la época fue el de preservar la integridad territorial de los Estados existentes, pero respetando los derechos de las minorías étnicas en aquellos Estados. Entonces, como el exministro de relaciones exteriores Primakov (2004) tan elocuentemente mencionó: "Taking into consideration that two thousand nationalities and peoples live in more than 150 states, one can conclude that the general policy should be to ensure the rights of national minorities in multinational states". De este modo, Rusia continuó apoyando la integridad territorial de Azerbaiyán, pero argumentaba que igualmente debían establecerse garantías de seguridad para los armenios artsajíes. De hecho, esto estaba dentro de los llamados "Principios de Madrid", una serie de puntos guía del Grupo Minsk que estipulaban que el territorio de Nagorno Karabaj debía ser devuelto al control azerí, pero proponían una serie de garantías para que pueda haber autogobierno y seguridad para los armenios artsajíes (Kocharyan, 2016). Así, como en Estados Unidos, se observa un interés, aunque sea nominal, por resolver el conflicto y proteger a la población de Artsaj, pero no por el reconocimiento del Estado de facto.

Es preciso remarcar que, entre 2008 y 2009, hubo un cambio en la posición rusa respecto a los Estados de facto del Cáucaso. Los acontecimientos en Kosovo, la Guerra Ruso-Georgiana y el creciente confrontamiento con Occidente contribuyeron a la decisión de Medvedev de reconocer a la República de Abjasia y a la República de Osetia del Sur (Nation, 2015). Este fue un giro radical en lo que concierne a la política exterior rusa ya que rompía con el respeto al Derecho Internacional de la doctrina Primakov porque se estaba cuestionando la integridad territorial de un Estado sin su consentimiento, Georgia.

Además, en 2009, la operación militar en Chechenia oficialmente acabó, dando fin a la Segunda Guerra Chechena. Estos acontecimientos daban a entender que los conflictos en el Cáucaso ya no eran fuente de preocupación para Rusia en tanto pudieran incentivar movimientos nacionalistas dentro de la federación y demostraban que Rusia estaba dispuesta a reconocer a Estados de facto si lo consideraba conveniente (Abushov, 2009; Kelkitli, 2008). Indudablemente, este momento fue una coyuntura crítica en donde, quizás, la posición rusa respecto a Artsaj pudo haber cambiado ya que, con los reconocimientos de Abjasia y Osetia del Sur, la posibilidad de reconocer a Artsaj pareciera haber sido más favorable en esos años que en la década anterior. En una rueda de prensa en 2020, el presidente ruso Vladimir Putin mencionó que Rusia en 2008 estaba reconociendo el derecho de libre determinación del pueblo abjasio y osetio, y aludió a que pudo haber sido posible reconocer el derecho del pueblo artsají también. De la misma manera, aludió a que esto pudo ocurrir de haber habido un reconocimiento de Armenia, pero como nunca hubo ningún cuestionamiento oficial de que Nagorno Karabaj era territorio azerí, Rusia mantuvo su postura (Sassounian, 2020). En cualquier caso, Rusia nunca comunicó esta supuesta voluntad de considerar la posibilidad de reconocimiento y, por como pasaron las cosas, no llegó a formarse una postura a favor de reconocer a Artsaj. De este modo, a pesar de los cambios en la política exterior rusa en el 2008, no hubo ningún cambio en la postura sobre Artsaj, manteniéndose así el statu quo del conflicto mientras continuaron los esfuerzos de negociación a través del Grupo Minsk.

Similar a Estados Unidos, las relaciones que hubo entre Rusia y Artsaj se han dado de manera extraoficial ya que, fuera del Grupo Minsk, el Estado ruso no posee ningún tipo de comunicación directa oficial con las autoridades artsajíes. Desde sus inicios, Artsaj ha buscado establecer lazos extraoficiales con comités o grupos especiales parlamentarios de diferentes Estados, así como ONGs u otras organizaciones en el extranjero. Rusia, al ser un país cercano geográficamente y por ser una potencia influyente en la región, es un Estado con quien Artsaj ha establecido estos contactos (Avakian, 2015). Además, Rusia es uno de los pocos Estados donde Artsaj mantuvo oficinas oficiales permanentes, siendo el Representante Permanente de Artsaj a la Federación de Rusia el señor Albert Andryan (Avakian, 2015; Office of the Nagorno Karabakh Republic, 2023). Más allá de eso, Rusia también se ha relacionado con Artsaj

de manera indirecta como cuando envió misiones para monitorear las elecciones presidenciales y parlamentarias en el Estado de facto. Este procedimiento no solo lo siguió Rusia, ya que hay otros Estados que también suelen monitorear, pero Rusia lo ha hecho de manera consistente y con delegaciones propias (Avakian, 2015).

En cuanto a encuentros extraoficiales, se resalta la visita a Stepanakert del congresista ruso Vitaly Milonov, miembro del partido político de Putin, Rusia Unida. Este encuentro se dio en el marco de la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj, donde Milonov se reunió con el presidente artsají, Arayik Harutyunyan, y discutieron sobre el rol que Rusia tendría en lograr una solución duradera (Hetq, 2020). Un año más tarde, el viceministro de defensa ruso Dimitri Bulgákov también visitaría Artsaj, convirtiéndose en el funcionario ruso de mayor nivel en visitar el territorio de Nagorno Karabaj en más de dos décadas. No obstante, esta visita era para inspeccionar la labor de las fuerzas de mantenimiento de paz rusas estacionadas en la región, y no se sabe con certeza si se llegó a reunir con algún funcionario artsají (Sanamyan, 2021).

En 2020, estalló la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj, lo cual significó algunos cambios en el accionar ruso. La guerra se libró del 27 de setiembre al 10 de noviembre, periodo en que las fuerzas armenias y artsajíes fueron rotundamente derrotadas por Azerbaiyán. Cabe resaltar que tanto Armenia como Azerbaiyán habían comprado armamento ruso significativo en los años anteriores, pero la capacidad adquisitiva azerí era simplemente superior, hecho al que se le sumó el apoyo de Turquía, quien suministró armamento y entrenó a mercenarios (Peña, 2023). El cambio en el accionar ruso se observa en que Rusia dejó de lado todo lo trabajado junto al Grupo Minsk y optó por una mediación independiente con ayuda de Turquía. Esto le permitió a Rusia actuar de manera más libre para asegurar sus intereses (Arakelyan y Kassab, 2023; Peña, 2023). En ese momento, el interés ruso en el Cáucaso continuaba siendo mantener su influencia en la región, pero ahora estaba mucho más enmarcado en la confrontación entre Rusia y Occidente (Abushov, 2009; Zonova y Reinhardt, 2014). Entonces, Rusia utilizó esta oportunidad para excluir a Occidente del proceso de resolución del conflicto. Por ejemplo, Rusia directamente bloqueó la propuesta hecha por el primer ministro armenio Nikol Pashinián de invitar a fuerzas de mantenimiento de paz escandinavas porque el gobierno

ruso se negaba a permitir involucramiento occidental (Arakelyan y Kassab, 2023; Peña, 2023). En cambio, se utilizó esta oportunidad para finalmente cumplir con el objetivo de tener presencia militar en la región. Esto había sido un interés ruso desde comienzos de los 90s, pero nunca se logró debido a que Azerbaiyán se negó a aceptar fuerzas de mantenimiento de paz rusas como condición para entrar en la OTSC en 1994 (Abushov, 2009; De Waal, 2010). Con Azerbaiyán más satisfecho por su reciente victoria y por otras condiciones impuestas a Armenia, finalmente se aceptó que hubiera fuerzas de mantenimiento de paz rusas en Nagorno Karabaj (Arakelyan y Kassab, 2023; Anggraeni, 2022). A su vez, hay autores que indican que, al lograr un nuevo alto al fuego tan favorable a Azerbaiyán, Rusia no solo mejoraba su relación con Azerbaiyán, sino que también agudizaba la percibida dependencia armenia de Rusia en materia de seguridad y sobre garantizar la supervivencia de Artsaj. En ambos casos, esto solo acrecentaba la influencia de Rusia, lo cual era parte de su interés en la región (Anggraeni, 2022).

Este comportamiento indicaba que, nuevamente, Rusia estaba más interesado en instrumentalizar el conflicto para ganar influencia que en Artsaj en sí. De hecho, toda posibilidad de reconocer a Artsaj acabó con la guerra, ya que Armenia fue coaccionado a reconocer la integridad territorial de Azerbaiyán, acto simbólico que indicaba que ya no consideraba a Artsaj como Estado de facto (Arakelyan y Kassab, 2023). Si lo mencionado por Putin en la rueda de prensa de 2020 es verídico, esto marcaría el fin de cualquier supuesta potencial voluntad de Rusia por reconocer a Artsaj (Sassounian, 2020). Para este punto, se podría afirmar que el reconocimiento artsají estaba incluso en contra de los intereses rusos, ya que había sido el alto al fuego auspiciado por Rusia y el subsecuente proceso de normalización de relaciones lo que hicieron que Armenia opte por reconocer la soberanía azerí sobre el territorio de Nagorno Karabaj. Si Armenia hubiese reconocido a Artsaj después del alto al fuego, se hubiera desacreditado el proceso de paz que Rusia estaba organizando y probablemente hubiera provocado que Azerbaiyán responda militarmente.

El conflicto en Ucrania de 2022 también influyó en la política exterior rusa sobre el Cáucaso Sur. A medida que el conflicto se alargaba por más de lo que Rusia había anticipado, las relaciones con Azerbaiyán y Turquía se volvieron vitales. Por un lado,

Turquía se volvió en uno de los socios comerciales más importantes de Rusia ante el gran número de sanciones que recibió. Mantener el apoyo azerí también era importante porque Azerbaiyán siempre había seguido un balance entre Rusia y Occidente, y se quería evitar que su apoyo se volcara hacia Occidente como ocurrió con Georgia. Además, Azerbaiyán era de vital importancia para los proyectos y rutas de transporte que conectaban a Rusia con su otro socio estratégico sureño, Irán (Gadimova-Akbulut, 2024). De este modo, el conflicto en Ucrania afectó las políticas rusas respecto al Cáucaso Sur de modo que había un nuevo cálculo de prioridades en que Rusia estaba dispuesto a ceder su influencia en la región del Cáucaso para ganar más apoyo en lo concerniente a Ucrania. Así, por ejemplo, Rusia toleró las primeras agresiones azeríes sobre Artsaj en 2022, y las fuerzas de mantenimiento de paz rusas poco hicieron respecto a estos avances o el cierre del corredor de Lachín (Gadimova-Akbulut, 2024; Arakelyan y Kassab, 2023). En simultáneo, la guerra en Ucrania deshizo la cooperación y el accionar conjunto del Grupo Minsk, que ya se había visto debilitado por la decisión rusa de mediar el conflicto de 2020 por sí solo (Gadimova-Akbulut, 2024).

Finalmente, Rusia fue incapaz de sostener sus intereses en la región y perdió toda injerencia sobre Nagorno Karabaj con la ofensiva azerí de 2023. A pesar de que Rusia seguía teniendo un interés expreso por garantizar la seguridad de la población artsají, simplemente no había incentivo para Rusia de intervenir ya que esto hubiera perjudicado su relación con Azerbaiyán en un momento crucial en que necesitaba mantener su apoyo en el marco del conflicto en Ucrania (Gadimova-Akbulut, 2024; Broers, 2024). De este modo, aunque no intervenir significase un desprestigio de la operación de paz rusa y críticas severas por parte de la comunidad internacional, el cálculo de intereses sobre los cuales Rusia actuó en ese momento determinó que era más conveniente favorecer la causa azerí que la artsají (Arakelyan y Kassab, 2024; Broers, 2023). En la actualidad, la incapacidad rusa de mantener el conflicto de Nagorno Karabaj bajo su control ha generado que la cooperación con Armenia se encuentre en su momento más bajo y que, a pesar de que se haya mantenido una buena relación con Azerbaiyán, este se ha unido más a Turquía como aliado regional (Markedonov, 2024).

En síntesis, a pesar de que sí hubo un interés ruso por resolver el conflicto de Nagorno Karabaj y de salvaguardar a la población artsají, nunca se manifestó un interés por reconocer a Artsaj. La relación con Artsaj se realizó principalmente mediante el Grupo Minsk, que no llegó a generar soluciones concretas. Por otro lado, a lo largo de los años, se observa que Rusia estuvo más interesado en instrumentalizar el conflicto para mantener su influencia con Armenia y Azerbaiyán. Curiosamente, comenzando en 2008, hubo un momento donde Rusia posiblemente estuvo abierto a la posibilidad de reconocer a Artsaj por el cambio en la política exterior rusa que permitió el reconocimiento de Abjasia y Osetia del Sur. Sin embargo, nunca se dieron las condiciones necesarias para que reconocer a Artsaj se alineara directamente con los intereses rusos en el Cáucaso y, tras la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj, este margen de oportunidad se cerró, ya que Rusia apoyaba el hecho de que Armenia reconociera la integridad territorial azerí para facilitar el proceso de negociación.

4.2. Los Estados afines: Albania y Armenia

4.2.1. Albania y Kosovo

Albania es el Estado afín de Kosovo pues comparte lazos culturales, históricos, religiosos y étnicos con su vecino. Cuando Albania se constituyó como Estado por primera vez en 1912 los límites no fueron decididos de manera inmediata, pues las potencias europeas del momento eran quienes finalmente iban a determinar las nuevas fronteras de los Balcanes tras la Primera Guerra Balcánica. Los albaneses aspiraban a tener un Estado que abarque todo el territorio donde había una mayoría albanesa, siguiendo ideas como las de la “Gran Serbia”, que desde hace tiempo perseguía una meta similar para los territorios con mayoría serbia. Sin embargo, esto no sucedió, y solo la mitad de la población albanesa quedó dentro de la Albania que se formó (Ardolic, 2009). En aquel momento, Albania no tuvo más opción que aceptar el nuevo orden que le fue impuesto, pero esto no impidió que se mantuvieran sentimientos de cercanía y afinidad con el resto de los albaneses en los Balcanes. Así, un gran número de albaneses quedaron fuera de este primer Estado de Albania, principalmente en la provincia de Kosovo en Serbia, regiones de la futura Macedonia del Norte, dentro de Montenegro y en el noroeste de Grecia (Austin, 2006; Ardolic, 2009)

En este punto se debe explicar la idea de la “Gran Albania”. Similar a la “Gran Serbia”, esta implica unificar todas las áreas donde haya mayoría albanesa en un solo Estado. Esta idea surgió a finales del siglo XIX y se manifestó a través de diferentes movimientos nacionalistas que no obtuvieron mucho éxito (Austin, 2006; Ardolic, 2009). El caos de la primera mitad del siglo XX también impidió que este sueño se llegara a materializar y fue solo durante la ocupación italiana en la Segunda Guerra Mundial donde hubo un breve momento de unificación de la mayoría del pueblo albanés bajo una sola autoridad política. Sin embargo, estos esfuerzos no pueden ser considerados como un verdadero intento por las autoridades de Albania para lograr una “Gran Albania”, ya que fueron las autoridades italianas las que llevaron a cabo todo este proceso con la esperanza de ganar mayor apoyo local (Austin, 2006). Igualmente, los bordes regresaron a la normalidad cuando acabó el conflicto y, a pesar de que el nuevo líder albanés Enver Hoxha se pronunció a favor de la adhesión de territorios con mayoría albanesa al Estado de Albania, no hubo mayor lucha por obtener este objetivo, ya que Albania en ese momento, como en las décadas anteriores, estaba priorizando su propia supervivencia. Siguiendo esta lógica, no era conveniente fomentar hostilidades con la Yugoslavia de Tito por la gran asimetría entre los dos Estados (Austin, 2006; Çeku, 2016).

Desde entonces, a pesar de estar en territorios o Estados separados, los albaneses de Albania y Kosovo siempre han sentido un fuerte vínculo entre ellos, aún si, en la realidad, las conexiones entre ambos grupos fueron limitadas. En términos de infraestructura, nunca hubo demasiadas carreteras o rutas que permitieran a los albaneses kosovares ir con facilidad hacia Albania o viceversa (Weizman, 2024). Además, considerando la gélida relación que tuvieron Albania y Yugoslavia por gran parte de la Guerra Fría, por mucho tiempo Albania no pudo establecer redes de contacto con la población albanesa en Kosovo (Çeku, 2016, Weizman, 2024).

A su vez, la voluntad por conseguir una “Gran Albania” nunca fue continuada de manera oficial por el gobierno comunista de Hoxha tras la Segunda Guerra Mundial. De hecho, Albania siempre ha insistido en que ningún gobierno albanés ha seguido de manera oficial el objetivo de formar una “Gran Albania”, y argumentan que esta idea ha sido promovida desde Serbia y Macedonia del Norte para generar sentimiento anti

albanés y securitizar la cuestión de las minorías albanesas en sus territorios (Çeku, 2016; Ardolic, 2009). El principal motivo por el cual Hoxha nunca se pronunció de manera oficial a favor de una integración de Kosovo a Albania parece haber sido el hecho de que cuestionar la integridad territorial de un Estado siempre ha sido visto de mala manera en la comunidad internacional y que, comparativamente, las capacidades militares de Albania siempre fueron inferiores a las de Yugoslavia (Çeku, 2016). A pesar de ello, sí existe evidencia del deseo de Hoxha por lograr la unificación, como una conversación privada con Tito en 1946 sobre la cuestión de Kosovo y una carta enviada en 1949 al Partido Comunista Soviético en que Hoxha escribió: “We consider that Kosova and the part of Macedonia bordering on Albania in which the Albanians live should be united to Albania” (Çeku, 2016; Austin, 2006). Entonces, mientras Hoxha estuvo en el poder, se demuestra que sí hubo voluntad por incorporar las áreas de mayoría albanesa de los Estados vecinos, pero esta nunca fue la postura oficial de Albania como Estado.

No obstante, la cuestión de Kosovo siguió siendo un punto de interés recurrente en la política exterior de Hoxha, quien hizo alusión a la posibilidad futura de integrar a los albaneses kosovares a Albania numerosas veces. Por este motivo, la política de Albania sobre Kosovo fue muchas veces ambigua y atravesó varias etapas. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Kosovo no fue un tema prioritario en la política exterior por la devastación en que había quedado Albania tras el conflicto (Austin, 2006). Recién entre 1948 y 1949, con el desentendimiento entre Yugoslavia y la Unión Soviética, es que Hoxha incluyó el tema de Kosovo en su política exterior. Esencialmente, se encasilló la cuestión de Kosovo en lo ideológico, ya que Albania acusaba a la Yugoslavia de Tito de ser antimarxista e instaba a los albaneses kosovares a seguir un comunismo correcto, con el mensaje de trasfondo de que esto pueda llevarlos a una revolución. De este modo, Hoxha buscó el apoyo de la Unión Soviética con la esperanza de que pueda apoyar a los albaneses kosovares por motivos ideológicos, razón por la cual se envió la carta en 1949. Sin embargo, como Yugoslavia se acercó en esos años ligeramente a Occidente, prontamente se abandonaron estas ideas porque una confrontación directa entre la U.R.S.S. y Occidente era impensable (Çeku, 2016). Desde este punto es que comenzó la fría relación entre Yugoslavia y Albania, que impidió mucha interconexión con los albaneses kosovares por varios años.

Durante los 50s, hubo algunos intentos por mejorar las relaciones con Yugoslavia. Por este motivo, durante este periodo la cuestión de Kosovo y la situación de los albaneses kosovares solo era utilizada a manera de crítica contra Yugoslavia cuando las relaciones entre ambos Estados eran tensas, mientras que no se abordaba en momentos donde no había tensión. Durante los 60s y 70s hubo un acercamiento incluso mayor con Yugoslavia debido al distanciamiento político y diplomático entre Albania y la U.R.S.S. en 1961. En este periodo, se crearon diferentes departamentos y comisiones dentro de algunos ministerios albaneses para abordar específicamente la cuestión de Kosovo. Esto, sumado a una mayor cooperación cultural entre Albania y la región de Kosovo por el acercamiento con Yugoslavia, permitió al gobierno albanés estar mejor comunicado con las agrupaciones políticas ilegales kosovares, que estaban empezando a formarse y a formular sus demandas (Çeku, 2016).

Sin embargo, a pesar de que algunas agrupaciones kosovares solicitasen el apoyo diplomático oficial de Albania, Albania fue muy precavida para no dañar la relación con Yugoslavia. De este modo, no se apoyó oficialmente a ninguna agrupación dentro de Kosovo, pero se les incitó a que continuaran la lucha interna para ganar más derechos y más libertades a través de propaganda (Çeku, 2016). Por ejemplo, los albaneses kosovares lograron mejorar su estatus de “región autónoma” a “provincia autónoma” en 1963 y, con la Constitución de 1974, Kosovo adquirió una autonomía considerable que convirtió al territorio en una de las ocho unidades oficiales que conformaban la federación, aunque manteniéndose dentro de la República Socialista de Serbia (Rogel, 2003). Todos estos acontecimientos fueron bien recibidos por las autoridades albanesas. A pesar de esto, cabe resaltar que el gobierno de Hoxha buscó establecer mayores redes de contacto con los grupos kosovares que abogaban por una unificación de Kosovo con Albania y no tanto con aquellos grupos que estaban más interesados en formar un Kosovo independiente (Çeku, 2016).

Adicionalmente, la posición oficial de Albania sostenía que la lucha armada sería un error fatal puesto que los kosovares por sí solos nunca podrían contra las fuerzas armadas yugoslavas. Por ese motivo, se buscó relacionar la lucha kosovar con las de las otras nacionalidades dentro de Yugoslavia (Çeku, 2016). En suma, a pesar de tener

ciertas simpatías por grupos políticos kosovares que abogaban por la unificación de albaneses en un solo Estado, Albania no ofreció ningún apoyo oficial a estas agrupaciones y tan solo se limitó a promover que los mismos kosovares sigan luchando por ganar más derechos dentro de Yugoslavia.

El cambio radical en la política exterior albanesa con respecto a Kosovo llegó en 1981. Este fue el año donde las protestas de los estudiantes de la universidad de Pristina desencadenaron protestas masivas en todo Kosovo que, a su vez, trajeron una dura represión por parte de Yugoslavia (Rogel, 2003). Estos acontecimientos fomentaron hostilidades entre Yugoslavia y Albania, quien criticó ferozmente el accionar yugoslavo e incluso militarizó su frontera. No obstante, China, con quien Albania había mantenido fuertes relaciones desde su desentendimiento con la U.R.S.S., también se había distanciado de Albania pocos años antes. Esto había dejado a Albania económicamente devastada y más aislada que nunca, razón por la cual se veía inhabilitada de hacer más al respecto. Por ejemplo, el gobierno albanés preparó una resolución en defensa de Kosovo para llevar a la ONU ese mismo año, pero finalmente no la presentó porque no se contaban con los recursos para ejercer una política en defensa de Kosovo en ese momento. Por este motivo, Hoxha siguió una política más realista declarando que Albania nunca debía ser quien iniciase hostilidades bélicas y llamaba a que se recupere el orden dentro de Yugoslavia, aunque siempre criticando al gobierno yugoslavo y defendiendo a los albaneses kosovares (Çeku, 2016).

La situación en 1981 también incitó a que Albania siguiera una política más pragmática para ganar apoyo sobre Kosovo. Aunque Hoxha siempre había estado opuesto a mantener relaciones con Occidente por razones ideológicas, la solidaridad que Estados como la República Federal Alemana o Estados Unidos mostraron a la causa kosovar fue bien recibida. Así, Albania manifestó su deseo por reestablecer relaciones con algunos de estos Estados de manera paulatina (Çeku, 2016; Directorate of Intelligence, 1989). En el caso de la República Federal Alemana, se resalta que Hoxha realizó comentarios en 1981 en que indirectamente expresó su apoyo a la unificación alemana, sosteniendo que solo existía un pueblo alemán y una nación alemana, indudablemente para aludir a un paralelo con el caso de Kosovo y Albania (Çeku, 2016).

Sin embargo, a pesar de que el deseo de unificación albanesa probablemente siguiera presente entre políticos como el mismo Hoxha, el cambio más radical de 1981 fue que Albania por primera vez se mostró a favor de la posible formación de una República de Kosovo. Esto se debió a que el deseo por un Kosovo independiente estaba ganando tracción dentro de Kosovo mismo y fue una de las principales fuerzas movilizadoras en las protestas. Además, es posible que el apoyo mostrado por la prensa alemana y estadounidense, que sostenían que el deseo kosovar de mayor autonomía era legal, haya influido en esta decisión, ya que ahora se percibía a la independencia kosovar como una meta más lograble que la adhesión de territorio yugoslavo a Albania (Çeku, 2016).

En los 80s, Albania inicialmente continuó estando aislado de cualquier potencia por las malas experiencias que había tenido con la U.R.S.S. y China, y por la diferencia ideológica con EE.UU. Esto repercutía gravemente en la situación económica del Estado, así como en su fortaleza político-diplomática. No obstante, Albania continuó su acercamiento pragmático con algunos Estados europeos para ganar más apoyo sobre Kosovo (Lani y Schmidt, 1998). Esto se resalta por el hecho de que el primer Estado occidental con el que se reestablecieron relaciones fue la República Federal Alemana en 1987, que previo al incidente de 1981 no había estado en el radar albanés como posible socio (Lani y Schmidt, 1998; Çeku, 2016). Poco después, en 1990, se formó el Partido Democrático de Albania (PDA), cuyo líder cofundador, Sali Berisha, tenía una relación cercana con Ibrahim Rugova, líder del LDK en Kosovo. Berisha apoyaba a Rugova porque era el principal impulsor de un Kosovo independiente a través de una vía pacífica y Rugova apoyaba a Berisha porque prometía ser más asertivo en su política respecto a Kosovo. Además, a pesar de apoyar la idea de un Kosovo independiente, Berisha mencionó numerosas veces durante su campaña que estaba a favor de un proceso de unificación (Austin, 2006). Así, todo indicaba a que Albania iba a ser más frontal en su apoyo a la independencia kosovar.

Esto fue demostrado incluso antes de que Berisha llegase al poder con la respuesta albanesa ante la declaración de independencia de Kosovo en setiembre de 1991. Albania se encontró en una situación complicada en ese momento porque debía decidir si reconocería a la autoproclamada República de Kosovo o no. La decisión fue deliberada

cuidadosamente debido a las implicancias que esto podría tener en las relaciones albanesas-yugoslavas. Sin embargo, considerando la continua represión serbia en Kosovo, el proceso de desintegración por el cual Yugoslavia estaba pasando y el hecho de que los principales partidos políticos albaneses apoyaban la idea de un Kosovo independiente, la Asamblea Nacional de Albania optó por reconocer a Kosovo el 22 de octubre de 1991 (Binder, 1991; UNHCR, 1992). Este fue probablemente el acto de apoyo a Kosovo más importante y directo que Albania realizó de manera unilateral, ya que en ese momento seguía sin contar con el apoyo de ninguna potencia y, de hecho, fue el único Estado que reconoció a Kosovo. Cabe resaltar que esta declaración de reconocimiento sería retirada poco después debido a la escalada de violencia en Yugoslavia y al hecho de que las autoridades serbias seguían siendo quienes controlaban de facto el territorio kosovar ya que tanto Rugova como el LDK fueron forzados a ir al exilio para no ser atrapados (Bieber y Daskalovski, 2003; Rogel, 2003).

Irónicamente, cuando Berisha llegó al poder tras las primeras elecciones democráticas de Albania en 1992, su posición respecto a Kosovo fue mucho más tenue de lo que había prometido durante su campaña por diferentes motivos. En primer lugar, Berisha se dio cuenta de que la unificación con Kosovo no era algo que entusiasmará a todos los votantes en Albania, que estaban mucho más preocupados por la situación económica del país (Rogel, 2003; Austin, 2006). A su vez, el nuevo gobierno del PDA se centró en la política interna, específicamente para combatir al recién formado Partido Socialista de Albania (PSA) (Austin, 2006). Por último, el motivo más importante fue que Berisha se había empezado a acercar a Estados Unidos y Occidente, que estaban en contra de cambios fronterizos en la región (Austin, 2006; Lani y Schmidt, 1998). Las relaciones con Estados Unidos se habían reestablecido en 1991 y, ante la profunda crisis económica que Albania estaba atravesando por el colapso del comunismo mundial, seguir las recomendaciones de Occidente para ganar apoyo era un enfoque pragmático para la situación en que Albania se encontraba (Lani y Schmidt, 1998). Además, por la insignificancia del reconocimiento albanés a Kosovo en 1991, es probable que el nuevo gobierno de Berisha asumiera que no se lograrían avances significativos sobre Kosovo sin el apoyo de alguna potencia. Sea esto cierto o no, se identifica que, desde este momento, la política exterior de Albania sobre el asunto de Kosovo siempre siguió las

directrices y recomendaciones de Occidente. De este modo, Berisha adoptó una postura más moderada, apoyando al LDK de Rugova, aunque nunca llamando abiertamente a la independencia kosovar, y abandonando los discursos de unificación albanesa que Occidente no aprobaba (Austin, 2006; Lani y Schmidt, 1998).

Este acercamiento a Occidente y acatamiento de sus recomendaciones continuó en la década de los 90s. Por ejemplo, esto se observa en que Albania oficialmente apoyó lo establecido en los Acuerdos de Dayton. Estos acuerdos de paz trajeron el fin de la Guerra de Bosnia y un reordenamiento de los bordes en la región. Dentro de Kosovo, se esperaba que Dayton abriera el paso a que el asunto del estatus kosovar pueda ser abordado en el futuro o por lo menos entre en el radar de los actores en la región. Sin embargo, la situación territorial dentro de Serbia no fue abordada y ningún actor mostró interés en continuar cuestionando las fronteras en la región, factor que generó amplio descontento en Kosovo y contribuyó al alza de movimientos extremistas como el UÇK (Rogel, 2003; Sterio, 2010). En ese sentido, el hecho de que Albania haya aceptado Dayton como un punto final a los dilemas territoriales en los Balcanes, reafirmando así su aceptación de las fronteras de Yugoslavia, pareciera contrario a su interés por apoyar la causa kosovar, pero igualmente Albania no cuestionó la posición de Occidente y apoyó este proceso de paz (Rogel, 2003). Similarmente, a pesar de que el movimiento de Rugova sufrió desprestigio por no haber logrado nada tras Dayton e incluso hubo un distanciamiento entre Rugova y Berisha, Albania como Estado continuó oficialmente apoyando la postura moderada del LDK y no a la UÇK, cuya alternativa de resistencia armada estaba incrementando en popularidad (Rogel, 2003; Lani y Schmidt, 1998).

Como máximo indicador de que Albania estaba siguiendo las recomendaciones de Occidente está el hecho de que, por primera vez, el gobierno de Albania se manifestó a favor de la creación de una república federativa kosovar dentro de Yugoslavia como posible solución al conflicto. Es decir, en vez de lograr la independencia o una unificación con Albania, la nueva alternativa sería incrementar la autonomía de los albaneses kosovares de tal modo que sean una entidad federativa al mismo nivel que Serbia dentro de Yugoslavia. Incluso el gobierno del PSA de Fatos Nano, que siguió al de su rival Berisha en 1997, continuó esta postura (Lani y Schmidt, 1998; Austin, 2006). Esto rompía

con el deseo de unificarse con Kosovo o de lograr un Kosovo independiente que Albania había tenido en las décadas anteriores, razón por la cual autores como Lani y Schmidt (1998) consideran que fue fuertemente influenciada por las recomendaciones de Occidente, especialmente de Estados Unidos. Cabe resaltar que, durante esos años, la prioridad en la política exterior de Albania era integrarse a las estructuras euroatlánticas occidentales como la OTAN o la UE (Smith, 2000). De este modo, el interés de Albania por acercarse a Occidente es vital para entender el razonamiento de la nueva posición albanesa respecto a Kosovo, que difería mucho de la de años anteriores.

De no haber cambiado la postura de Occidente, Albania probablemente habría continuado la postura moderada y poco vocal que se le era promulgada. No obstante, las actitudes cambiaron cuando la OTAN optó por intervenir militarmente en Kosovo. Estados Unidos había adquirido un interés en intervenir en Kosovo para no repetir la experiencia en Bosnia, prevenir que el conflicto se expanda en la región y poner un freno a las aspiraciones expansionistas de Milosevic. Esto se alineaba perfectamente con los intereses de Albania, que había estado esperando por que haya acciones más asertivas en defensa de Kosovo (Smith, 2000; Lani y Schmidt, 1998). Así, Albania apoyó completamente la intervención de la OTAN de 1999. Una vez logrado el alto al fuego, Albania también estuvo feliz de adherirse a las iniciativas de integración balcánicas propuestas por Occidente como el Pacto de Estabilidad para el Sudeste de Europa o los varios proyectos infraestructurales que permitirían a Albania lograr su deseo de tener mayor interconexión con Kosovo (Smith, 2000). Adicionalmente, una iniciativa propia que Albania siguió fue el establecimiento de relaciones formales entre partidos políticos albaneses y partidos políticos kosovares, que ahora ya no estaban en la clandestinidad (Smith, 2000; Austin, 2006).

Por otro lado, el gobierno albanés tuvo que declarar numerosas veces que rechazaba la idea de la Gran Albania, que estaba siendo usada como crítica a su involucramiento en Kosovo, por más pequeño que fuera (Smith, 2000; Ardolic, 2009; Austin, 2006). De hecho, se especula que el temor de que Albania estuviese secretamente interesado en formar una Gran Albania, o al menos el temor de que la comunidad internacional percibiera esto, fue uno de los motivos por los cuales Occidente no permitió demasiado

involucramiento albanés. En 1999, Albania incluso manifestó su desconformidad con el hecho de que Occidente prácticamente la había excluido del proceso de reconstrucción de Kosovo y, por este motivo, el ministro de relaciones exteriores albanés Paskal Milo declaró que se sentía cierta resistencia a cooperar con Albania por parte de los Estados occidentales (Smith, 2000). Cabe resaltar que este temor probablemente surgió porque Albania era el Estado afín de Kosovo y, en un contexto donde se acusaba a Albania de tener aspiraciones expansionistas en base a la etnicidad por el concepto de la Gran Albania, Occidente consideró prudente mantener a los albaneses distanciados. A pesar de esta desconformidad, Albania continuó su posición de acatamiento a las recomendaciones de Occidente y no cuestionó más el asunto (Smith, 2000). Entonces, se entiende que Albania simplemente continuó siguiendo las recomendaciones occidentales como lo venía haciendo a lo largo de los 90s. La única diferencia ahora fue que el accionar de Occidente estaba mucho más alineado a los intereses albaneses respecto a Kosovo, aún si no se logró tanto involucramiento como se hubiera deseado en la reconstrucción kosovar.

Después de los acontecimientos de 1999, la posición oficial de Albania frente a Kosovo básicamente fue una de apoyo a los procesos de negociación entre Occidente y Serbia, de los cuales Albania no formó parte. Durante este periodo, Albania no se involucró directamente en la reconstrucción interna de Kosovo, y se limitó a impulsar una mayor interconexión infraestructural y entre agrupaciones políticas. En cuanto al estatus de Kosovo, Albania concebía que la independencia kosovar era una posibilidad en el marco de las negociaciones futuras, pero que este proceso debía ser trabajado desde la ONU, esencialmente la misma posición que la de Estados Unidos y sus aliados (Smith, 2000).

De este modo, no fue sino hasta que Occidente cambió su postura nuevamente que se evidencian cambios en la postura albanesa. Como ya se ha mencionado, el Plan Ahtisaari fue presentado en 2007 como una manera de resolver de una vez por todas la situación en Kosovo y, para ello, proponía la independencia kosovar como única solución. Estados Unidos, ansioso por resolver la situación lo más pronto posible, rápidamente apoyó este plan y varios Estados le siguieron el ejemplo (Kala, 2022). Uno de estos

Estados fue Albania, demostrando una vez más que su accionar político se regía desde Occidente. No es sorpresa, entonces, que recién en 2007 Albania se pronunció abiertamente sobre Kosovo. Ese año, Berisha, ahora primer ministro, llamó a que se aceptase el Plan Ahtisaari en la Asamblea General de la ONU, diciendo que la independencia de Kosovo era la única opción viable y denunciando el hecho de que Serbia estaba en contra del plan (UN News, 2007). Poco después, cuando fue evidente que las negociaciones no llegarían a nada, Albania siguió los pasos de Estados Unidos y las potencias europeas, y reconoció a Kosovo el mismo 18 de febrero de 2008 (Reuters, 2008). Evidentemente, reconocer a Kosovo era parte del interés albanés y no hacía falta que Occidente le influenciara en ese aspecto. Sin embargo, el hecho de que Albania esperó a que Estados Unidos se pronunciara a favor del Plan Ahtisaari antes de decir algo y de que no reconoció a Kosovo sino hasta después de que Estados Unidos y los europeos lo hicieran primero demuestra que Albania seguía guiándose del accionar occidental en su política exterior sobre Kosovo.

Habiendo reconocido a Kosovo, Albania priorizó reforzar sus relaciones diplomáticas y económicas, y apoyó los deseos de integración de Kosovo a varias organizaciones internacionales como la UE. A su vez, la diplomacia albanesa siempre ha sido muy activa en cuanto al reconocimiento kosovar, objetivo para el cual hacen lobby, aunque comprensiblemente con menos peso que el lobby estadounidense o europeo (Dhimolea, 2023; Hilaj, 2023). Por ejemplo, el nuevo presidente albanés Bamir Topi llamó al reconocimiento de Kosovo en la reunión de la Asamblea General en 2008 (UN News, 2008). Además, Albania también emitió una opinión consultativa en 2009 durante las deliberaciones de la CIJ sobre la independencia kosovar (Basha, 2009). En sus interacciones con Estados particulares, Albania también ha intentado empujar el reconocimiento de Kosovo, pero a diferencia de Estados Unidos solo ha podido sugerir la posibilidad de reconocimiento en lugar de llegar a arreglos concretos. Ejemplos de esto son las reuniones que Berisha tuvo con los presidentes de Tayikistán y Turkmenistán en 2010 para discutir relaciones bilaterales. En ambas ocasiones, Berisha pidió formalmente a los presidentes que considerasen reconocer a Kosovo y, al menos en el caso del presidente turcomano, se prometió considerar la opción (Republic of Albania Council of Ministers, 2010). Hoy en día, ninguno de estos dos Estados ha reconocido a Kosovo, por

lo que es evidente que el lobby albanés no tiene el mismo peso que el estadounidense en esta cuestión (Status of Kosovo, 2024). A pesar de la relativa debilidad del lobby albanés en ambientes bilaterales, Kosovo mismo ha declarado numerosas veces que aprecia la importancia del accionar diplomático de Albania, especialmente en su apoyo para añadir a Kosovo a organizaciones internacionales. En esta arena, se resalta el continuo lobby albanés para que se acepte a Kosovo en el Consejo de Europa (Telegrafi, s/f; President of the Republic of Kosovo, 2016).

No obstante, recientemente ha habido tensiones diplomáticas entre el Estado afín y el Estado de facto. Esto se debe a que Albania, desde la independencia de Kosovo, ha adoptado una posición paternalista o de “hermano mayor” que ha generado en ocasiones una actitud arrogante. En ese sentido, Albania ha intentado actuar siempre como mediador frente a Serbia y, en ocasiones, incluso se pronuncia como si estuviese hablando por Kosovo. De este modo, algunos internacionalistas sostienen que Albania percibe a Kosovo como si fuera su propia provincia autónoma y no la trata realmente como un Estado soberano independiente, lo cual incluso ha generado dificultades en las relaciones bilaterales entre ambos (Rakipi, 2020; Musabelliu, 2023; Kosovo Online, 2023). Por ejemplo, en 2020, el primer ministro albanés Edi Rama fue bastante frontal con sus peticiones a Serbia de que se llegue a un acuerdo de mutuo reconocimiento con Kosovo y ambos Estados sostuvieron negociaciones sobre el tema (Teslova, 2020). De hecho, desde 2014, Albania y Serbia han tratado a Kosovo como tema central en sus negociaciones bilaterales, como si solo fuera concerniente a estos Estados y no a Kosovo en sí, cosa que Serbia definitivamente opina, pero que Albania no debería al haber reconocido al Estado de facto (Rakipi, 2020). Aunque esto pueda ser considerado simplemente como lobby albanés por algunos, la realidad es que las autoridades kosovares están cansadas de que Albania intente hablar por Kosovo e incluso trate de negociar por ellos. Así, las autoridades kosovares sostienen que es Kosovo quien debe llegar a un acuerdo con Serbia, y ni siquiera están completamente de acuerdo en seguir algunos de los enfoques que Albania sigue en estas negociaciones (Kosovo Online, 2023; Rakipi, 2023).

El incidente más reciente que ha inflamado las tensiones entre Kosovo y Albania es la situación sobre los serbios kosovares en el norte de Kosovo. En mayo de 2023, hubo enfrentamientos entre los serbios kosovares y la policía, que desencadenaron violencia y protestas mayores. Por un lado, el primer ministro albanés Edi Rama ha sido muy vocal en pedirle a su contraparte kosovar, Albin Kurti, que se adhiera a las recomendaciones de la UE y EE.UU. de crear una Asociación de Municipios Serbios para las regiones de Kosovo que tienen mayoría serbia. A su vez, Rama ha demandado al presidente serbio, Aleksandar Vucic, que se deje en libertad a los oficiales de policía kosovares que fueron capturados por Serbia durante los disturbios (Musabelliu, 2023). Por otro lado, Kosovo no está conforme con que Albania busque imponerle las recomendaciones de Occidente ni que sea Albania quien haga las negociaciones para una normalización de relaciones con Serbia. Así, Kosovo se mantiene firme en su posición de no aceptar la Asociación de Municipios Serbios e insiste en que son ellos quienes deben dirigir las negociaciones con Serbia, no Albania (Kosovo Online, 2023; Musabelliu, 2023). En palabras del comentarista político kosovar Fadil Lepaja: “Simply put, Mr. Vucic and Mr. Rama were somehow trying to avoid the factual reality that Kosovo is a state and that no normalization can be achieved without recognizing or accepting it as a reality” (Kosovo Online, 2023). Entonces, se observa que Albania sigue con su política de acatar las recomendaciones de Occidente en lo que respecta a Kosovo, aún si el mismo Kosovo no está de acuerdo con esto y considera que hay mejores maneras de lograr el objetivo de normalizar relaciones con Serbia. Adicionalmente, fuera de las recomendaciones de Occidente, Albania pareciera buscar siempre un rol protagonista en todo lo que respecta a Kosovo, accionar que ha causado un distanciamiento entre Rama y Kurti. Igualmente, esta reciente animosidad no ha interferido en el interés albanés por que la comunidad internacional reconozca a Kosovo, pero sí representa menor cooperación diplomática.

En síntesis, Albania ha tenido una postura cambiante a lo largo de los años sobre Kosovo, muchas veces limitada por sus capacidades materiales o guiada por las potencias internacionales. A pesar de que por mucho tiempo hubo un deseo entre varios políticos albaneses de lograr una unificación con Kosovo, los eventos de 1981 dieron pie a que se respalde la posibilidad de una independencia kosovar. Este apoyo logró su máxima expresión en el reconocimiento a Kosovo en 1991, donde Albania fue el único

Estado en proveer este apoyo diplomático. No obstante, este acto fue inconsecuente en su momento, más aún por la insuficiencia de recursos que el Estado albanés tenía para hacer algo al respecto. Esto llevó a que Albania retornara a su larga tradición de aliarse con potencias para buscar apoyo en sus objetivos, esta vez con Estados Unidos y Occidente. Desde entonces, Albania ha seguido la gran mayoría de políticas propulsadas desde Occidente en lo que respecta a Kosovo, sean favorables a sus intereses o no. Afortunadamente para Albania, debido al interés que Occidente cobró por la causa kosovar en 1999 y 2008, pudo ser capaz de manifestar su apoyo a la independencia kosovar paulatinamente. Desde entonces, Albania ha hecho lobby en organizaciones internacionales e incluso en sus relaciones bilaterales para fomentar el reconocimiento de Kosovo, aunque en esta última modalidad sin demasiado éxito. De este modo, se entiende que Albania, más por falta de capacidad o de recursos que por voluntad propia, siempre se mantuvo relativamente distante de los desarrollos internos en Kosovo, incluso durante la guerra de 1998. Fue solo siguiendo las directrices de las potencias occidentales que Albania finalmente se sintió capaz de acercarse, reconocer y apoyar abiertamente a su Estado afín.

4.2.2. Armenia y Artsaj

Armenia es el Estado afín de Artsaj tal como Albania lo es de Kosovo, es decir, comparte una cultura, historia, religión y lazos de parentesco que lo entrelazan con el Estado de facto. Sin embargo, a diferencia del caso albanés, el Estado armenio moderno es relativamente reciente y casi contemporáneo con el Estado de facto con quien se asemeja. A pesar de haber constituido diferentes reinos en la antigüedad y el medioevo, Armenia ha sido continuamente ocupado por diferentes imperios en la era moderna. Con el colapso del Imperio Ruso durante la Primera Guerra Mundial, hubo un breve periodo de tiempo donde Armenia logró su autonomía y buscó incorporar a todos los territorios con mayoría armenia en un solo Estado, territorios que habían sido drásticamente reducidos por el reciente genocidio armenio (Souleimanov, 2005). La región de Nagorno Karabaj, conocida como Artsaj por los armenios, fue una de las tres provincias principales de la Armenia antigua y ha tenido una constante presencia armenia desde entonces (Humanitarian Aid Relief Trust, 2020). No obstante, debido a que la región también contaba con una minoría azerí significativa, fue contestada con el recién formado

Azerbaiyán, que también se había logrado separar del Imperio Ruso. Eventualmente, tanto Armenia como Azerbaiyán fueron ocupadas por la Unión Soviética y, en 1923, el territorio de Artsaj fue adherido a la RSS de Azerbaiyán, donde pasaría a ser conocido como el Óblast Autónomo de Nagorno Karabaj. Esta decisión fue fuertemente criticada por los armenios, especialmente los armenios artsajíes, ya que en 1921 se había compelido a que Azerbaiyán aceptara la eventual transferencia de, entre otras regiones, Artsaj a la RSS de Armenia. El factor determinante por el cual esto finalmente no ocurrió parece haber sido que, en esos años, la U.R.S.S. estaba priorizando su alianza con Turquía, que era favorable al lado azerí, y también el hecho de que la U.R.S.S. rechazaba las identidades nacionales en favor de una unidad ideológica (Souleimanov, 2005; Humanitarian Aid Relief Trust, 2020).

De manera inmediata, es indiscutible que hubo una voluntad artsají por incorporarse a la RSS de Armenia, así como un deseo armenio de incorporar a la región de Nagorno Karabaj en los primeros años de su incorporación a la Unión Soviética. Esto se evidencia por las votaciones y protestas que hubo en esos años a favor de la unificación (Souleimanov, 2005; Humanitarian Aid Relief Trust, 2020). Sin embargo, como Armenia y Azerbaiyán estaban dentro de un mismo Estado y compartían la ideología comunista, las aspiraciones nacionalistas bajaron y el deseo de unificación se redujo paulatinamente (Souleimanov, 2005). La ideología soviética promovía la interconexión e interdependencia entre sus repúblicas, por lo que la unificación no era requisito para que haya contacto entre Armenia y los armenios artsajíes (Humanitarian Aid Relief Trust, 2020; Novosti Press Agency, 1967). A diferencia del caso de Albania, que estuvo muchos años prácticamente desconectado de Kosovo, los armenios de Armenia y de Nagorno Karabaj eran libres de ir a cualquiera de los dos territorios. No solo eso, pero había carreteras e incluso servicios de transporte público que conectaban a Ereván y Stepanakert. Además, debe tenerse en consideración que los 50s y 60s fueron décadas que vieron mucho progreso en diversas partes de la Unión Soviética, incluida Armenia (Novosti Press Agency, 1967). De esta manera, Armenia estaba atravesando un periodo de progreso y estabilidad muy diferente a la situación de la primera mitad del siglo XX. Además, viendo que la separación entre Armenia y Nagorno Karabaj no era impedimento para que haya una constante interconexión, se entiende por qué la cuestión de la

unificación no fue prioridad en ese momento, aunque también es importante reconocer que Armenia habría tenido poca capacidad de generar algún cambio aún si hubiese querido al estar dentro del dominio de la U.R.S.S.

La decadencia soviética en los 80s trajo consigo un renacimiento de los viejos nacionalismos dentro de la U.R.S.S. Para esos años, ya se habían empezado a formar agrupaciones dentro de Nagorno Karabaj que estaban descontentas con su estatus de óblast autónomo dentro de la RSS de Azerbaiyán, ya que percibían que estaba permitiendo un proceso de “azerbaiyanización”. En vista a esto, se empezó a formar un lobby armenio en Moscú a favor de la unificación (Souleimanov, 2005). Asimismo, ayudaba el hecho de que la constitución de 1977 estipuló que era permisible que haya cambios entre los territorios de las repúblicas soviéticas. De este modo, Nagorno Karabaj, con el apoyo del lobby armenio, solicitó por medios legales ser transferido a la RSS de Armenia en 1987. La petición fue rotundamente rechazada tanto por las autoridades centrales de la U.R.S.S. como por la RSS de Azerbaiyán, que tenía que dar su consentimiento para que un cambio de territorio sea permitido (Krüger, 2010; Peña, 2024). No obstante, antes de que el asunto pueda ser concluido legalmente, la RSS de Armenia, que había vuelto a mostrar interés en la unificación, emitió una declaración el 15 de junio de 1988 en que aceptaba la incorporación de Nagorno Karabaj a su territorio. Esto claramente no terminó ocurriendo por la negatoria de la U.R.S.S. y la RSS de Azerbaiyán, pero generó tensiones entre armenios y azeríes (Krüger, 2010; Sprague, 2016; Blakkisrud et al., 2024). Las tensiones, que empezaron como simples manifestaciones propiciadas por el nuevo contexto de libertad de expresión del glasnost, desencadenaron la Primera Guerra de Nagorno Karabaj ese mismo año, trayendo consigo mayores calamidades para ambas poblaciones mientras las autoridades soviéticas no intervinieron decisivamente (Souleimanov, 2005; Blakkisrud et al., 2024).

La voluntad en Armenia por lograr una reunificación ya era completa en esos años y, el 1 diciembre de 1989, la RSS de Armenia y el Óblast Autónomo de Nagorno Karabaj emitieron una declaración conjunta para su unificación. Nuevamente, no hubo consecuencia real de este evento, ya que no fue reconocido ni por las autoridades soviéticas centrales ni por la RSS de Azerbaiyán (Krüger, 2010; Ter-Petrosian y

Sahakian, 1990; Souleimanov, 2005; Blakkisrud et al., 2024). Esto no hizo más que acrecentar las tensiones entre armenios y azeríes, y ya en esos años ocurrieron los pogromos masivos. Por su parte, los armenios de Nagorno Karabaj estaban cansados de que, tras años de intentar métodos legales para su unificación o independencia, esta no se les reconociera, aunque cabe resaltar que la legalidad de algunos de estos intentos es cuestionada desde estudios del Derecho (Peña, 2024; Krüger, 2010). Así, los armenios artsajíes declararon unilateralmente su independencia poco después de que Azerbaiyán hiciera lo mismo en 1991 (Souleimanov, 2005; Krüger, 2010). Por otro lado, Armenia técnicamente había emitido su propia declaración de independencia el 23 de agosto de 1990, donde incluso se mencionaba la declaración conjunta de unificación con Nagorno Karabaj emitida en 1989 como una de sus bases, pero el proceso de independencia armenio y azerí no concluiría formalmente sino hasta la disolución oficial de la U.R.S.S. en diciembre de 1991 (Ter-Petrossian y Sahakian, 1990; Broers, 2019; Krüger, 2010). De este modo, se entiende que la declaración de independencia de Artsaj, así como las de Armenia o Azerbaiyán en su momento, se dieron en un momento de crisis generalizada y caos político en la U.R.S.S. No obstante, mientras que Armenia y Azerbaiyán continuaron un proceso de independencia más formalizado a través de la disolución de la Unión Soviética, la declaración de Artsaj quedó en una suerte de limbo puesto que ninguna entidad dentro del aparato estatal soviético la reconoció.

Una vez lograda la independencia, Armenia se encontraba en una situación muy particular acerca de qué hacer sobre a Artsaj por una variedad de motivos. Por un lado, en su declaración de independencia de 1990 se menciona la declaración conjunta de unificación con el Óblast Autónomo de Nagorno Karabaj como antecedente (Ter-Petrossian y Sahakian, 1990). Sin embargo, en 1991, Artsaj declaró su propia independencia para establecerse a sí mismo como una entidad política separada de Azerbaiyán o Armenia (Souleimanov, 2005; Krüger, 2010). Esto resultó un poco extraño para Armenia porque, mientras que en Nagorno Karabaj sí había grupos a favor de la independencia, desde Armenia inicialmente solo se había anticipado que pudiese ocurrir una unificación (Souleimanov, 2005). Es por este motivo que habían aceptado la adición de Nagorno Karabaj a su territorio en 1988 y habían emitido la declaración conjunta de unificación en 1989. Además, como todas las repúblicas soviéticas incluida Armenia

seguían siendo consideradas como parte de la U.R.S.S. por la comunidad internacional antes de diciembre de 1991, Armenia no se encontraba realísticamente en una posición para reconocer a nadie antes de esa fecha, especialmente por el hecho de que la recién formada Artsaj no tenía el control total sobre el territorio que reclamaba.

Igualmente, al ver que Artsaj estaba ahora embarcada en un proyecto de independencia y autonomía, Armenia decidió apoyar a los armenios artsajíes en sus esfuerzos básicamente por ser su Estado afín. De este modo, a pesar de que políticos en Armenia y Artsaj siguiesen apoyando la idea de una eventual unificación, el accionar armenio demuestra una voluntad por ayudar a que Artsaj logre su emancipación separada de Armenia (Broers, 2024; Remler et al., 2020; Kocharyan, 2016). Por este motivo, la prioridad de Armenia fue ayudar a los armenios artsajíes a establecer un control efectivo sobre el territorio que la República de Artsaj reclamaba. Así, comenzaron los años más serios del conflicto cuando en 1992 ya hubo enfrentamientos a gran escala entre milicias azeríes y milicias armenias compuestas por ciudadanos de Armenia y Artsaj. Para 1993, las fuerzas combinadas armenias y artsajíes se habían consolidado como las claras vencedoras y, en 1994, los tres actores del conflicto firmaron un alto al fuego mediado por Rusia (Souleimanov, 2005; Peña, 2024; Krüger, 2010). Es importante destacar que Armenia y Artsaj firmaron como dos entidades distintas en el alto al fuego acordado con Azerbaiyán, lo cual demuestra que Armenia estaba realmente comprometida a que haya una independencia artsají y no solo interesada en una unificación (Kocharyan, 2016). Desde su perspectiva, Armenia estaba simplemente protegiendo a la población armenia de Artsaj en su búsqueda de independencia ya que querían protegerla de un percibido inminente segundo genocidio armenio (Kaffka, 2020; Krüger, 2010; Kocharyan, 2016). Asimismo, se le quería dar espacio a Artsaj a que pueda actuar por su cuenta en las negociaciones para realmente demostrar que el involucramiento armenio no había sido nada más que un apoyo hacia un pueblo con deseos de autodeterminación y no una guerra de agresión para reclamar territorio (Broers, 2024).

Paradójicamente, después del armisticio de 1994, Armenia fue la que acabó ejerciendo las negociaciones sobre Artsaj (Giragosian, 2009). A diferencia de otros casos

como los de Kosovo o Abjasia, donde los Estados de facto formaron parte de las negociaciones con sus Estados padre, lo mismo no ocurrió con Artsaj. El Grupo Minsk, foro creado por la OSCE para facilitar las negociaciones para una solución final al conflicto, solo incluyó a Armenia y a Azerbaiyán como partes involucradas, pese a las constantes insistencias de Armenia para que se incluyese a Artsaj en las negociaciones (Giragosian, 2009; Souleimanov, 2005; Kocharyan, 2016). Esto no llegó a ocurrir principalmente por la negatoria de Azerbaiyán de reconocer a Artsaj como una parte legítima del conflicto, a pesar de que fue uno de los tres firmantes del armisticio de 1994 (Kocharyan, 2016; Souleimanov, 2005). Por otro lado, el Grupo Minsk se había creado por el conflicto armenio-azerí, del cual la independencia de facto de Artsaj no había sido la única consecuencia. Técnicamente, las fuerzas armenias y artsajíes no solo habían ocupado la región de Nagorno Karabaj, sino también algunas provincias azeríes adyacentes al territorio artsají para ganar una ventaja estratégica. A esto también se le sumaba el hecho de que las fuerzas armadas armenias habían estado fuertemente involucradas en el conflicto, muchas veces dificultando la diferenciación entre el comando armenio y el artsají (Krüger, 2010). Después de todo, lo que se conoce actualmente como la Primera Guerra de Nagorno Karabaj comenzó casi tres años antes de que Artsaj declarase su independencia. De este modo, a pesar de que se coordinase de cerca con las autoridades de Stepanakert, Armenia acabó representando a Artsaj en toda negociación con Azerbaiyán, dentro o fuera del marco del Grupo Minsk (Giragosian, 2009).

Este es el primer problema identificable en que el accionar de Armenia, por ser el Estado afín de Artsaj, repercutió en la búsqueda de reconocimiento del Estado de facto: se encasilló a Artsaj dentro del conflicto armenio-azerí. Esto es demostrado por el hecho de que el único foro internacional donde se trataban las negociaciones sobre Artsaj, el Grupo Minsk, fue para solucionar el conflicto armenio-azerí en su conjunto (OSCE, 2024). Siguiendo la narrativa de Azerbaiyán, los territorios azeríes controlados ahora por armenios, incluido Nagorno Karabaj, eran simplemente una clara violación al principio de integridad territorial por parte de otro Estado, Armenia. Esta postura azerí, aunque claramente estaba ignorando por completo la existencia y agencia real de Artsaj, tenía una fuerte base debido a que Armenia había querido anexar la región en el pasado, había

intervenido militarmente durante la guerra y, como punto más importante, el territorio de Nagorno Karabaj no había sido el único que había quedado bajo control armenio y artsají. Así, el asunto de Artsaj quedó firmemente circunscrito al conflicto armenio-azerí en los ojos de la comunidad internacional, que asumía que el caso iba de la mano con el resto de las provincias azeríes controladas por armenios desde 1994 (Broers, 2019; Krüger, 2010; Souleimanov, 2005). El hecho de que ni siquiera Armenia haya reconocido a Artsaj impedía que se pueda contestar esta narrativa de manera oficial, y el hecho de que Azerbaiyán se negara a negociar con ninguna delegación artsají hizo que no haya más opción que aceptar la conexión entre el conflicto y Artsaj en las negociaciones. De este modo, ya en 1996 la OSCE emitió un comunicado apoyando la integridad territorial azerí (Dehdashti-Rasmussen, 2007; Giragosian, 2009). Adicionalmente, este encasillamiento también se evidencia en que diversos estudios cuestionaban que Armenia estuviese totalmente separada de Artsaj institucionalmente. De este modo, para algunos académicos y ciertamente para Azerbaiyán, no había diferencias entre las autoridades militares de Armenia y de Artsaj (Krüger, 2010). A pesar de que estudios más enfocados en el Estado de facto como tal sí han logrado identificar las claras diferencias que tienen Armenia y Artsaj en sus instituciones gubernamentales y comandos militares, igualmente se percibía un involucramiento armenio debido a que Armenia era quien financiaba al Estado artsají (Blakkisrud et al., 2024; Krüger, 2010; Meydan, 2018).

Es preciso remarcar que el accionar de Armenia también es parcialmente responsable por que se haya encasillado la cuestión de Artsaj dentro del conflicto en general. En 1994, el Grupo Minsk propuso dos planes de negociación del conflicto, una “solución paso a paso” y una “solución paquete”. La “solución paso a paso” era favorecida por Azerbaiyán e, inicialmente, también por Armenia bajo el liderazgo del presidente Levor Ter-Petrossian. Este enfoque hubiera permitido que diferentes aspectos del conflicto se negocien de manera separada, como la población desplazada de ambos Estados, los territorios bajo ocupación armenia y artsají, y el estatus de Artsaj en sí (Dehdashti-Rasmussen, 2007; Remler et al., 2024). Sin embargo, la oposición a Petrossian siempre estuvo en contra y, con la llegada del presidente Robert Kocharián al poder en 1998, se terminó por rechazar este enfoque a favor de la “solución paquete” que buscaba que haya una sola gran resolución. El razonamiento fue básicamente que la “solución paso a paso”

probablemente implicaría la retirada de las fuerzas armenias en territorio azerí antes de que se negociara el estatus del Estado de facto, pero Armenia y Artsaj quería mantener esta posición estratégicamente beneficiosa cuando se negociara el estatus artsají. Finalmente, lo que esto generó es que el asunto de Artsaj quede intrínsecamente vinculado a una solución al conflicto armenio-azerí en el marco del Grupo Minsk (Dehdashti-Rasmussen, 2007; Remler et al., 2024; Broers, 2019). Por otro lado, es probable que el hecho de que el presidente Kocharián era originario de Artsaj tampoco ayudó a que se pueda separar a Armenia y a Artsaj en los ojos de aquellos que participaron en las negociaciones. Este asunto en particular no acababa con Kocharián, ya que por varios años líderes de la élite política armenia fueron artsajíes de nacimiento, reforzando así la idea de que tanto armenios como artsajíes se veían como un solo Estado en busca de unificación (Remler et al., 2024). Entonces, por una variedad de motivos, la cercanía institucional e identitaria de Armenia con Artsaj contribuyó a que se encasillara la cuestión del estatus artsají con el conflicto armenio-azerí.

Aunque es exagerada hasta el punto de que Azerbaiyán niega que sean entidades separadas, la cercanía entre Armenia y Artsaj sí existió, pero es explicada porque Armenia es el Estado patrocinador de Artsaj. De este modo, Armenia comenzó sus labores como patrocinador casi inmediatamente después de la emergencia del Estado de facto, proveyendo a las fuerzas artsajíes con apoyo militar, material y logístico para ganar la guerra (Blakkisrud et al., 2024; Souleimanov, 2005; Krüger, 2010). Una vez firmado el alto al fuego, Armenia no solo continuó proveyendo esta ayuda, sino que intensificó la cooperación en otros ámbitos, firmando numerosos tratados bilaterales con Artsaj sobre distintos temas como la cultura o la economía. Además, Armenia facilitó préstamos anuales a Artsaj que básicamente cubrían entre el 75% y 80% de los gastos del Estado artsají. Como factor adicional, debido a que Artsaj siempre estuvo aislado del resto de la comunidad internacional por su falta de reconocimiento e infortunio geográfico, Armenia facilitó la entrada de productos artsajíes a mercados armenios y proveyó a los ciudadanos artsajíes pasaportes armenios (Meydan, 2018). Probablemente la cooperación más cercana fue en materia de seguridad, donde hubo un tratado formal de cooperación militar, tratados de entrenamiento militar conjunto e incluso la incorporación formal de reclutas armenios en unidades militares artsajíes. No obstante, aunque siempre

cooperaron de manera cercana, Armenia y Artsaj nunca tuvieron una estructura de comando militar conjunta, por lo que no se puede afirmar que ambas fuerzas armadas sean la misma entidad (Blakkisrud et al., 2024). De hecho, técnicamente era el ejército artsají quien poseía mayor capacidad bélica que el armenio, y no se mantuvieron regimientos del ejército armenio dentro del territorio artsají, solo en la frontera (Kocharyan, 2016; Giragosian, 2019). Es importante remarcar que todas estas prácticas e interrelaciones son comunes en las relaciones entre Estado patrocinador y Estado de facto, pero como Armenia también era el Estado afín de Artsaj, había mayor confusión respecto a la separación institucional de ambos y una percepción de que Armenia simplemente estaba intentando ganar territorio (Meydan, 2018). El principal punto en que la relación entre Estado patrocinador y Estado de facto sí difería de otros casos es que Armenia nunca llegó a reconocer a Artsaj que, como fue mencionado anteriormente, impedía que la narrativa azerí pudiese ser contestada de manera oficial en foros internacionales (Meydan, 2018; Blakkisrud et al., 2024).

El porqué del no reconocimiento de Artsaj por parte de Armenia tiene diversos matices. En primer lugar, entre 1988 y 1994, Armenia estaba totalmente centrada en ganar la guerra y, como la declaración de independencia artsají ocurrió antes de que Armenia misma complete su proceso de independización de la U.R.S.S., reconocer a Artsaj al momento de su declaración probablemente no era la prioridad (Souleimanov, 2005; Peña, 2024). Una vez concluida la guerra y firmado el armisticio, Armenia participó en las negociaciones del Grupo Minsk, y no se reconoció a Artsaj porque esto hubiera sido perjudicial para el proceso de normalización con Azerbaiyán y para su relación con el resto de Estados mediadores, ya que probablemente hubiera sido considerado como poco cooperativo (Kocharyan, 2016). En segundo lugar, cuestionar la integridad territorial de otro Estado al reconocer a un Estado de facto en su interior siempre ha sido mal visto por la comunidad internacional porque viola el Derecho Internacional. Se debe recordar que, para ese punto, el precedente de Kosovo y los reconocimientos de Abjasia u Osetia del Sur aún no habían ocurrido. El caso más emblemático en ese entonces era el reconocimiento turco de la República Turca del Norte de Chipre, a lo cual Armenia probablemente no quería asemejarse por el pasado histórico con Turquía y por el hecho de que la comunidad internacional condenó aquel accionar turco (Blakkisrud et al., 2024).

Finalmente, las autoridades armenias siempre consideraron que un reconocimiento formal hacia Artsaj solo estaría reconociendo los hechos y probablemente sería más perjudicial que beneficioso por lo anteriormente mencionado (Edwards, 2016). Así, las autoridades armenias, así como las autoridades artsajíes, estaban de acuerdo en que el reconocimiento eventualmente llegaría cuando la comunidad internacional aceptase el hecho de que Artsaj era una entidad que sí existía de manera de facto (Kocharyan, 2016; Khachatryan, 2012). Es por este motivo que Armenia siempre empujó en las negociaciones del Grupo Minsk que se debía aceptar que, de manera de facto, la entidad de Artsaj existía y debía ser incluida en el proceso de negociación (Galstyan, 2013; Remler et al., 2024). A pesar de las constantes negatorias de Azerbaiyán por aceptar a Artsaj como una parte legítima en las negociaciones, Armenia optó por continuar participando en el Grupo Minsk porque, si se salía, no quedaría nadie quien defiende los intereses artsajíes, decisión apoyada por las autoridades de Stepanakert (Kocharyan, 2016; Souleimanov, 2005).

Una posible cuarta razón por la cual no se reconoció a Artsaj pudo haber sido la prevalencia del deseo de unificación por parte de algunos políticos en Armenia. No es misterio que hay quienes piensan que Armenia siempre ha buscado solamente la unificación y es importante recordar que este sí fue el objetivo de Armenia previo a la declaración de independencia de Artsaj en 1991. Sin embargo, la posición oficial de las autoridades armenias siempre fue que buscaban defender los intereses de autodeterminación de Artsaj dentro del marco del Grupo Minsk, es decir, en ningún momento llamaron directamente a una unificación (Kocharyan, 2016; Souleimanov, 2005). El único momento donde se evidencia un accionar contrario a esta posición fue en 1999 cuando el presidente Robert Kocharián acordó secretamente con el presidente azerí Heydar Alíyev un intercambio territorial. Este consistía en que, a cambio de que el territorio de Nagorno Karabaj fuera anexado a Armenia, una parte del territorio armenio en la frontera sur con Irán sería cedido a Azerbaiyán para que pueda conectarse con su enclave de Najicheván. Ambos presidentes incluso instaron a los copresidentes del Grupo Minsk a que hicieran un plan escrito del intercambio. No obstante, ataques de grupos extremistas armenios al parlamento en Ereván finalmente hicieron que Kocharián tuviera que retractarse (Remler et al., 2024; Broers, 2019). Fuera de este evento, hay

poco que sugiera que el deseo de unificación haya sido motivo para que Armenia no reconociera a Artsaj en esos primeros años, pero es pertinente reconocer que pudo haber sido una posibilidad al menos en 1999 por estos hechos.

Desde entonces, Armenia buscó continuar apoyando diplomáticamente a Artsaj casi exclusivamente a través del Grupo Minsk que, como ya se ha mencionado, en realidad no fue muy efectivo en lograr su cometido de fomentar un entendimiento entre Armenia y Azerbaiyán. Entre 1999 y 2001 se mantuvieron varias reuniones bilaterales entre Robert Kocharián y Heydar Alíyev en el marco del Grupo Minsk, así como las notorias negociaciones de paz de Key West. Lamentablemente, estas negociaciones no resultaron en nada y la salud del presidente azerí impidió que se pueda continuar el diálogo de manera activa (Remler et al., 2024; Dehdashti-Rasmussen, 2007). En 2003, el nuevo presidente azerí Ilham Alíyev, al ser nuevo en el poder y temiendo que hacer concesiones a Armenia debilitaría su imagen política, endureció su postura sobre la cuestión de Artsaj, reusándose a continuar negociaciones sobre el estatus artsají hasta que Armenia retirase sus tropas de las otras provincias azeríes bajo control armenio. Algunos autores sostienen que este fue un momento decisivo en que Armenia pudo haber reconocido a Artsaj como respuesta a la reducción de flexibilidad azerí, pero optó por no hacerlo para no trabar por completo las negociaciones. De este modo, Armenia continuó participando de las negociaciones del Grupo Minsk y en varias reuniones bilaterales realizadas por los copresidentes, pero igualmente no hubo mucho progreso (Remler et al., 2024; Dehdashti-Rasmussen, 2007; Peña, 2024).

En 2008 ocurrió otro momento decisivo en que la cuestión del reconocimiento volvió a plantearse. Los acontecimientos en Kosovo y, posteriormente, en Abjasia y Osetia del Sur transmitieron el mensaje de que el reconocimiento de Estados de facto era más posible que en el pasado. Incluso Artsaj, por un breve momento, empezó a utilizar el caso de Kosovo para justificar su legitimidad como Estado (Caspersen, 2015). Para Armenia, quien había estado interesado en reconocer a Artsaj por años, el reconocimiento de estos Estados de facto se percibió como una ventana de oportunidad, especialmente considerando que Rusia, el principal aliado y socio de Armenia, había reconocido a otros dos Estados de facto caucásicos (Giragosian, 2009). El presidente ruso Vladimir Putin

incluso mencionó en una entrevista en 2020 que, tras los eventos de 2008, Rusia estaba abierta a respetar los deseos de autodeterminación de diferentes pueblos, sugiriendo que ese pudo ser el caso para Artsaj también (Sassounian, 2020). No obstante, el discurso oficial que Rusia emitió en 2008 no comunicaba este sentimiento. En primer lugar, Armenia entendió que Rusia estaba haciendo este cambio radical en su política exterior más como respuesta al reconocimiento occidental de Kosovo que por una nueva opinión sobre los Estados de facto per se. También, debía considerarse el hecho de que Rusia había reafirmado en numerosas ocasiones su compromiso a respetar la integridad territorial azerí, tanto dentro y fuera del Grupo Minsk (Giragosian, 2009; Markedonov, 2019; Dehdashti-Rasmussen, 2007). Por último, Armenia entendió que, en general, todos los reconocimientos que ocurrieron en 2008 fueron muy debatidos e incluso el caso de Kosovo era cuestionado por la mayoría de Estados en el mundo. De este modo, incluso las autoridades artsajíes se desilusionaron y dejaron de utilizar a Kosovo para legitimarse (Krüger, 2010; Caspersen, 2015). Así, Armenia no percibió un escenario muy favorable para reconocer abiertamente a Artsaj en 2008 y su cálculo continuó siendo que reconocer a Artsaj probablemente traería más problemas que beneficios, ya que solo estarían reafirmando los hechos sin mucho más que ganar.

Para 2009, Armenia formó parte de declaraciones conjuntas junto con Azerbaiyán y los copresidentes del Grupo Minsk afirmando los “Principios de Madrid”, que servirían de puntos guía para las negociaciones entre ambas partes. Armenia, por su parte, logró asegurar algunos puntos clave para los intereses de Artsaj, como que se garantice el derecho de autodeterminación y protección del pueblo artsají, que Artsaj pueda contar con un gobierno regional provisional y que la solución final del estatus de Artsaj aún se determinaría en el futuro. Sin embargo, como concesión, tuvo que aceptar que uno de los puntos fuera el retiro de las fuerzas militares armenias de las provincias azeríes adyacentes a Artsaj, afirmando la integridad territorial azerí para esas regiones (Kocharyan, 2016; Peña, 2024; Broers, 2019). A pesar de lo positivo, esto representó una diferencia entre los intereses armenios y artsajíes ya que, a pesar de que Armenia tuviese facilidad para afirmar lo estipulado en los “Principios de Madrid”, para Artsaj el retiro de tropas armenias de las regiones adyacentes a su territorio era un pronóstico inimaginable para su propia seguridad. De este modo, se entiende que las consideraciones de

seguridad de Armenia eran diferentes a las de Artsaj, ya que cada uno debía tomar en cuenta su propia geografía y prioridades estratégicas (Galstyan, 2013; Giragosian, 2009). No obstante, Armenia finalmente no tuvo que mover sus tropas porque no se llegó a ningún acuerdo con Azerbaiyán, quien tenía sus propias objeciones sobre los “Principios de Madrid” (Kocharyan, 2016; Peña, 2024; Broers, 2019).

Para 2014, las negociaciones prácticamente se habían congelado nuevamente y comenzaron a haber pequeños enfrentamientos en la frontera entre Artsaj y Azerbaiyán. Las tensiones continuaron acrecentándose y, en abril de 2016, ocurrió la llamada Guerra de los Cuatro Días, el primer instante en que las fuerzas militares azeríes avanzaron decisivamente contra las fuerzas armenio-artsajíes, demostrando una clara superioridad tecnológica, material y táctica (Peña, 2024; Broers, 2024). Estos eventos tan solo hicieron que continuar las negociaciones sea menos deseable por ambos bandos e incluso propició que el entonces presidente armenio, Serzh Sargsián, amenazara con reconocer a Artsaj si es que continuaban las agresiones (Peña, 2024; Edwards, 2016). En la realidad, sin embargo, se continuó opinando que un reconocimiento no resolvería nada y probablemente generaría más dificultades para Armenia, por lo que la continuidad de las agresiones no trajo ningún reconocimiento (Edwards, 2016).

Tras los eventos de 2016, el costo del continuo apoyo armenio a Artsaj comenzaba a revelarse. Durante años, se había anticipado que Azerbaiyán podría eventualmente ganar una ventaja comparativa en el estatus quo del conflicto por su potencial económico de los hidrocarburos y, en 2016, este pronóstico era ahora una realidad (Remler et al., 2024; Broers, 2019). En comparación, Armenia no solo había estado destinando parte de su PBI para mantener a Artsaj al ser su Estado patrocinador, sino que también había sido excluida de los proyectos de integración regional por la difícil relación con Azerbaiyán. El ejemplo más claro de esto fue la construcción del oleoducto Baku–Tiflis–Ceyhan, proyecto del cual Armenia quedó intencionalmente excluida (Nation, 2009; Edwards, 2016). La relación con Turquía también se había visto afectada desde el principio del conflicto, momento en que Turquía cerró sus fronteras con Armenia en solidaridad con Azerbaiyán. Esta situación continuó a lo largo de los 90s y, aunque en los 2000s hubo intentos de acercamiento entre Turquía y Armenia, este proceso fue interrumpido por

Azerbaiyán, quien logró convencer a Turquía de que se mantuviese firme en su posición sobre Artsaj, generando que no pueda haber un reacercamiento turco-armenio sin que haya una solución final respecto a Artsaj (Kaffka, 2020; Galstyan, 2013). Todo esto, sumado a las sanciones internacionales contra Irán y las pocas relaciones económicas con Georgia, dejaron a Armenia fuertemente dependiente de Rusia en materia económica (Galstyan, 2013; Kelkitli, 2008; Nation, 2015). De este modo, se evidencia que el apoyo armenio a Artsaj y la preponderancia que se le brindaba a este asunto dentro de la política exterior armenia fue extremadamente costoso en diferentes aspectos.

Con estas consideraciones en mente, en 2018 ascendió como primer ministro Nikol Pashinián, gran opositor de los gobiernos de Kocharián y Sargsián, quienes habían gobernado el país desde 1998. Su plataforma era crítica de las anteriores administraciones en su manejo económico, que habían dejado a Armenia fuertemente dependiente de Rusia. En parte, se pensaba que esto se debía a la prioridad que Kocharián y Sargsián destinaban a Artsaj, ya que ambos expresidentes eran originarios de allí. De este modo, Pashinián tenía grandes esperanzas de poder ampliar sus contactos internacionales y escapar de esta dependencia (Abrahamyan, 2018; Crowcroft, 2021). Inicialmente, esto fue percibido con buenos ojos en Azerbaiyán y Turquía durante el proceso de campañas electorales, pero estas percepciones colapsaron entre 2018 y 2019 (Huseynov y Shafiyev, 2020; President of the Republic of Azerbaijan, 2024). Por motivos inciertos, aunque probablemente para apaciguar a los sectores nacionalistas de Armenia y como respuesta a las agresiones azeríes de años anteriores, Pashinián endureció su postura sobre Artsaj. En ese sentido, a pesar de haber declarado que priorizaría a Armenia teniendo en cuenta sus propias prioridades nacionales y que Artsaj debería poder representarse por sí solo en instituciones internacionales, al mismo tiempo realizó mítines políticos en territorio artsají y volvió a fomentar la idea de unificación con Artsaj. En esta misma línea, siguió una retórica que sugería que no se podría llegar a un entendimiento con Azerbaiyán mientras que Alíyev mantuviese su postura hostil contra Armenia y Artsaj (Huseynov y Shafiyev, 2020; Abrahamyan, 2018; Kucera, 2019). Cabe resaltar que Pashinián no mantenía una muy buena relación con el presidente artsají Bako Sahakyan justamente porque este era cercano a Kocharián y Sargsián, lo cual evidencia una falta de coordinación con Artsaj. De hecho, aunque Pashinián se reunió

con Sahakyan para coordinar ciertos asuntos en 2018, como la reafirmación del compromiso armenio para defender Artsaj, Sahakyan no estuvo de acuerdo con los mítines (Kucera, 2019). El resultado final que esta situación tuvo es que se percibiera a Pashinián como un líder mucho más radical que sus predecesores, ante lo cual el liderazgo de Azerbaiyán terminó convenciéndose de que la opción militar sería la única opción para solucionar el conflicto (Kucera, 2019; Huseynov y Shafiyev, 2020; President of the Republic of Azerbaijan, 2024). Entonces, a pesar de que Pashinián se presentaba como un líder contrario a las posiciones de Kocharián y Sargsián en materia económica, en la práctica adoptó una posición mucho más radical sobre Artsaj, incluso llamando a la unificación en sus mítines, aunque no en foros internacionales. Es preciso remarcar que este endurecimiento de la postura sobre Artsaj probablemente fue una respuesta a las constantes agresiones azeríes de años anteriores, continuando así el ciclo interminable de provocaciones entre Armenia y Azerbaiyán, pero la consecuencia que la nueva postura armenia tuvo es que se dejase de ver las negociaciones como una posible salida.

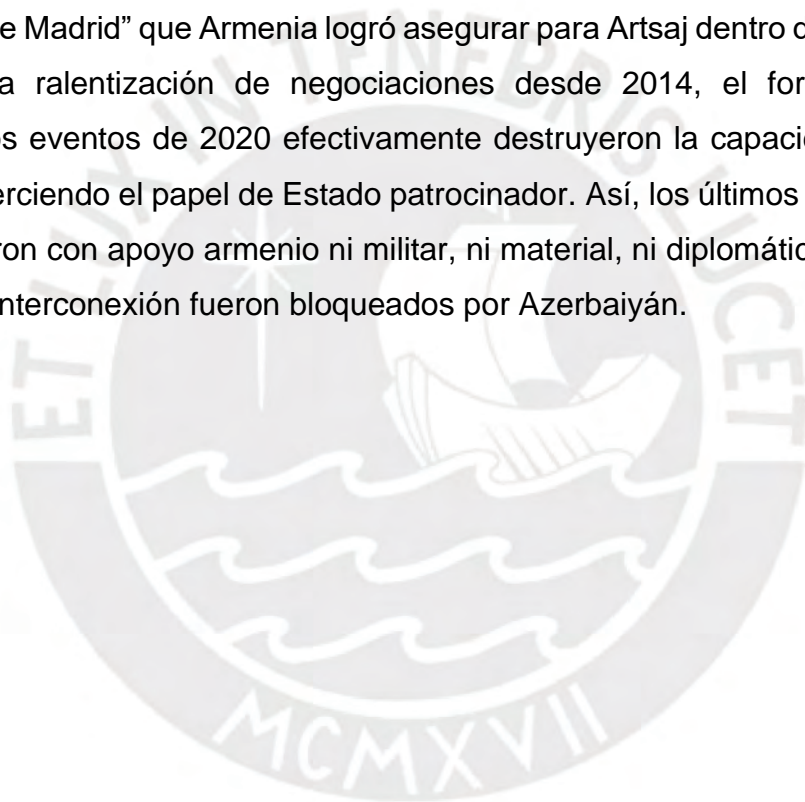
El conflicto finalmente llegó en 2020 con la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj. Armenia y Artsaj fueron decisivamente derrotados por el ejército azerí, que tras años de fortalecimiento y ayuda de Turquía se había consolidado como la fuerza armada más poderosa del Cáucaso. Armenia esperaba que, si llegase a haber una agresión de tal magnitud, Rusia podría intervenir y Armenia sería protegida por el OTSC. Sin embargo, esta ayuda nunca llegó pues se argumentó que, como el territorio artsají era internacionalmente reconocido como parte de Azerbaiyán, la OTSC no tenía obligación vinculante de intervenir. Así, tras 44 días de lucha, Armenia no tuvo más remedio que acceder a un nuevo alto al fuego mediado por Rusia, que esta vez solo incluía a Armenia y a Azerbaiyán, excluyendo a Artsaj por completo (Peña, 2024; Arakelyan y Kassab, 2023). De esta manera, Armenia fue forzada a abandonar los territorios azeríes donde su ejército había resguardado Artsaj por años, dejando a Artsaj solo y en una posición mucho más débil. Lo único que Armenia pudo garantizar en el alto al fuego para los intereses de Artsaj fue el establecimiento de fuerzas de mantenimiento de paz rusas (Peña, 2024). Posteriormente, las negociaciones de paz continuaron, aunque ahora con diferentes Estados tratando de actuar como mediadores individuales, como EE.UU. o Rusia. Armenia continuó intentando velar por la seguridad y derecho de autodeterminación

artsají en las negociaciones, pero ya no se encontraba en una posición de ejercer esas demandas, teniendo que hacer varias concesiones a Azerbaiyán de manera paulatina. Entre estas concesiones hubo una promesa de ceder el control de Artsaj a Azerbaiyán por 25 años, reconocer la integridad territorial de Azerbaiyán y aceptar que el territorio de Artsaj era parte del territorio de Azerbaiyán. Esta última diferencia es importante porque en años anteriores Armenia no había considerado al territorio de Artsaj como parte de Azerbaiyán incluso si sí aceptaba la integridad territorial del resto de provincias azeríes ocupadas (Peña, 2024; Poghosyan y DerSimonian, 2024; Avedian, 2023; Tashijan et al., 2024). Esta nueva postura armenia llevó a que Pashinián sea muy criticado y acusado de traidor, pero realísticamente no había mucho más que pudiese hacer (Crowcroft, 2021). En palabras del profesor Laurence Broers, especialista en la región del Cáucaso: “the war successfully eliminated Armenia’s capacity to act as a patron state” (Broers, 2024). De este modo, Armenia continuó una política de apaciguamiento de Azerbaiyán con las esperanzas de que no se escalase a un conflicto final que arrasase con la ahora más debilitada Artsaj.

Lamentablemente, este conflicto sí terminó sucediendo, con la última ofensiva azerí contra Artsaj en 2023. Al ya no encontrarse en una posición para defender a Artsaj y al haber reconocido la soberanía azerí del territorio, hubo poco que Armenia pudo hacer. Oficialmente, Armenia solo condenó el accionar azerí, acusándolo de limpieza étnica, aunque Pashinián fue cuidadoso de no calificar como ilegítima la intervención militar azerí, que era considerada por Azerbaiyán como un asunto interno (Khulian, 2024; Broers, 2024). Más allá de eso, las negociaciones para un proceso de normalización continuaron porque hay más asuntos que aún hace falta resolver entre Armenia y Azerbaiyán. No obstante, la cuestión de Artsaj ya ha sido cerrada para la administración de Pashinián, que también ha declarado que los líderes artsajíes restantes no son representantes legítimos pues Artsaj ya no es una entidad legal existente (Khulian, 2024; Landgraf y Seferian, 2024).

En síntesis, Armenia siempre mantuvo una relación muy cercana con Artsaj, no solo por ser su Estado afín, sino por ser también su Estado patrocinador. Con muy pocas excepciones, Armenia demostró continuamente estar comprometido con la autonomía e

independencia artsají, pero nunca extendió su reconocimiento al Estado de facto por una variedad de motivos, principalmente por temor a que esto terminase siendo perjudicial tanto para la imagen internacional de Armenia como para el proceso de negociación con Azerbaiyán. Se observa que, por ser el Estado afín de Artsaj, el involucramiento armenio generó algunas dificultades en legitimar el deseo artsají de autonomía, ya que siempre se encasilló al Estado de facto en el marco del conflicto más macro entre Armenia y Azerbaiyán. Por otro lado, Armenia cumplió sus funciones como Estado patrocinador, financiando a Artsaj de manera continua y velando por sus intereses en foros internacionales. El más claro éxito de esta estrategia se observa en algunos puntos de los “Principios de Madrid” que Armenia logró asegurar para Artsaj dentro del Grupo Minsk. No obstante, la ralentización de negociaciones desde 2014, el fortalecimiento de Azerbaiyán y los eventos de 2020 efectivamente destruyeron la capacidad armenia de poder seguir ejerciendo el papel de Estado patrocinador. Así, los últimos años de vida de Artsaj no contaron con apoyo armenio ni militar, ni material, ni diplomático, ya que todos estos flujos de interconexión fueron bloqueados por Azerbaiyán.



Conclusiones

A partir de la información recopilada en esta investigación, se han explorado los discursos, intereses, capacidades y el accionar de los diferentes actores estatales involucrados con el reconocimiento de Kosovo y Artsaj. Los hallazgos han revelado tanto aciertos como errores respecto a la hipótesis presentada inicialmente, que deben ser explicadas oportunamente. De este modo, este capítulo estará dedicado a sintetizar la información obtenida, comparar los procesos de ambos casos y hacer una reflexión al respecto.

En primer lugar, se han identificado diferentes periodos de interés que las potencias tuvieron sobre los Estados de facto. Cabe resaltar que, al ser potencias distintas, los cambios en los periodos de interés no necesariamente coinciden para Rusia y EE.UU., sino que responden a los desarrollos políticos y diplomáticos de ambos Estados. El primer periodo estadounidense sobre Kosovo comienza en 1998, cuando Estados Unidos adquiere un interés por solucionar el conflicto e intervenir en el territorio. Esta voluntad por intervenir se ligaba con su interés regional de garantizar la seguridad en los Balcanes y Europa, y prevenir que el conflicto se expanda. En esta primera etapa, habiendo establecido presencia militar, EE.UU. comenzó a destinar recursos a Kosovo. El segundo periodo de interés estadounidense comienza en 2004. En ese año, las protestas kosovares contra la UNMIK generaron que EE.UU. procurase resolver la situación del estatus kosovar lo más pronto posible, que había dejado de ser una prioridad en años anteriores. Desde ese momento, el reconocimiento de Kosovo se empezó a concebir como una posible alternativa para resolver el conflicto rápidamente. Finalmente, el tercer periodo comienza en 2007, año en que se publica el Plan Ahtisaari. En esta etapa, el interés regional de Estados Unidos era acabar con los asuntos pendientes de la región para retirarse paulatinamente de los Balcanes y centrarse en otras regiones. Ante esto, el Plan Ahtisaari, que consideraba el reconocimiento de Kosovo como única solución, se presentó como la oportunidad perfecta para que Estados Unidos pueda cumplir con sus objetivos. En ese momento, Estados Unidos había contado con presencia en la región desde 1999, y poseía una influencia tanto regional como mundial mucho mayor a la de Rusia. De este modo, Estados Unidos se encontraba en una posición mucho más capaz

para realizar lobby internacional a favor del reconocimiento kosovar, así como para ayudar a Kosovo a constituirse verdaderamente como Estado.

El primer periodo de interés ruso sobre Kosovo también comienza en 1998 y, al igual que EE.UU., el interés en ese momento era por solucionar el conflicto entre serbios y albaneses kosovares. Sin embargo, a diferencia de EE.UU., Rusia también quería prevenir que ocurriese otra intervención de la OTAN en la región, priorizando la vía diplomática. En 1999, tras la intervención de la OTAN, comenzó el segundo periodo de interés ruso, en que se adoptó una postura por el no reconocimiento de Kosovo. Esto se basaba en el respeto hacia el Derecho Internacional y el principio de integridad territorial, temas sensibles para Rusia considerando que en esa época se mantenían los intentos secesionistas de Chechenia. De este modo, Rusia declaró que bloquearía intentos de que Kosovo sea considerado como Estado en la ONU y urgía respeto a la resolución 1244 del Consejo de Seguridad, que apoyaba la integridad territorial serbia. El tercer y último periodo empieza en 2008, tras los varios reconocimientos occidentales hacia Kosovo. En esta nueva fase, la posición rusa siguió siendo el no reconocimiento de Kosovo, pero ya no por respetar al Derecho Internacional, sino para mantener su influencia en Serbia, principal aliado ruso en la región, y desafiar la posición de Occidente en el marco de su confrontación geopolítica. Desde entonces, Rusia ha realizado lobby en contra del reconocimiento de Kosovo en foros internacionales y ha buscado generar retiradas de reconocimiento en negociaciones bilaterales. No obstante, la declaración de independencia kosovar ocurrió en un momento en que Estados Unidos se encontraba en una mejor posición político-diplomática en los Balcanes, y contaba con mayor capacidad material y el respaldo de sus aliados, por lo que EE.UU. ha sido capaz de generar más reconocimiento de los que Rusia ha sido capaz de remover por la diferencia entre sus capacidades.

En la justificación de la hipótesis, inicialmente se planteó que fue el interés estadounidense por preservar los principios de libertad y democracia en Occidente, sumado a un contexto de crisis y violaciones de derechos humanos en los Balcanes lo que llevó a EE.UU. a apoyar la causa kosovar. Similarmente, se planteó que, con el objetivo de debilitar al gobierno poco cooperativo de Milosevic y por el deseo de mantener

la estabilidad en Europa, EE.UU. consideró beneficioso la creación de una república en Kosovo y promover su reconocimiento. Habiendo revisado la literatura, se demuestra que este no fue el caso. A pesar de que el interés estadounidense por resguardar a Europa, así como garantizar la democracia y el resto de los factores mencionados sí fueron motivaciones para que se decidiera intervenir en Kosovo en 1998, no hubo un apoyo inmediato por la causa independentista kosovar en sí. Todo esto corresponde con el primer periodo de interés estadounidense en Kosovo, donde solo había interés por resolver el conflicto, no por fomentar el reconocimiento internacional kosovar. El cambio de posición ocurriría recién en el tercer periodo de 2007, donde el interés regional estadounidense de acabar con los asuntos pendientes en los Balcanes se alineó con reconocer a Kosovo siguiendo lo propuesto por el Plan Ahtisaari. Cabe resaltar que para ese entonces ya habían transcurrido años de constante interacción y financiamiento por parte de EE.UU. hacia Kosovo, convirtiendo a Estados Unidos en el Estado patrocinador principal.

Por otro lado, se esbozó en la justificación que Rusia nunca adquirió ninguna voluntad por reconocer a Kosovo y que no se pudo contrarrestar el lobby estadounidense a favor de Kosovo debido a que la influencia estadounidense en la región era comparativamente superior a la de Rusia. Esto sí resultó siendo en su mayoría cierto. Se observa que en ninguno de los tres periodos de interés rusos sobre Kosovo hubo un apoyo por su reconocimiento. De hecho, desde el segundo periodo en 1999, Rusia estaba interesada en que no ocurriese un reconocimiento kosovar. Además, se observa que la influencia rusa, a pesar de que varios otros Estados tampoco estaban de acuerdo con la independencia, no bastó para impedir que el apoyo estadounidense de reconocimiento hacia Kosovo rindiera frutos, con casi cien Estados miembros de la ONU extendiendo su reconocimiento a la joven república inmediatamente. En respuesta a esto, Rusia ha intentado generar retiradas de reconocimiento, pero sencillamente no cuenta con los incentivos o capacidades materiales suficientes para generar un número significativo de retiradas como, por ejemplo, sí lo han logrado hacer China y Marruecos sobre Taiwán y la República Árabe Saharaui Democrática respectivamente. No obstante, cabe resaltar que estos otros casos responden a contextos distintos, pues en China y Marruecos está en juego su integridad territorial, lo cual no ocurre en el caso ruso con Kosovo. De igual

manera, sí fue verdad que, en un momento de clara superioridad material y de influencia estadounidense, el accionar ruso contra el reconocimiento kosovar no fue tan efectivo.

El primer periodo de interés estadounidense sobre Artsaj comenzó en 1988 con el inicio de hostilidades en la región de Nagorno Karabaj. La posición estadounidense se basó simplemente en querer ayudar a detener las hostilidades diplomáticamente, lo cual se alineaba con su interés general en el Cáucaso de querer estabilizar la región. Tras el alto al fuego de 1994, empieza el segundo periodo de interés estadounidense, donde se adquiere una voluntad por solucionar el conflicto armenio-azerí, para lo cual participó del Grupo Minsk. Sin embargo, los intereses regionales de EE.UU. no se alineaban con lo concerniente a Artsaj porque se tornaron hacia los hidrocarburos o la “guerra contra el terror”. Así, había un interés por resolver el conflicto diplomáticamente, pero este no era prioritario y tampoco había una posición favorable hacia el reconocimiento. La posición estadounidense se mantuvo así por varios años hasta la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj en 2020. Es aquí donde comienza el tercer periodo de interés estadounidense en Artsaj, esta vez directamente en contra de su reconocimiento. Esto se debió a que, por el cambio en la relación de fuerzas más favorable a Azerbaiyán, se consideró que el reconocimiento mutuo de fronteras entre Armenia y Azerbaiyán facilitaría una solución final, mientras que un repentino reconocimiento hacia Artsaj tan solo continuaría el conflicto bélico. Por último, un cuarto periodo de interés estadounidense comenzó en 2022. Este periodo se caracterizó porque EE.UU. revitalizó sus esfuerzos diplomáticos para llegar a una solución pacífica al conflicto, queriendo desplazar a Rusia como mediador. A pesar de que igualmente no había interés por el reconocimiento artsají, es preciso remarcar que hubo un interés estadounidense por llegar a una solución pacífica, hecho que no llegó a suceder por la desaparición de Artsaj como entidad política de 2023.

Luego del colapso de la Unión Soviética, el primer periodo de interés ruso sobre Artsaj comenzó en 1992, cuando el nuevo Estado ruso recién pudo concentrarse en la situación en sus fronteras. Como EE.UU., Rusia también buscaba garantizar estabilidad en Nagorno Karabaj, que se alineaba con su interés regional de no permitir que los conflictos del Cáucaso se expandan. El segundo periodo de interés ruso también comenzó en 1994. Habiendo logrado un alto al fuego, Rusia participó en el Grupo Minsk para lograr una

solución al conflicto armenio-azerí. No obstante, el interés ruso sobre el Cáucaso en general se tornó a mantener la influencia rusa en los Estados caucásicos. Por este motivo, ser intencionalmente ambiguo sobre Artsaj era conveniente para mantener su influencia en Armenia y Azerbaiyán. Así, hubo un interés por “congelar” el asunto del estatus artsají, que no negaba la posibilidad de reconocimiento en el marco de las negociaciones, pero tampoco la fomentaba, siendo intencionalmente ambiguo. Finalmente, el tercer periodo de interés ruso inicia en 2020 con la Segunda Guerra de Nagorno Karabaj. Al igual que EE.UU., se evidencia una posición en contra de reconocer a Artsaj en este periodo debido a que se pensaba que el reconocimiento mutuo de fronteras entre Armenia y Azerbaiyán sería lo más benéfico para una futura paz duradera, abandonando así toda posibilidad de reconocimiento artsají. El cuarto periodo de interés ruso comienza en 2022. En este periodo, mantener la posición de mediador en Artsaj dejó de ser prioridad para la agenda política rusa, más centrada en el conflicto en Ucrania, lo cual permitió a Azerbaiyán realizar su ofensiva final en 2023.

Sobre el caso de Artsaj, la justificación de la hipótesis mencionaba que el interés ruso por preservar el statu quo del conflicto armenio-azerí impidió que cualquier reconocimiento a Artsaj se pudiese materializar. En la realidad, esto solo fue parcialmente verdadero. Si bien es cierto que Rusia nunca mostró una voluntad por reconocer a Artsaj, lo cual no contribuyó a que pueda recibir reconocimiento internacional, esto no significa que lo haya impedido directamente. Como se ha explicado, fue recién en el tercer periodo de 2020 donde se evidencia un interés específico por que no haya reconocimiento. Durante la primera y segunda etapa, sin embargo, Rusia no estaba directamente bloqueando la posibilidad. De hecho, la entrevista con el presidente ruso Vladimir Putin en 2020 confirma que el reconocimiento de Artsaj no era descartado como posibilidad en el marco de los varios reconocimientos a Estados de facto que ocurrieron en 2008. De este modo, de haberse dado otras circunstancias, reconocer a Artsaj era algo que incluso Rusia pudo haber aceptado.

Por otro lado, se esbozó que el hecho de que Estados Unidos no haya llegado a establecer una presencia importante en el Cáucaso lo inhabilitó de poder haber seguido una política exterior efectiva en defensa del reconocimiento de Artsaj. Esto es verdad en

el caso de la defensa de Artsaj en sí, ya que en ningún momento se evidencia que EE.UU. haya sido lo suficientemente influyente en el Cáucaso como para desafiar la integridad territorial azerí así como lo hizo con Serbia. Piénsese cómo EE.UU. no pudo evitar la completa desaparición de Artsaj en 2023, mientras que evitó un evento similar en Kosovo en 1999. De hecho, se evidencia un breve periodo después de 2008 en que EE.UU. prácticamente abandonó la región, dejando que los europeos se involucren más. No obstante, es preciso remarcar que, aún de haber habido una presencia estadounidense significativa en la región, reconocer a Artsaj nunca se alineó con los intereses regionales de EE.UU., más enfocados en los hidrocarburos y la cooperación militar por la “guerra contra el terror”. De hecho, mantener una buena relación con Azerbaiyán se alineaba mejor con estos intereses regionales, por lo que, a pesar de haber voluntad por apoyar a la población artsají dentro de ciertos sectores en EE.UU., reconocer a Artsaj probablemente hubiera sido inconsistente con los intereses estadounidenses sobre el Cáucaso.

De este modo, la primera mitad de la hipótesis acerca del alineamiento de los intereses regionales, la posición de las potencias respecto al Estado de facto y un momento donde se contaba con la capacidad material necesaria parece ser cierto para el caso de Kosovo, pero no por los motivos mencionados. El interés estadounidense por el reconocimiento kosovar ocurrió en un momento donde se alineaba perfectamente con el interés regional de acabar con todos los asuntos en los Balcanes debido a que Estados Unidos quería dejar de estar tan involucrado en esa región. El Plan Ahtisaari se presentó como una opción que resolvería este interés regional estadounidense si se reconocía a Kosovo como Estado. Además, EE.UU. contaba con la capacidad material necesaria al haber estado involucrado en la reconstrucción kosovar desde 1999 y haber sedimentado su presencia en la región como Estado patrocinador de Kosovo. Similarmente, la hipótesis también parece estar correcta para Artsaj ya que se identifica que, entre 1994 y 2020, Rusia tenía una postura específica sobre el Estado de facto que se alineaba con su interés regional, y era la potencia más influyente y con mayor presencia en la región. La única diferencia fue que la postura rusa buscaba el “congelamiento” del asunto del estatus artsají, lo cual se alineaba con su deseo de balancear su influencia entre Armenia

y Azerbaiyán, motivo por el cual un apoyo explícito hacia el reconocimiento de Artsaj nunca se llegó a manifestar.

Sobre los Estados afines, la comparación entre el accionar de Albania y Armenia es mucho más simple. Por un lado, a pesar de que grupos políticos estuviesen a favor de hacer algo al respecto, Albania nunca intentó llamar de manera oficial a la unificación con Kosovo o a su independencia. Esto se debió más que nada a los continuos periodos de crisis que Albania atravesó y la disparidad militar con Yugoslavia, Estado padre de Kosovo. La única excepción a esto fue el reconocimiento a la declaración de independencia kosovar de 1991, pero fue prontamente retirada al ver que no tendría efecto y solo perjudicaría relaciones con Yugoslavia. Fue solo alineándose con Occidente y adhiriéndose a sus directrices que Albania eventualmente reconoció a Kosovo cuando el resto de Estados occidentales lo hicieron en 2008, y solo desde entonces es que ha ejercido un papel de lobby a favor del Estado de facto. Cabe resaltar que, al mantenerse al margen de los desarrollos en Kosovo, ya sea por su incapacidad material o las directrices de Occidente, Albania nunca estuvo involucrada directamente en la búsqueda de estatalidad kosovar ni en las negociaciones para determinar su estatus antes de 2008. El único aporte albanés que pudo haber repercutido sobre Kosovo es la búsqueda pragmática de aliados estratégicos que puedan ser simpatéticos a la causa kosovar. Esta fue la razón por la cual Albania se acercó diplomáticamente a la RFA y posteriormente a EE.UU. De hecho, en tiempos actuales, cuando Albania sí se ha involucrado en negociaciones con Serbia en defensa de Kosovo, esto solo ha causado tensiones con el Estado de facto, que busca representarse por sí mismo.

En cambio, desde que Armenia resurgió como Estado en 1991, no solo ha llamado a la unificación y reconocimiento de estatalidad de facto de Artsaj, sino que ha luchado guerras por ello. A diferencia de Albania, Armenia se constituyó como Estado patrocinador y prácticamente ha basado toda su política exterior en base a la protección a Artsaj. De este modo, Armenia se consolidó como representante de los intereses de Artsaj en los foros internacionales que no incluían a Artsaj al no reconocérsele. Sin embargo, para no perjudicar las negociaciones, Armenia nunca reconoció a Artsaj en ningún momento.

Según la información encontrada, queda claro que el accionar de Albania sobre la búsqueda de reconocimiento kosovar no ha sido demasiado resaltante. El único acontecimiento que se destaca es el reconocimiento a la declaración de independencia kosovar de 1991, instante en que solo Albania se mostró dispuesto a reconocer a Kosovo, aunque este reconocimiento fue prontamente retirado sin haber tenido ningún impacto trascendental. No obstante, según la información encontrada sobre Armenia, parece ser que un bajo involucramiento del Estado afín puede ser muy benéfico, o al menos no perjudicial, para la búsqueda de reconocimiento de un Estado de facto.

Todo pareciera indicar que el hecho de que Armenia haya sido el Estado patrocinador de Artsaj y a la vez su Estado afín generó que se encasillara a Artsaj dentro del conflicto más macro armenio-azerí. Esto se debe a que, al realizar las acciones de un Estado patrocinador, como financiar a Artsaj, apoyar en su seguridad, otorgar pasaportes o cooperar en diversos otros aspectos, se asumía que se estaba intentando integrar completamente a Artsaj al Estado de Armenia. Al ser ambas poblaciones muy similares, se dificultaba la distinción entre estructuras institucionales o comandos militares armenios y artsajíes. Adicionalmente, por los antecedentes de intentos de unificación en los 80s y el hecho de que Armenia había intervenido directamente en la guerra de liberación artsají, era difícil separar a Artsaj del conflicto generalizado ocurrido entre 1988 y 1994. Las repercusiones que esto tuvo fue que se asumiera en varios foros de negociaciones que los representantes de Armenia eran suficientes para representar los intereses artsajíes, y nunca se consideró a Artsaj como una parte legítima de las negociaciones. El hecho de que presidentes y primeros ministros armenios originarios de Artsaj hayan estado en el poder por varios años también contribuía a esta percepción. Así, a pesar de que Armenia hizo lo mejor que pudo para representar los intereses artsajíes y coordinar de cerca con Stepanakert, se le restó demasiada agencia a Artsaj como entidad legítima a los ojos de la comunidad internacional, cosa que no sucedió con Kosovo. De hecho, es posible que el motivo por el cual los Estados occidentales no permitieron a Albania participar cercanamente en el proceso de normalización de relaciones entre Kosovo y Serbia haya sido justamente para no generar tensiones o malas percepciones como ocurrió con la cercanía entre Armenia y Artsaj.

Estos hallazgos tienen importantes implicaciones para el rol del Estado afín en la búsqueda de reconocimiento de Estados de facto. El involucramiento de Estados afines puede ser perjudicial porque, al ser poblaciones étnicamente similares a las de los Estados de facto, se puede confundir el apoyo a la emancipación de un Estado de facto con intentos de irredentismo. Este riesgo se puede agudizar si el Estado afín se constituye como Estado patrocinador, ya que habrá conexiones intrínsecas con el Estado de facto. Casos como este no solo son la relación entre Armenia y Artsaj, sino también la relación entre Turquía y la República Turca del Norte de Chipre por ejemplo. Además, cualquier apoyo militar por parte de un Estado afín será probablemente objeto de esta crítica, por lo que es preferible que se priorice el apoyo diplomático entre estos dos tipos de actores. Por otro lado, es incierto hasta qué punto el apoyo diplomático de un Estado afín es determinante en la obtención de reconocimiento de un Estado de facto, ya que el Estado afín no necesariamente tiene gran capacidad de lobby y recursos. Adicionalmente, también es importante considerar que la ayuda proporcionada por el Estado afín puede ser igualmente necesaria para la supervivencia del Estado de facto, más allá de que pueda ser perjudicial en el largo plazo, lo cual genera otro gran debate en sí. En suma, aunque los beneficios del apoyo diplomático de un Estado afín son inciertos, el involucramiento directo de un Estado afín, especialmente en materia militar, es probablemente perjudicial para la legitimación de un Estado de facto y su búsqueda de reconocimiento.

¿Pero qué significa todo esto para el realismo clásico sobre los Estados de facto? Se observa que los resultados en cuanto al interés de las potencias se alinean con los supuestos de Knotter. El alineamiento entre la posición de las potencias sobre los Estado de facto y su interés regional más general es un factor determinante al momento de la obtención de reconocimiento. Esto es concorde con el supuesto de Knotter que lo más determinante en cuanto a la existencia o supervivencia de los Estados de facto es el interés de los Estados y, al ser los Estados más poderosos, las potencias son las que van a tener mayor influencia en el devenir de las cosas. Por otro lado, lo averiguado acerca de los Estados afines es un poco más complejo. El segundo supuesto de Knotter es que la existencia y perseverancia de los Estados de facto depende de sus capacidades reales y materiales de constituirse como entidades políticas separadas. En el caso de

Kosovo, al haber tenido como Estado patrocinador a una potencia como Estados Unidos, se entiende por qué tuvo más éxito en recibir reconocimientos, e incluso sobrevivir, que Artsaj, cuyo Estado patrocinador solamente era Armenia. Sin embargo, los hallazgos sugieren que el involucramiento de Armenia, que permitió a Artsaj a separarse efectivamente de Azerbaiyán en 1994 y defenderse hasta 2020, fue finalmente perjudicial para la obtención de reconocimiento artsají. De este modo, el simple hecho de tener o recibir las capacidades necesarias para constituirse como un Estado de facto no es un simple cálculo de suma o resta, ya que las implicancias que recibir ciertas capacidades puede tener, como recibir apoyo por parte del Estado afín, puede ser un “regalo envenenado” no intencional que perjudicará la búsqueda de reconocimiento e, incluso, su supervivencia.

Finalmente, cabe resaltar algunos factores no abordados como variables en esta investigación que igualmente parecen haber tenido un impacto importante en el diferente devenir de ambos casos. En primer lugar, se resalta el rol de actores no estatales como la sociedad civil o grupos subversivos. Por ejemplo, esto se evidenció en que fueron las protestas por parte de la población kosovar en 2004 lo que generó que Estados Unidos volviera a prestar atención a la región y adquiriera un interés por solucionar el asunto lo más pronto posible. De no haber sido por estas protestas, es probable que las cosas hayan resultado muy diferentes, sedimentando así al accionar de la población kosovar como un claro ejemplo de agencia de actores no estatales. También se destaca el incremento en actividades terroristas del UÇK, que propiciaron la subsecuente represión serbia que hizo que la comunidad internacional se fijara en Kosovo, o el grupo extremista armenio que atacó el parlamento en 1998, poniendo fin a un posible acuerdo que hubiera garantizado la anexión de Artsaj a cambio de territorio armenio cedido a Azerbaiyán.

En cuanto a actores estatales, se destaca el factor de Turquía para el caso artsají, Estado que influenció mucho en cómo se desarrollaron los eventos en el Cáucaso Sur. Similarmente, un estudio que podría complementar esta investigación sería el comparar a los Estados padres y su accionar político-diplomático, ya que se ha observado que Serbia y Azerbaiyán tuvieron diferentes trayectorias y diferentes maneras de responder a los Estados de facto que surgieron de sus territorios. Otra línea de investigación

interesante sería el accionar de los mismos Estados de facto y cómo estos repercutieron en las interacciones entre actores que finalmente resultaron en la obtención o no de reconocimiento por parte de otros Estados. Todas estas cuestiones no solo amplían las perspectivas sobre soberanía, reconocimiento y legitimidad, sino que también podrían informar a políticas futuras en torno a la búsqueda de reconocimiento o resolución de conflictos sobre Estados de facto en el sistema internacional.



Referencias Bibliográficas

- Abazi, E. (2002). Kosovo Conflict and the Post-Cold War Order: Russia and Turkey Policies. *Turkish Review of Balkan Studies*, 7, 217-236. <https://shs.hal.science/halshs-01340930/file/Abazi-2002-Obiv.pdf>
- Abdi, A. (2013). Is There Anything 'New' in Neoclassical Realism?. *E-International Relations*. <https://www.e-ir.info/2013/02/13/is-there-anything-new-in-neoclassical-realism/>
- Abrahamyan, E. (2018). Pashinyan Stiffens Armenia's Posture Toward Karabakh. *Eurasia Daily Monitor*, 15(72), párr. 14-21. <https://jamestown.org/program/pashinyan-stiffens-armenias-posture-toward-karabakh/>
- Abushov, K. (2009). Policing the near abroad: Russian foreign policy in the South Caucasus. *Australian Journal of International Affairs*, 63(2), 187-212. <https://doi.org/10.1080/10357710902895129>
- Adins, S. (2021). La política exterior rusa pos Guerra Fría. ¿Caso paradigmático de revisionismo?. *Agenda Internacional*, 39, 37-77. <https://doi.org/10.18800/agenda.202101.002>
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2008). *Promoción y Protección de Todos los Derechos Humanos, Civiles, Políticos, Económicos, Sociales y Culturales, Incluido el Derecho al Desarrollo*. ACNUR. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2008/6017.pdf>
- Al Jazeera. (17 de abril de 2024). Russian peacekeepers start withdrawal from Azerbaijan's Nagorno-Karabakh. *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2024/4/17/russian-peacekeepers-start-withdrawal-from-azerbaijans-nagorno-karabakh>
- Anggraeni, S. K. (2022). Analysing Russia's Interests in the 2020 Nagorno-Karabakh Ceasefire Agreement. *Jurnal Hubungan Internasional*, 15(2), 338-354. <https://doi.org/10.20473/jhi.v15i2.35864>

Antonenko, O. (2007). Независимость Косово. Почему Россия против?. *Russie.Nei.Visions*, 21, 1-23. https://www.ifri.org/sites/default/files/migrated_files/documents/atoms/files/ifri_kosovo_antonenko_rus_july2007.pdf

Arakelyan, L. y Kassab, H. (2024). Continuing Russian-Turkish Competition in the Caucasus: New Imperialism?. *The RUSI Journal*, 169(3), 68-82. <https://doi.org/10.1080/03071847.2024.2383303>

Ardolic, M. (2009). *Greater Albania – The Next Crisis in the Balkans?* [Tesis de Maestría, Universidad de Växjö]. <https://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:224406/FULLTEXT01.pdf>

Armakolas, I. y Ker-Lindsay, J. (2020). *The Politics of Recognition and Engagement. EU Member State Relations with Kosovo*. Palgrave Macmillan.

Armstrong, K. (28 de septiembre de 2023). Nagorno-Karabakh state will cease to exist in January, says leader. *BBC News*. <https://www.bbc.com/news/world-europe-66945481>

Army Technology. (s/f). *Camp Bondsteel*. <https://www.army-technology.com/projects/campbondsteel/?cf-view>

Austin, R. C. (2006). Chapter 9. Greater Albania: The Albanian State and the Question of Kosovo, 1912-2001. En J. Lampe y M. Mazower (Eds.), *Ideologies and National Identities* (pp. 235-253). Central European University Press. <https://books.openedition.org/ceup/2434>

Avakian, S. (2015). *Nagorno Karabakh. Legal Aspects*. MIA. <https://www.mfa.am/filemanager/Statics/nk-eng-2015.pdf>

Avdaliani, E. (4 de febrero de 2024). The US's Posture in the South Caucasus: Major Foreign Policy Trends. *Caucasus Watch*. <https://caucasuswatch.de/en/insights/the-uss-posture-in-the-south-caucasus-major-foreign-policy-trends.html>

- Avedian, L. (24 de mayo de 2023). Pashinyan ready to recognize Artsakh as part of Azerbaijan. *The Armenian Weekly*. <https://armenianweekly.com/2023/05/24/pashinyan-ready-to-recognize-artsakh-as-part-of-azerbaijan/>
- Azer, C. (2013). The Nagorno-Karabakh Conflict and the Minsk Group. *Review of Armenian Studies*, 27, 203-248. <https://dergipark.org.tr/tr/download/article-file/777589>
- Basha, L. (14 de abril de 2009). *Written Statement of the Republic of Albania* [Opinión consultativa]. Corte Internacional de Justicia. <https://www.icj-cij.org/sites/default/files/case-related/141/15618.pdf>
- Bassuener, K. (2023). U.S. Policy on the Balkans Under Biden: Accommodating Nationalist Hegemons for Managerial Simplicity. En T. Domi (Ed.), *Western Balkans 2023: Assessment of Internal Challenges and External Threats* (pp. 4-12). New Lines Institute. <https://newlinesinstitute.org/wp-content/uploads/Pages-from-202309014-Essays-Balkans-NLISAP1.pdf>
- Biden, J. (2022). *National security strategy of the United States of America*. The White House. <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf>
- Bieber, F. y Daskalovski, Z. (2003). *Understanding the War in Kosovo*. Routledge.
- Binder, D. (3 de noviembre de 1991). Yugoslavia's Albanians Seek Foreign Affirmation. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/1991/11/03/world/yugoslavia-s-albanians-seek-foreign-affirmation.html>
- Blakkisrud, H., Gelashvili, T., Kemoklidze, N. y Kolstø, P. (2024). Does recognition matter? Exploring patron penetration of de facto state structures. *Territory, Politics, Governance, Special Issue*. <https://doi.org/10.1080/21622671.2024.2323104>
- Borsi, M. (2007). Transnistria – an unrecognized country within Moldova. *SEER: Journal for Labour and Social Affairs in Eastern Europe*, 10(4), 45-50. <https://www.jstor.org/stable/43293237>

British Broadcast Network. (26 de agosto de 2008). Medvedev defends two-republic solution. *BBC Russian*.
http://news.bbc.co.uk/1/hi/russian/russia/newsid_7583000/7583005.stm

Broers, L. (2019). *Armenia and Azerbaijan: Anatomy of a Rivalry*. Edinburgh University Press.

Broers, L. (9 de octubre de 2023). Russia concedes Karabakh for stake in new regional order. *Chatham House*. <https://www.chathamhouse.org/2023/09/russia-concedes-karabakh-stake-new-regional-order>

Broers, L. (2 de enero de 2024). The Nagorno-Karabakh Republic: The life and death of an unrecognized state. *Eurasianet*. <https://eurasianet.org/the-nagorno-karabakh-republic-the-life-and-death-of-an-unrecognized-state>

Bush, G. (10 de junio de 2007). *Joint Press Availability with Prime Minister of Albania, Dr. Sali Berisha*. [Transcripción de discurso]. The White House. <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2007/06/20070610-1.html>

Bush, G. (19 de febrero de 2008). *President Bush Discusses Kosovo*. [Transcripción de discurso]. The White House. <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2008/02/20080219-7.html>

Cakolli, E. (2020). *Kosovo: Between universal non-recognition and 'derecognitions'*. Kosova Democratic Institute y Konrad Adenauer Stiftung. <https://www.kas.de/documents/286052>

Carley, P. (1 de diciembre de 1998). *Nagorno-Karabakh: Searching for a Solution*. United States Institute of Peace. <https://www.usip.org/publications/1998/12/nagorno-karabakh-searching-solution-0>

Caspersen, N. y Stansfield, G. (2011). *Unrecognized States in the International System*. Routledge.

Caspersen, N. (2012). *Unrecognized States. The Struggle for Sovereignty in the Modern International System*. Polity Press.

- Caspersen, N. (2015). The Pursuit of International Recognition After Kosovo. *Global Governance*, 21(3), 393-412. <https://www.jstor.org/stable/24526254>
- Çeku, E. (2016). *Kosovo and Diplomacy since World War II. Yugoslavia, Albania and the Path to Kosovan Independence*. I.B. Tauris.
- Churkin, V. (2008). *Statement by Vitaly Churkin, Permanent Representative of the Russian Federation to the United Nations, at the UN Security Council Meeting on Kosovo Settlement, New York, July 25, 2008* [Transcripción de discurso]. The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. https://mid.ru/en/foreign_policy/international_safety/conflicts/1593410/
- Clinton, B. (24 de marzo de 1999). *Statement on Kosovo*. [Grabación de audio de un discurso]. Miller Center. <https://millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/march-24-1999-statement-kosovo>
- Congressional Research Service. (2008). *Kosovo and U.S. Policy: Background to Independence*. <https://crsreports.congress.gov/product/pdf/RL/RL31053/22>
- Congressional Research Service. (2021). *Kosovo: Background and U.S. Policy*. <https://crsreports.congress.gov/product/pdf/R/R46175>
- Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados. 26 de diciembre de 1933.
- Corten, O. (2008). Déclarations unilatérales d'indépendance et reconnaissances prématurées du Kosovo à l'Ossétie du sud et l'Abkhazie. *Revue Général de Droit International Public*, 112(4), 721-759.
- Crowcroft, O. (18 de junio de 2021). Armenia's Nikol Pashinyan is fighting for his political life. Here's why. *Euronews*. <https://www.euronews.com/2021/06/18/armenia-s-nikol-pashinyan-is-fighting-for-his-political-life-here-s-why>
- Daalder, I. (1998). Decision to Intervene: How the War in Bosnia Ended. *Brookings Institution Press*. <https://www.brookings.edu/articles/decision-to-intervene-how-the-war-in-bosnia-ended/>

- Daalder, I. y O'Hanlon, M. (2000a). The United States in the Balkans: There to Stay. *The Washington Quarterly*, 23(4), 157-170. <https://doi.org/10.1162/016366000561277>
- Daalder, I. y O'Hanlon, M. (2000b). *Winning Ugly: NATO's War to Save Kosovo*. Brookings Institution Press.
- De Waal, T. (1 de agosto de 2010). Remaking the Nagorno-Karabakh Peace Process. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/posts/2010/08/remaking-the-nagorno-karabakh-peace-process?lang=en>
- Dehghani, J. y Zare, M. (2016). Neo-classical Realism in International Relations. *Asian Social Science*, 12(6), 95-99. <https://doi.org/10.5539/ass.v12n6p95>
- Dehdashti-Rasmussen, R. (2007). The Conflict over Nagorno-Karabakh: Causes, the Status of Negotiations, and Prospects. *OSCE Yearbook 2006*, 189-210. <https://ifsh.de/file-CORE/documents/yearbook/english/06/Rasmussen-en.pdf>
- Demjaha, A. (2019). Kosovo's Strategy for Recognition and Engagement. En I. Armakolas y J. Ker Lindsay (Eds.), *The Politics of Recognition and Engagement* (pp. 19-40). Springer.
- Dhimolea, A. (2023). *Comprehensive Cooperation Between Albania and Kosovo as an Auxiliary Instrument to a Speedy Regional Economic Integration*. Friedrich Ebert Stiftung. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/albanien/20321.pdf>
- Directorate of Intelligence. (1983). *Albania: New Openings in Foreign Relations*. Central Intelligence Agency. <https://www.cia.gov/readingroom/docs/CIA-RDP85T00287R000502170001-8.pdf>
- Domi, T. (Ed.). (2024). *The Western Balkans 2024: Assessment of the Current Security Posture and Geopolitical Challenges*. New Line Institute. <https://newlinesinstitute.org/wp-content/uploads/202404103-Essays-Balkans-NLISAP.pdf>

- Donaldson, R. (2000). Boris Yeltsin's Foreign Policy Legacy. *Tulsa Journal of Comparative and International Law*, 7(2), 285-326. <https://digitalcommons.law.utulsa.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1079&context=tjciil>
- Donoghue, J. (17 de abril de 2009). *Written Statement of the United States of America* [Opinión consultativa]. Corte Internacional de Justicia. <https://www.icj-cij.org/sites/default/files/case-related/141/15640.pdf>
- Edwards, M. (19 de abril de 2016). Karabakh rules Armenia. *openDemocracy*. <https://www.opendemocracy.net/en/odr/karabakh-rules-armenia/>
- Erslev, L. y Jaradat, Y. (25 de agosto de 2020). *Future of Palestine. A Sovereign Palestinian state remains the only sustainable solution*. Danish Institute for International Studies. <https://www.diis.dk/en/research/future-of-palestine>
- European Union. (30 de noviembre de 2020). *EULEX Kosovo: European Union Rule of Law Mission in Kosovo – Civilian Mission*. https://www.eeas.europa.eu/eulex-kosovo/eulex-kosovo-european-union-rule-law-mission-kosovo-civilian-mission_und_en?s=333
- Fabry, M. (2010). *Recognizing States. International Society & the Establishment of New States Since 1776*. Oxford University Press.
- Fella, S. (2024). *Kosovo: developments since 1999 and relations with Serbia*. House of Commons Library. <https://commonslibrary.parliament.uk/research-briefings/cbp-10012/>
- Ferro Núñez, G. y Castaño Ferro, Ó. A. (2017). Geopolítica Contemporánea y Análisis de Factores Relevantes a Escala Global. *Revista Razón Crítica*, 3, 111-144. <https://doi.org/10.21789/25007807.1235>
- Florea, A. (2014). De facto states in international politics (1945-2011): A new data set. *International Interactions*, 40(5), 788-811. <https://doi.org/10.1080/03050629.2014.915543>

- Gadimova-Akbulut, N. (2024). The Nagorno-Karabakh conflict in the shadow of the Russian invasion of Ukraine. *Social Science Open Access Repository*. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-96265-2>
- Galstyan, N. (2013). *The main dimensions of Armenia's foreign and security policy*. Norwegian Peacebuilding Resource Centre. <https://www.files.ethz.ch/isn/162794/cd67865d0fcfef431b21f3e4bbe5e020.pdf>
- Gevorgian, K. (16 de abril de 2009). *Written Statement by the Russian Federation* [Opinión consultativa]. Corte Internacional de Justicia. <https://www.icj-cij.org/sites/default/files/case-related/141/15628.pdf>
- Ghazanchyan, S. (13 de noviembre de 2020). Montevideo recognizes the independence of Artsakh. *Public Radio of Armenia*. <https://en.armradio.am/2020/11/13/montevideo-recognizes-the-independence-of-artsakh/>
- Giragosian, R. (2009). Armenia and Karabakh: One nation, two states. *Armenian General Benevolent Union*, 19(1), 12-14. <https://online.fliphtml5.com/fqpe/wyfi/#p=1>
- González Tule, L. (2017). Organización del espacio global en la geopolítica "clásica": una mirada desde la geopolítica crítica. *Revista De Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 13(1), 221-238. <https://doi.org/10.18359/ries.2864>
- Grigoryan, A. y Khachatryan, K. (30 de septiembre de 2020). The Conflict of Nagorno-Karabakh: Moving Towards Peace. *SSRN*. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3702793>
- Grzybowski, J. (2019). The paradox of state identification: De facto states, recognition, and the (re)production of the international. *International Theory*, 11(3), 241-263. <https://doi.org/10.1017/S1752971919000113>
- Hetq. (16 de octubre de 2020). Artsakh President, Visiting Russian Deputy Discuss Karabakh Situation. *Hetq*. <https://hetq.am/en/article/123164>
- Hilaj, G. (2 de agosto de 2023). How Kosovo Albanian-Serb Conflict raised the Political Polarization between Albania and Kosovo. *IDM Blog*. <https://www.idm.at/en/how->

[kosovo-albanian-serb-conflict-raised-the-political-polarization-between-albania-and-kosovo/](#)

Hill, F. (2001). *The Caucasus and Central Asia. How the United States and its Allies Can Stave Off a Crisis*. The Brookings Institution. <https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/06/pb80.pdf>

Humanitarian Aid Relief Trust. (8 de octubre de 2020). *A Short History of Nagorno Karabakh (Artsakh)*. <https://www.hart-uk.org/a-short-history-of-nagorno-karabakh-artsakh/>

Human Rights Watch. (1992). *Bloodshed in the Caucasus. Escalation of the Armed Conflict in Nagorno Karabakh*. <https://www.hrw.org/reports/1992%20Bloodshed%20in%20Cauc%20-%20Escalation%20in%20NK.pdf>

Human Rights Watch. (1999). *Violations of the Rules of War by Insurgent Forces*. <https://www.hrw.org/legacy/reports98/kosovo/Kos9810-10.htm>

Human Rights Watch. (2023). *Nagorno-Karabakh*. <https://www.hrw.org/tag/nagorno-karabakh>

Human Rights Watch. (s.f.). *Kosovo War Crimes Chronology*. <https://www.hrw.org/legacy/campaigns/kosovo98/timeline.shtml>

Huseynov, V. y Shafiyev, F. (2020). Peace Negotiations Cannot Be Held Forever: Breaking the Deadlock in the Armenia-Azerbaijan Conflict. *Insight Turkey*, 22(4), 99-109. <https://doi.org/10.25253/99.2020224.07>

Implementation of the Helsinki Accords: Hearing before the Commission on Security and Cooperation in Europe, 102nd Congress. (1991). <https://www.csce.gov/wp-content/uploads/2016/02/Official-Transcript-THE-NAGORNO-KARABAKH-CRISIS-PROSPECTS-FOR-RESOLUTION.pdf>

- International Crisis Group. (2022). Improving Prospects for Peace after the Nagorno-Karabakh War. *Crisis Group Europe Briefing*, 91. <https://www.ictor.org/stable/resrep31561>
- Ivanov, I. (2000). *Kosovo Crisis: A Year Later*. Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. https://www.mid.ru/ru/foreign_policy/international_safety/1686324/
- Jacobson, T. A. y Kepe, M. (2014). U.S. Engagement in Kosovo. *Georgetown Journal of International Affairs*, 15(1), 157-163. <http://www.jstor.org/stable/43134277>
- Jagiello, B. (2021). The Balkan Kettle: Russia's policy toward the Balkans. *Security and Defence Quarterly*, 35(3), 47-61. <https://doi.org/10.35467/sdq/138674>
- Jashari, M. (2022). The Position of Russian Diplomacy toward the Kosovo Issue 1998-1999. *Vakanüvis-Uluslararası Tarih Araştırmaları Dergisi*, 7(Özel Sayı: Dr. Mahmut Kırkpınar'a Armağan), 1613-1632. <https://doi.org/10.24186/vakanuvis.1205318>
- Junta Departamental de Montevideo. (2020). *Declaración de la Junta Departamental de Montevideo sobre acontecimientos bélicos en Armenia y Artsaj*. <https://www.juntamvd.gub.uy/public/comunicacion/noticia/4999/declaracion-de-la-junta-departamental-de-montevideo-sobre-acontecimientos-belicos-en-armenia-y-artsaj>
- Kaffka, A. (27 de mayo de 2020). Dr. Laurence BROERS: "There won't be Armenian-Azerbaijani Dayton*" (with video). *Caucasian Journal*. <https://english.caucasianjournal.org/2020/05/dr-laurence-broers-there-wont-be.html>
- Kala, M. (2022). *Continuity and Change in the US Foreign Policy Toward Kosovo Question* [Tesis de Maestría, Universidad Técnica del Medio Oriente].
- Kelkitli, F. A. (2008). Russian Foreign Policy in South Caucasus Under Putin. *Perceptions*, 13(3), 73-91. <https://www.sam.gov.tr/media/perceptions/archive/vol13/20081200/Fatma-Kelkitli.pdf>

Ker-Lindsay, J. (2012). *The Foreign Policy of Counter Secession: Preventing the Recognition of Contested States*. Oxford University Press.

Ker-Lindsay, J. (2013). Preventing the Emergence of Self-Determination as a Norm of Secession: An Assessment of the Kosovo 'Unique Case' Argument. *Europe-Asia Studies*, 65(5), 837-856. <http://www.jstor.org/stable/23438644>

Khachatryan, M. (2012). An Interview with Artsakh President Bako Sahakyan. *Armenian General Benevolent Union*, 22(2), 60-62. <https://online.fliphtml5.com/fqpe/vfrc/#p=1>

Khulian, A. (19 de septiembre de 2024). Armenian Government Shuns Commemorations Of Karabakh Exodus Anniversary. Ազատություն Ռադիոկայան. <https://www.azatutyun.am/a/33126554.html>

Kirshner, J. (2022). *An Unwritten Future. Realism and Uncertainty in World Politics*. Princeton University Press.

Knotter, L. (2023). *A Theory of the de Facto States. Classical Realism and Exceptional Polities*. Routledge.

Kocharyan, S. (2016). *Why is the Nagorno-Karabakh Conflict still not Resolved*. Արտաքին գործերի նախարարություն. https://www.mfa.am/filemanager/Statics/A_nkr_en.pdf

Kosienkowski, M. (2023). Four Problems of De Facto State Studies: A Central European Perspective. *Polish Political Science Yearbook*, 52(1), 41-53. <https://doi.org/10.15804/ppsy202244>

Kosovo Online. (4 de diciembre de 2023). Have the relations between Kosovo and Albania deteriorated, and if so, why?. *Kosovo Online*. <https://www.kosovo-online.com/en/news/analysis/have-relations-between-kosovo-and-albania-deteriorated-and-if-so-why-4-12-2023>

Kreuter, A. (2010). Self-Determination, Sovereignty, and the Failure of States: Somaliland and the Case for Justified Secession. *Minnesota journal of International Law*, 19(2), 362-397. <https://ssrn.com/abstract=1938732>

Krüger, H. (2010). *The Nagorno-Karabakh Conflict. A legal Analysis*. Springer.

Kucera, J. (15 de marzo de 2018). Nagorno Karabakh Leader Makes Unprecedented Visit to Washington. *Eurasianet*. <https://eurasianet.org/nagorno-karabakh-leader-makes-unprecedented-visit-to-washington>

Kucera, J. (6 de agosto de 2019). Pashinyan calls for unification between Armenia and Karabakh. *Eurasianet*. <https://eurasianet.org/pashinyan-calls-for-unification-between-armenia-and-karabakh>

Kyris, G. (2022). State recognition and dynamic sovereignty. *European Journal of International Relations*, 28(2), 287-311. <https://doi.org/10.1177/13540661221077441>

Lambert, M. (8 de noviembre de 2019). All for One and One for All: Diplomatic Recognition of Kosovo, Abkhazia and South-Ossetia. *Russian International Affairs Council*. <https://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/columns/european-policy/all-for-one-and-one-for-all-diplomatic-recognition-of-kosovo-abkhazia-and-south-ossetia/>

Lamont, C. (2021). Chapter 5: Qualitative Methods in International Relations. En C. Lamont, *Research Methods in International Relations* (pp. 93-104). SAGE Publications.

Landgraf, W. y Seferian, N. (2024). A "Frozen Conflict" Boils Over. *Nagorno-Karabakh in 2023 and Future Implications*. Foreign Policy Research Institute. <https://www.fpri.org/wp-content/uploads/2024/01/a-22frozen-conflict22-boils-over-.pdf>

Lani, R. y Schmidt, F. (1998). Albanian Foreign Policy between Geography and History. *The International Spectator*, 33(2), 79-103. <https://doi.org/10.1080/03932729808456809>

- Lavrov, S. (3 de octubre de 2009). *Versión taquigráfica de la intervención del Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Serguéi Lavrov, y sus respuestas a las preguntas en el transcurso del encuentro con los profesores y estudiantes de la Universidad Pública de Abjasia, Sujumi, el 2 de octubre de 2009* [Transcripción de discurso]. Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. https://www.mid.ru/es/foreign_policy/news/1611142/
- Loshaj, J. (2024). *Between Continuity and Change: Russian Influence and Security Challenges in the Western Balkans Since Russia's Full-Scale Invasion of Ukraine*. Friedrich Ebert Stiftung. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/kosovo/20922-20240122.pdf>
- Markedonov, S. (2019). Russia and the South Caucasus: Old Problems, New Challenges. En *Общество* (Ed.), *Россия 2019* (Chapter 1). <https://obsfr.ru/report/4895/11482/>.
- Markedonov, S. (2024). Caucasus: turbulence in the shadow of Ukraine. *Russian International Affairs Council*. <https://russiancouncil.ru/en/analytcs-and-comments/analytcs/the-caucasus-between-east-and-west/>
- Mehrabi, W. (2018). *Politics of International Recognition: The Case of Aspirant States*. Wright State University.
- Meydan, V. (2018). A Paradox of International (Non)Recognition: The Relationship Between De Facto States and Patron States. *International Journal of Economics, Politics, Humanities & Social Sciences*, 1, 1-7. <https://ssrn.com/abstract=3311097>
- Mihailov, V. (2010). Państwa i narody bałkańskie w świadomości geopolitycznej Rosji. Rosja w świadomości geopolitycznej państw i narodów bałkańskich. En P. Adamski (Ed.), *Przegląd Geopolityczny* (pp. 80-91). Instytut Geopolityki
- Miller, M. [U.S. Department of State]. (11 de setiembre de 2023). *Department of State Daily Press Briefing* [Archivo de Video]. <https://www.youtube.com/watch?v=hJ049xekRrs&t=1062s>
- Ministry of Defence of the Russian Federation. (2021). *Briefing by the representative of the Russian peacekeeping contingent in Nagorno-Karabakh, Colonel Dmitry Perepelkin*.

https://web.archive.org/web/20210303175728/http://mil.ru/russian_peacekeeping_forces/brief/more.htm?id=12346284@egNews

Ministry of Foreign Affairs of the Republic of Artsakh. (2023). *The recognition of independence of the Republic of Artsakh*. <https://www.nkr.am/en/international-recognition-of-karabakh>

Musabelliu, M. (2023). Albania external relations briefing: Albania and Kosovo: the Leaders, the People, the Narrative. *Weekly Briefing*, 63(4), 1-6. https://china-cee.eu/wp-content/uploads/2023/07/2023er06_Albania.pdf

Nation, R. C. (2007). Russia, the United States and the Caucasus. *Monographs, Books, and Publications*, 693. <https://press.armywarcollege.edu/monographs/693>

Nation, R. C. (2015). Russia and the Caucasus. *Connections*, 14(2), 1-12. <https://www.jstor.org/stable/26326394>

Cook, F. (2008). *NATO Operations: Current Priorities and Lessons Learned*. NATO Parliamentary Assembly. <https://www.nato-pa.int/download-file?filename=sites/default/files/documents/2008%20-%20158%20DSC%2008%20E%20BIS%20-%20NATO%20OPERATIONS%20-%20COOK%20REPORT.pdf>

Naumkin, V. V. (2002). Russian Policy in the South Caucasus. *Connections*, 1(3), 31-38. <https://www.jstor.org/stable/26322951>

Newman, E. y Visoka, G. (2018). The Foreign Policy of State Recognition: Kosovo's Diplomatic Strategy to Join International Society. *Foreign Policy Analysis*, 14(3), 367-387. <https://doi.org/10.1093/fpa/orw042>

North Atlantic Treaty Organization. (2024). *Kosovo Force (KFOR). Key Facts and Figures*. https://www.nato.int/nato_static_fl2014/assets/pdf/2024/6/pdf/2024-06-12-KFOR-Placemat.pdf

Novosti Press Agency. (1967). *Armenian Soviet Socialist Republic*. Novosti Press Agency Publishing House.
<https://www.marxists.org/history/ussr/overview/armeniansovietso00unse.pdf>

Nurduhan, A. (29 de abril de 2022). Russian Ambassador to Belgrade: Russia Does Not Recognize Kosovo. *Anadolu Ajansı*. <https://www.aa.com.tr/ru/политика/посол-рф-в-белграде-россия-не-признает-косово/2576569>

Office of the Nagorno Karabakh Republic. (2023). *Introduction to the Office of the Nagorno Karabakh Republic in the United States of America*.
http://www.nkrusa.org/nkr_office/nkr_office.shtml

Olcott, M. (2002). U.S. Policy in the South Caucasus. *Connections*, 1(3), 59-66.
<http://www.jstor.org/stable/26322954>

O'Loughlin, J., Kolossov, V. y Toal, G. (2015). Inside the post-Soviet de facto states: A comparison of attitudes in Abkhazia, Nagorny Karabakh, South Ossetia, and Transnistria. *Eurasian Geography and Economics*, 55(5), 1-34.
<https://doi.org/10.1080/15387216.2015.1012644>

Consejo de Seguridad, *Resolución 1244 (1999)*, Aprobada por el Consejo de Seguridad en su 4011ª sesión, celebrada el 10 de junio de 1999, S/RES/1244 (1999), 10 junio 1999, <https://www.refworld.org/es/leg/resol/csonu/1999/es/29013>

Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa. (1975). *Acta Final de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa*.
<https://www.osce.org/files/f/documents/7/b/39506.pdf>

Organization for Security and Co-operation in Europe. (2024). *OSCE Minsk Group*.
<https://www.osce.org/mg>

Organization of Turkic States. (2024). *Organization of Turkic States*.
<https://www.turkicstates.org/en/turk-konseyi-hakkinda>.

Ó Tuathail, G., Dalby, S. y Routledge, P. (Eds.). (1998). *The Geopolitics Reader*. Routledge.

- Palani, K., Khidir, J., Dechesne, M. y Bakker, E. (2020). De facto states engagement with parent states: Kurdistan's engagement with the Iraqi Government. *British Journal of Middle Eastern Studies*, 48(4), 770-788. <https://doi.org/10.1080/13530194.2020.1714429>
- Reddemann, G. (1992). 1403-8/7/92-3-E. *Report on the crisis in the former Yugoslavia*. Parliamentary Assembly of the Council of Europe. <https://assembly.coe.int/nw/xml/XRef/X2H-Xref-ViewHTML.asp?FileID=7052&lang=en>
- Parlamento Europeo. (2008). *Kosovo: a special case say MEPs*. Press Service. [https://www.europarl.europa.eu/RegData/presse/pr_info/2008/EN/03A-DV-PRESSE_IPR\(2008\)02-19\(21734\)_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/presse/pr_info/2008/EN/03A-DV-PRESSE_IPR(2008)02-19(21734)_EN.pdf)
- Pegg, S. (1998). *International Society and the De Facto State*. Routledge.
- Pegg, S. (2017). *Twenty Years of de facto State Studies: Progress, Problems, and Prospects*. Oxford University Press.
- Peña, R. (2023). *Russia and Nagorno Karabakh: a study of the evolution of Russian foreign policy in the eternal frozen conflict* [Tesis de Maestría, Universidad de Aalborg]. https://vbn.aau.dk/ws/files/676514139/Thesis_Ricard_Pena_Final.pdf
- Pérez-Liñán, A. (2010). El método comparativo y el análisis de configuraciones causales. *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, 3, 125-148.
- Perina, R. y Kennedy, S. (6 de agosto de 2013). Stalin's Legacy: The Nagorno-Karabakh Conflict. *Association for Diplomatic Studies and Training*. <https://adst.org/2013/08/stalins-legacy-the-nagorno-karabakh-conflict>
- Petrović, Ž. (2010). *Russia Serbia Relations at the beginning of XXI Century*. ISAC Fund. <https://www.isac-fund.org/download/Russia-Serbia-Relations-at-the-beginning-of-XXI-Century.pdf>

Petrovskaya, J. (8 de diciembre de 2009). Russia Supports Serbia's Position on Kosovo in International Court. *PIA Hosocmu*. <https://ria.ru/20091208/197915491.html>

Poghosyan, B. y DerSimonian, A. (20 de febrero de 2024). *Why the US Needs Stability in the South Caucasus*. Instick. <https://inkstickmedia.com/why-the-us-needs-stability-in-the-south-caucasus/>

Prelz, G. (2013). Borders, De Facto Borders and Mobility Policies in Conflict Transformation: The Cases of Abkhazia and South Ossetia. En A. Lechevalier, *Borders and Border Regions in Europe: Changes, Challenges and Chances* (pp. 237-254). <https://www.jstor.org/stable/j.ctv1fxhcq.15>

President of the Republic of Azerbaijan. (2024). *Armenia-Azerbaijan conflict*. <https://president.az/en/pages/view/azerbaijan/karabakh>

President of the Republic of Kosovo. (3 de octubre de 2016). *President Thaçi and the President of the Assembly Meta talk about the importance of inter-parliamentary cooperation*. <https://president-ksgov.net/en/president-thaci-and-the-president-of-the-assembly-meta-talk-about-the-importance-of-inter-parliamentary-cooperation/>

Primakov, Y. (2004). *Russian Crossroads. Toward the New Millenium*. Yale University Press.

Radeka, D. (17 de setiembre de 2024). Kosovo without new recognition for four years – has the line been drawn?. *Kosovo Online*. <https://www.kosovo-online.com/en/news/analysis/kosovo-without-new-recognition-four-years-has-line-been-drawn-17-9-2024>

Radio Free Europe / Radio Freedom. (15 de marzo de 2018). Karabakh Leader Visits Congress On Controversial U.S. Trip. *Radio Free Europe / Radio Freedom*. <https://www.azatutyun.am/a/29101551.html>

Rakipi, A. (2020). *Albania and Kosovo – Is unification the common future*. Albanian Institute for International Studies.

- Rathke, J. (1 de mayo de 2015). *State Department Daily Briefing* [Grabación de audio de un discurso]. C SPAN. <https://www.c-span.org/video/?325740-1/state-department-daily-briefing>
- Reka, B. (2019). An American comeback in the Balkans. *GIS Reports*. <https://www.gisreportsonline.com/r/balkans-us-influence/>
- Remler, P., Giragosian, R., Lorenzini, M. y Rastoltsev, S. OSCE Minsk Group: Lessons from the Past and Tasks for the Future. En Institute for Peace Research and Security Policy at the University of Hamburg (ed.), *OSCE Insights 2020* (pp. 85-100). <https://doi.org/10.5771/9783748922339-06>
- Republic of Albania Council of Ministers. (21 de setiembre de 2010). *Premier Berisha meets presidents of Tajikistan and Turkmenistan and PM of Mauritania*. <https://web.archive.org/web/20130313163458/http://www.km.gov.al/index.php?fq=brenda&m=news&lid=13716&gj=gj2>
- Reus-Smit, C. (1999). *The Moral Purpose of the State. Culture, Social Identity and Institutional Rationality in International Relations*. Princeton University Press.
- Reuters. (18 de febrero de 2008). Albania recognizes independent Kosovo. *Reuters*. <https://www.reuters.com/article/world/albania-recognizes-independent-kosovo-idUSL18659434/>
- Reyes, C. (2022). Nagorno Karabaj. Enclave geoestratégico en el Cáucaso Sur. *Anuario en Relaciones Internacionales*, 16. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/135625>
- Roeder, P. (1997). From hierarchy to hegemony: the post-Soviet security complex. En D. Lake y P. Morgan (Eds.), *Regional orders: building security in a new World* (pp. 219- 244). The Pennsylvania State University Press.
- Rogel, C. (2003). Kosovo: Where It All Began. *International Journal of Politics, Culture, and Society*, 17(1), 167-182. <https://www.jstor.org/stable/20020202>

Rojas, V. (2010). Capítulo Séptimo. El reconocimiento internacional. En V. Rojas, *Derecho internacional público* (pp. 61-65). Universidad Nacional Autónoma de México.

Rrahmani, B. (2014). Kosova/o and the Challenges of Recognition. *European Scientific Journal*, 2, 249-257.

Rrustemi, A., de Wijk, R., Dunlop, C., Perovska, J. y Palushi, L. (2019). *Geopolitical Influences of External Powers in the Western Balkans*. The Hague Centre for Strategic Studies. https://hcss.nl/wp-content/uploads/2021/01/Geopolitical-Influences-of-External-Powers-in-the-Western-Balkans_0.pdf

Rumer, E., Sokosky, R. y Stronski, P. (2017). *U.S. Policy Toward the South Caucasus. Take Three*. Carnegie Endowment for International Peace. https://carnegie-production-assets.s3.amazonaws.com/static/files/CP_310_Rumer_Sokolsky_Stronski_Caucusus_Final_Web.pdf

Russian International Affairs Council. (s/f). *Russia in the Balkans. The Evolution of Russia's Presence in Southeast Europe and Russia's New Strategy*. <https://russiancouncil.ru/en/russia-balkans#1>

Sadiyev Saleh, S., Nasirov Khudam, E., Iskandarov Ibrahim, K. y Simons, G. (2020). South Caucasus and a 'New Great Game': the communication of competition in securitised international relations. *Journal of Contemporary European Studies*, 29(2), 282-294. <https://doi.org/10.1080/14782804.2020.1826914>

Sakwa, R. (2023). Crisis of the International System and International Politics. *Russia in Global Affairs*, 21(1), 70-91. <https://doi.org/10.31278/1810-6374-2023-21-1-70-91>

Samokhvalov, V. (2019). Russia in the Balkans: Great Power Politics and Local Response. *Insight Turkey*, 21(2), 189-210. <https://doi.org/10.25253/99.2019212.12>

Sanamyan, E. (31 de marzo de 2021). *Russian Deputy Defence Minister Visits Artsakh*. Institute of Armenian Studies (USC Dornsife). <https://dornsife.usc.edu/armenian/2021/03/31/russian-deputy-defense-minister-visits-artsakh/>

Sartori, G. (1994). Comparación y el Método Comparativo. En G. Sartori, *La Comparación en las Ciencias Sociales* (pp. 29-49).

Sassounian, H. (23 de noviembre de 2020). Putin: Armenia not recognizing Artsakh was 'a significant factor'. *The Armenian Weekly*. <https://armenianweekly.com/2020/11/23/putin-armenia-not-recognizing-artsakh-was-a-significant-factor/>

Senate Resolution 128 - 102nd Congress (1991-1992): A resolution condemning violence in Armenia. (17 de mayo de 1991). <https://www.congress.gov/bill/102nd-congress/senate-resolution/128/text>

Senate Resolution 349 - 102nd Congress (1991-1992): A resolution relating to hostilities between the Republics of Armenia and Azerbaijan. (8 de octubre de 1992). <https://www.congress.gov/bill/102nd-congress/senate-resolution/349/text>

Sheffer, G. (2024). *Kin-Group and Kin-State*. Encyclopaedia Princetoniensis. [Kin-Group and Kin-State | The Princeton Encyclopedia of Self-Determination](#)

Sheng-Pao Fan, L. (2007). My Land, Your Land, But Never China's: An Analysis of Taiwan's Sovereignty and Its Claim to Statehood. *Taiwan International Studies Quarterly*, 3(2), 141-181. <http://www.tisanet.org/quarterly/3-2-5.pdf>

Sherman, B. (2024). *U.S. – Armenia Relationship*. Sherman House. <https://sherman.house.gov/issues/armenia?page=2>

Shirinian, L. (5 de octubre de 2022). *Senator Portantino Hosts Artsakh Foreign Minister Davit Babayan*. California State Senate. <https://sd25.senate.ca.gov/news/2022-10-05/senator-portantino-hosts-artsakh-foreign-minister-davit-babayan>

Sisay, T. (2019). Declaration of Statehood by Somaliland and the Effects of Non-Recognition under International Law. *Beijing Law Review*, 10(1), 196-211. <https://doi.org/10.4236/blr.2019.101012>

Smith, M. A. (2000). *Albania 1999-2000*. Conflict Studies Research Centre. https://www.files.ethz.ch/isn/38626/2000_Jan.pdf

Smith, M. E. (2018). De Facto State Foreign Policy 'Social Moves' in Abkhazia and South Ossetia. *Iran and the Caucasus*, 22(2), 181-205. <https://www.jstor.org/stable/26548936>

Sokolova, P. (2023). Проблема Статуса Косово На Современном Этапе: Нормализация Отношений Без Урегулирования Конфликта?. *Пути к миру и безопасности*, 64(1), 167-182. <https://doi.org/10.20542/2307-1494-2023-1-167-182>

Souleimanov, E. (2005). The Conflict over Nagorno-Karabakh. *OSCE Yearbook*, 10, 203-220. <https://ifsh.de/file-CORE/documents/yearbook/english/04/Souleimanov.pdf>

Sprague, A. (2016). 6. Russian Intervention Patterns: A Comparison of Nagorno-Karabakh, South Ossetia, and Transnistria. En A. Sprague, *Russian Meddling in Its Near Abroad: The Use of Frozen Conflicts as a Foreign Policy Tool* (pp. 10-19). IBEI. <http://www.jstor.org/stable/resrep14215.8>

Stanicek, B. y Caprile, A. (2023). *Russia and the Western Balkans. Geopolitical confrontation, economic influence and political interference*. European Parliament. [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/BRIE/2023/747096/EPRS_BRI\(2023\)747096_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/BRIE/2023/747096/EPRS_BRI(2023)747096_EN.pdf)

Starr, P. (1999). The Choice in Kosovo. *The American Prospect*, 45, 6-9. <https://www.princeton.edu/~starr/articles/articles99/Starr-Choice-in-Kosovo-7-99.htm>

Status of Kosovo. (2024). *Status of Kosovo recognition & derecognition*. <https://statusofkosovo.info/>

Statute 2532 - 102nd Congress (1991-1992): FREEDOM Support Act. (24 de octubre de 1992). <https://www.congress.gov/bill/102nd-congress/senate-bill/2532/text>

Statute 3000 - 118th Congress (2023-2024): Armenian Protection Act of 2023. (17 de noviembre de 2023) <https://www.congress.gov/bill/118th-congress/senate-bill/3000>

Sterio, M. (26 de marzo de 2010). *The Case of Kosovo: Self Determination, Secession and Statehood Under International Law* [Ponencia]. Reunión anual del ASIL, Columbia Law School, Washington D.C., Estados Unidos.

Taillefer, R. (2011). *Recognizing Kosovo: Theoretical and Practical Implications for Recognition Theory and the International Community* [Tesis de Maestría, Universidad de Tilburg].

Tashijan, Y., Poghosyan, B. y Rubin, M. (2024). *US Strategic Interests in the South Caucasus and its Post-2020 War Policy towards Armenia*. Aram Manoukian Institute for Strategic Planning. <https://arammanoukianinstitute.org/wp-content/uploads/2024/01/US-interests-in-SC-Aram-Manoukian-Institute.pdf>

Telegrafi. (s/f). *Nikolla: Albania is committed to lobbying for Kosovo's admission to the Council of Europe*. <https://telegrafi.com/en/Nikolla-Albania-committed-to-lobbying-for-Kosovo%27s-admission-to-the-Council-of-Europe/>

Ter-Petrossian, L. y Sahakian, A. (1990). *Declaration of Independence*. The Government of the Republic of Armenia. <https://www.gov.am/en/independence/>

Teslova, E. (26 de febrero de 2020). Albanian premier urges Serbia to recognize Kosovo. *Anadolu Ajansi*. <https://www.aa.com.tr/en/europe/albanian-premier-urges-serbia-to-recognize-kosovo/1745797>

The American Journal of International Law. (2008). United States Recognizes Kosovo as an Independent State. *The American Journal of International Law*, 102(3), 638-640. <https://doi.org/10.2307/20456653>

The Crisis in Kosovo: Hearing before the U.S. Senate Subcommittee on European Affairs of the Committee on Foreign Relations, 105th Congress. (1998). <https://www.govinfo.gov/content/pkg/CHRG-105shrg49265/pdf/CHRG-105shrg49265.pdf>

Toal, G. (2017). *Near Abroad. Putin, the West and the Contest Over Ukraine and the Caucasus*. Oxford University Press.

Toomla, R. (2016). Charting Informal Engagement between De Facto States: A Quantitative Analysis. *Space and Polity*, 20(3), 330-345. <https://doi.org/10.1080/13562576.2016.1243037>

United Nations High Commissioner for Refugees. (1992). *Chronology of Events: September 1991 – July 1992*. <https://www.refworld.org/reference/countryrep/irbc/1992/en/15018>

United Nations Peacekeeping. (2024). *UNMIK Fact Sheet*. <https://peacekeeping.un.org/en/mission/unmik>

UN News. (27 de setiembre de 2007). Independence the only realistic option for Kosovo, Albania tells UN Assembly. *UN News*. <https://news.un.org/en/story/2007/09/233492>

UN News. (24 de setiembre de 2008). Kosovo should become UN Member State – Albanian President. *UN News*. <https://news.un.org/en/story/2008/09/274822>

U.S. Department of State. (1999). Ethnic Cleansing in Kosovo: An Accounting. *U.S State Department Report*. https://1997-2001.state.gov/global/human_rights/kosovoii/pdf/kosovii.pdf

U.S. Department of State. (2001). *KFOR Deployment*. https://1997-2001.state.gov/regions/eur/kosovo/fs_990726_kfor_deploy.html

U.S. Department of State. (2017). *Balkans Region*. <https://2009-2017.state.gov/p/eur/rt/balkans>

U.S. Embassy in Kosovo. (2024). *History of the U.S. and Kosovo*. <https://xk.usembassy.gov/our-relationship/policy-history/history/>

Visoka, G. (2022). Statehood and recognition in world politics: Towards a critical research agenda. *Cooperation and Conflict*, 57(2), 133-150. <https://doi.org/10.1177/00108367211007876>

Visoka, G. (2024). *The Derecognition of States*. University of Michigan Press.

Vits, K. (2024). From Nagorno-Karabakh to Taiwan: measuring patron-client relations of the de facto states. *Territory, Politics, Governance*, 1-19. <https://doi.org/10.1080/21622671.2024.2337361>

Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Addison-Wesley.

Waterbury, M. (2020). *Kin-State Politics: Causes and Consequences*. Cambridge University Press.

Weizman, J. (25 de julio de 2024). *Promised Land: Hope and Illusion Characterise Kosovo's Love Affair with Albania*. *Balkan Insight*. <https://balkaninsight.com/2024/07/25/promised-land-hope-and-illusion-characterise-kosovos-love-affair-with-albania-2/>

Wilson Center y Stiftung Wissenschaft und Politik. (23 de mayo de 2004). *Meeting Report 297. European and US Policies in the Balkans* [Resumen de presentación de conferencia]. Conference co-sponsored by EES and the Stiftung Wissenschaft und Politik (SWP), Berlin, Alemania.

Wohlforth, W. (1987). The Perception of Power: Russia in the Pre-1914 Balance. *World Politics*, 39(3), 353-381. <https://www.jstor.org/stable/2010224>

Wrobel, R. (2023). The changing geopolitics in the South Caucasus during the war in Ukraine: Chances and risks for the region. *Ordnungspolitische Diskurse*, (2), 2-34. <https://hdl.handle.net/10419/279777>

Zonova, T. y Reinhardt, R. (2014). Main vectors of Russia's foreign policy (1991-2014). *Rivista Di Studi Politici Internazionali*, 81(4), 501-516. <https://www.jstor.org/stable/43580683>